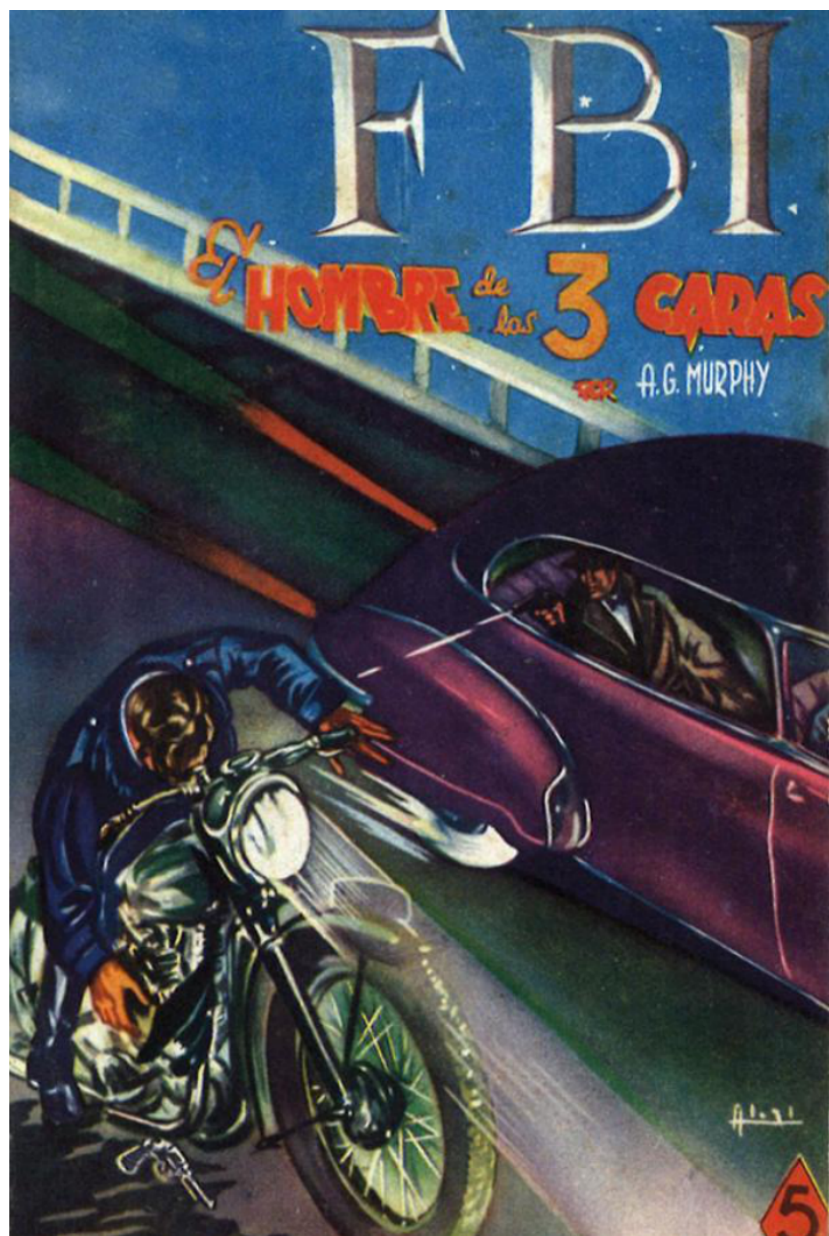




A. G. MURPHY

EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—|CULPABLE|, por Alf Manz. (3.ª edición.)
Núm. 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (2.ª edición.)
Núm. 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (2.ª ed.
Núm. 4.—EL COBARDE, por Alf Manz.
Núm. 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
Núm. 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
Núm. 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
Núm. 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
Núm. 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny.
Núm. 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin.
Núm. 11.—SHANGHAI, por Alf Manz.
Núm. 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
Núm. 13.—|SANGRE|, por Frank C. McFair.
Núm. 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet.

En preparación:

T A N G E R
TRAIDOR.

OBRAS DEL AUTOR

(*Selecciones* NEVADA.)

SANGRE EN LA PRADERA

(EXTRAORDINARIA DEL OESTE.)

¡INSURRECCION!

*Al gran escritor ALF MANZ en re-
cuerdo de nuestros días de lucha.*

EL AUTOR

PRÓLOGO NECESARIO

LOS CINCO EN ACCIÓN



URANTE el año actual, 1950, en Nueva York se había desencadenado una oleada de robos, raptos y asesinatos. Se inició con un audaz asalto a la casa de modas de Samuel Adams, situado en la avenida Sexta, en el mismo corazón de Manhattan. El atraco fue llevado a cabo por una banda compuesta de cinco individuos, y que por «Los Cinco» se la empezó a conocer a partir de aquel momento. En este primer hecho sólo una persona perdió la vida: Dora Green, la modelo más guapa del célebre modisto.

Los periódicos, especialmente «The Notify», hablaron de esto, incluso en ediciones extraordinarias, y durante algún tiempo fue la

comidilla del gran mundo, contra quien, propiamente hablando, había ido dirigido el golpe, pues tal casa de modas era visitada por la flor y nata de la alta sociedad.

Aquel día era de gran gala. Se exhibían modelos de primavera: fastuosos vestidos de noche, a cual más avanzados y exquisitos de línea. Para esta velada, el señor Adams había reclamado el concurso de su hermano Levi, judío como él, que poseía en la Quinta Avenida una de las más famosas joyerías. En principio, el joyero parecía reacio a la idea de trasladar a casa de Adams el famoso collar de perlas que, según la leyenda, había pertenecido a la emperatriz de todas las Rusias y que había sido dejado en Nueva York, en un garito, nada menos que por un rajá, a cuyas manos había ido a parar después de variadas vicisitudes.

Parecía reacio; pero, al final, acabó por ver la conveniencia de aceptar la sugerencia. De este acto se desprendería, tanto para el collar como para el resto de las joyas, una propaganda gratuita, al ser lucidas por las bellas modelos; propaganda que había de redundar en beneficio de su posible venta. Levi se convenció pronto, pero puso todavía una condición a su hermano: pedir escolta al Departamento de Policía.

Tres guardias, armados de «Colts», puso dicho Departamento a disposición de míster Levi; más, en verdad, de poco le sirvió tal precaución. En lo más animado de la fiesta, cuando todo el mundo admiraba boquiabierto el desfile de las agraciadas modelos, cinco individuos enmascarados irrumpieron en el lujoso salón, como brotados de la tierra, desarmaron a los policías, poniéndolos de cara a la pared, y empezaron a desvalijar tranquilamente a las jóvenes, que no osaron moverse. Sólo cuando les llegó el turno a Lynn Rutefor y a su amiga Dora Green, éstas forcejearon unos segundos, prohibiendo terminantemente a los malhechores que las tocaran. Ellas mismas se despojaron de sus alhajas con gesto de princesas ofendidas y miraron al acoquinado concurso de la sala, desde sus puestos en las pasarelas de exhibición, por encima del hombro.

Todo hubiera salido a pedir de boca, tanto para los asaltantes como para los asustados clientes, de no ser por algo imprevisto. Dora Green, que tan a la altura de las circunstancias se estaba mostrando, había ido a entregar su brazalete al «boss». Éste acercó la mano, y, de pronto, la chica empezó a demudarse; se la vio

llevarse los dedos a los labios, como para contener una exclamación. Le miró fijamente, como queriendo taladrar el pañuelo floreado que cubría el rostro del «gángster», y, lo consiguiera o no, el caso fue que no pudo contener un grito esta vez. Un grito estridente, largo, quejumbroso, que quedó vibrando en la sala y fue como la señal para que todo el mundo, lleno de pánico, confusión e histerismo, empezara a moverse inquieto. Los mismos asaltantes, sin saber lo que había ocurrido, sin explicarse aquel grito de la joven, empezaron a mostrar su nerviosismo. Y no supieron qué hacer cuando Dora, fuera de sí, perdido ya el control de sus nervios, echó a correr en dirección a la puerta.

Fue solo un momento de duda; la «Luger» que el «boss» empuñaba con mano firme, calzada de finísimos guantes de goma, cantó su romance de muerte. Dora Green cayó sobre el pavimento, bañada en su propia sangre. El modelo que exhibía, llamado «Ensueño», se había de hacer tristemente célebre con este luctuoso suceso.

Lo que antecede sucedió en unos segundos; tiempo suficiente para que los policías reaccionaran y salieran en persecución de los atacantes, cuando ya éstos, con la rapidez del rayo, subían a un automóvil que los esperaba a la puerta y desaparecían como una verdadera exhalación, rumbo al Central Park, sin que sus perseguidores tuvieran tiempo material de darles alcance, ni aun en el caso de haber dispuesto de un vehículo.

Los periódicos elevaron loores en honor de la belleza de Dora Green. Principalmente Garry Selkin, redactor de «The Notify», no parecía cansarse de hacer cábalas, lanzar teorías e hipótesis a cuenta de la vida y milagros, que nadie, excepto Lynn Rutefor, conocía de la joven asesinada. La presentó como un dechado de virtudes, una pobre muchacha que mantenía una casa, donde la madre estaba enferma, donde había una serie de hermanos, todos pequeños, desharrapados y hambrientos. Una vida, en fin, de heroísmo y de sacrificios.

Más, dicho sea en honor de la verdad, este panegirista se equivocaba de medio a medio.

Y si no, que se lo hubieran preguntado a Lynn Rutefor, su íntima. Sólo ésta sabía que Dora Green había dejado mucho que desear. No obstante ser en el fondo una buena muchacha, el ansia

de independencia, de lujo, de «vivir su vida», según la expresión moderna que tantos estragos está causando entre la juventud femenina, la habían perdido.

Tenía un novio en su ciudad vernácula y otro —éste era algo más que novio— en Nueva York. Sus padres gozaban allá de buena posición y ella no habría tenido necesidad de abandonarlos para desempeñar aquí el oficio que desempeñaba. Había muerto; Dios la perdonara. Pero Lynn Rutefor, que la había querido mucho, no podía estar de acuerdo con aquel fantástico Garry Selkin.

De todas formas, esta historia contribuyó a caldear la opinión pública, que empezó a condenar tales hechos, en los cuales, casi siempre, había una inocente Dora Green que perdía la vida. Era, desde luego, más que lamentable.

¿Hasta cuándo la gente honrada iba a vivir con esa amenaza sobre su cabeza? ¿Para qué se pagaban tantos impuestos? ¿Qué hacía el Departamento de Policía? ¿Por qué no lanzaba sobre los asesinos todo el peso de su organización? ¿Dónde estaba ese F. B. i.

de John Edgar Hoover, tan llevado y traído, tan cacareado por sus dirigentes? ¿Por qué no intervenía ante la manifiesta incapacidad de los agentes metropolitanos?

Éstas eran las preguntas que el periodista-fotógrafo, Garry Selkin, lanzaba a los cuatro vientos, aunque él sabía de sobra que el Estatuto Federal no había sido violado y que, por consiguiente, el asunto correspondía a la Policía Metropolitana. Lo sabía, desde luego, pero también sabía que unos toquecitos de éstos no venían mal a su periódico, pues, hoy por hoy, el Federal Bureau of investigation, en Estados Unidos, es una de las fuerzas que más envidias y más piques han levantado; que cuenta con más celosos y enemigos, aun entre las personas llamadas de orden, y que, por tanto, más acerbas críticas suele sufrir. Por eso, el periodista, conocedor de su oficio, hablaba a los sentimientos más innobles de cada persona... y le iba bastante bien por ese camino, pues, aparte de la relativa enemiga con que contaba entre aquel Cuerpo, se había granjeado —y esto le compensaba de aquello— todas las simpatías del director-propietario del «The Notify».

En su doble cometido de periodista y fotógrafo, Garry Selkin tuvo ocasión de visitar el depósito Judicial en que el cadáver de

Dora Green estuvo expuesto hasta que sus padres, conseguida la consiguiente autorización, se hicieron cargo de él y lo trasladaron, por medio de una de las más lujosas agencias de pompas fúnebres, al panteón de familia. Y aquí vino el desdecirse. Toda aquella historia de la madre enferma, de los hermanos pequeños hambrientos, del piso humilde, vino a quedar en nada, se derrumbó como castillo de naipes.

Pero ¿qué importaba esto? Su objetivo, el de aumentar la tirada de su periódico, había sido logrado y recibió por ello las felicitaciones de su Jefe. Ahora, por añadidura, le venía a las manos otra cantera que explotar; estaba de enhorabuena. Y esta vez, no tuvo que inventar mucho. El novio, los padres, le dieron el trabajo medio hecho. Claro que su historia hubiera sido mucho más perfecta de haber coincidido tan sólo una vez con Lynn Rutefor en el depósito y de haber conseguido de ella que ampliara aquellas noticias, lo que quizá no hubiera sido fácil, dado el propósito que ésta tenía de silenciar, por respeto a la memoria de su amiga, cuánto de innoble la vida de Dora Green encerraba.

No coincidió nunca con Lynn Rutefor, pero sí con Frank Wilkiston, el novio de la difunta; lo vio llorar como un chiquillo sobre aquel cadáver y no pudo por menos de esbozar, pese a todos sus esfuerzos por contenerse, una sonrisa de conmiseración, casi de ironía, de burla.

El tema de las lágrimas del robusto joven fue el más explotado por Garry, aunque también hizo hincapié, sobre todo, en lo de que Dora Green hubiera resultado una muchacha rica. He aquí una pobre víctima, que, en modo alguno, deseaba ser un parásito de la sociedad y que había venido a morir alevosamente en las manos de unos deleznales parásitos, de unos hombres sin conciencia y sin ley.

«La modelo de míster Adams no tenía por qué trabajar; sus padres eran ricos; estaba prometida a un joven todavía más rico; pero ella, fiel al mandato bíblico de “ganarás el pan con el sudor de tu frente”, se había independizado y había intentado construir su vida sobre el fortísimo cimiento del trabajo cotidiano. Y unos hombres malvados —acababa el periodista—, unos hombres que no son acreedores a este nombre, por una ambición desmedida, que todos los humanos debemos condenar, vinieron a segar de golpe la

vida en flor de esta bella joven, que todo el gran mundo estimaba por su simpatía y sus virtudes; esta joven, natural de Pensilvania, llamada Dora Green y que apenas contaba veintidós años de edad».

No fue éste el último artículo que salió de la pluma de Selkin. Habla de escribir algunos más, y principalmente uno en que ponía de manifiesto la decisión heroica, tomada por el prometido de la muerta, de no escatimar esfuerzos ni dinero para que los culpables recibieran su castigo.

«Y en esa decisión —decía el articulista—, tanto “The Notify” como el que esto escribe, estamos incondicionalmente a su disposición; le prestaremos en todo momento nuestro apoyo decidido y sincero».



I

UN RAPTO FRUSTRADO



NA semana después del asalto a la casa de modas y del asesinato de Dora Green, Lynn Rutefor y Frank Wilkiston se encontraban en un bar de la Quinta Avenida, donde hablan desayunado juntos. Frank Wilkiston, que había regresado cuatro días atrás de Pensilvania, tenía extendidos ante él los recortes de todos los números de «The Notify» correspondientes a los ocho días transcurridos desde la muerte de Dora Green. Lynn había sido la encargada de irlos archivando, por encargo del propio Frank, con quién había trabado estrecha amistad

en una de las visitas que hizo a los padres de su amiga, cuando vinieron a hacerse cargo del cadáver.

Frank lela detenidamente, mientras ella fumaba un cigarrillo. Le veía tan ensimismado, que no se atrevía a interrumpirle, pero no dejaba de observarle con manifiesto interés. En su interior, la Joven le estaba catalogando como el tipleo muchacho norteamericano, deportista, aniñado, leal y generoso; ingenuo, a veces, y a veces, trascendente. Esto en lo que se refería a lo espiritual, que en lo corporal, bien claro lo estaba viendo. Frank Wilkiston era de complexión robusta, atlética; de estatura más que regular, sin un átomo de grasa superflua; todo él nervios y músculos. Tenía el cabello rubio, más bien rojo, los ojos azules, en que de ordinario, aunque entonces estuvieran velados, brillaba una mirada límpida y serena; sus dientes eran blancos; grandes sus manos, hechas a manejar raquetas de tenis, palos de golf o de los distintos deportes a que tan aficionado era, y, por añadidura, sus pies estaban en perfecta consonancia con su altura. El conjunto no podía ser más completo.

Su vida, hasta entonces, se había deslizado, como aquel que dice, por un camino de rosas. Hijo de uno de los mayores terratenientes de Pensilvania, a los veinte años había concluido ya la carrera de abogado; pero, atraído más por la política que por los pleitos, no había abierto bufete, sino que se había propuesto —osadía de juventud— ocupar un día el sitio de senador o, tal vez (puesto a pensar, su imaginación se desbocaba), presidente de la gran república. Pero, por el momento, no había conseguido otra cosa que ser derrotado en las elecciones para diputados habida en su ciudad natal, New Bloomfield, condado de Perry. Su rival, de mayor edad que él, más tortuoso y ladino, de pocos escrúpulos y gran astucia, había conseguido aplastante mayoría. Más Frank Wilkiston no se había desanimado; se había prometido el desquite y seguía estudiando los problemas de su Estado, para la primera ocasión.

En los cuatro días que llevaba en Nueva York había hecho un par de visitas —siempre acompañado de Lynn Rutefor— a la filial del

F. B. I.,

con ánimo de pedir consejo y apoyo al ya célebre agente Ben

Carson, con quién había estudiado en la Universidad de Filadelfia y a quién desde entonces le unía entrañable amistad. No hablan podido localizarle aún, porque, según sus jefes, estaba fuera de la ciudad, «en acto de servicio». Por si acaso regresaba, el joven Frank había dejado allí su tarjeta con la dirección del hotel en que se hospedaba (el Talbot, uno de los mejores de la Quinta Avenida), y, en previsión de cualquier contingencia, también la de la pensión de Lynn y la del modisto Adams.

Mientras el joven leía, Lynn se decía a sí misma que la hubiese gustado que Wilkiston no se metiera en estos jaleos. No obstante, estaba dispuesta a servirle en cuanto estuviera en su mano.

Era Lynn Rutefor una joven de veintitrés años que, para mujer, resultaba alta, sin ser desgarrada. Su cuerpo, bien conformado, venía a prestarle un encanto singular. Tenía las piernas, bien torneadas, más largas que el tronco, y su busto parecía arrancado del cincel de un Fidias. En cambio, su rostro dejaba mucho que desear para ser perfecto. Sin embargo, era agraciado y atrayente. Su nariz, un tanto respingona; su boca, pequeña; sus labios, gordezuelos; sus ojos, móviles y rientes, hubieran podido muy bien causar envidia a otras bellezas, incluso más puras. Esas bellezas sin desperdicio, en lo referente a líneas, pero que luego resultan frías y estereotipadas como el mármol. En todo el conjunto de Lynn Rutefor, incluso en su voz, había vida. Y, aparte de esto, disponía de algo verdaderamente maravilloso: sus largas pestañas, que velaban a veces y tornaban misteriosos aquellos ojos negros, a quienes servían de magnífica pantalla.

A la hora en que la encontramos, la palidez de su semblante y sus profundas ojeras decían bien a las claras el fuerte golpe que había recibido con la muerte de Dora. Casi podía asegurarse que aquella pérdida la había conmovido en igual proporción que a Frank Wilkiston. Tal vez por eso, insensiblemente, ambos jóvenes habían ido congeniando; se habían sentido atraídos el uno por el otro hasta el punto de pasar pocos días sin, verse, en las horas que el trabajo dejaba libre a Lynn. Ninguno de los dos, si es que se habían dado cuenta, lo lamentaban. Al contrario, se comprendían y compenetraban de tal modo; que les parecía la cosa más natural del mundo, tanto a él como a ella, el desear estar juntos. Y se velan y se hablaban sin prevenciones, de corazón a corazón, como deben de

hablarse aquellos que quieran comprenderse. Sólo una cosa intentaba Lynn soslayar: la menor referencia a la vida íntima de Dora Green. Siempre que él sacaba a relucir este tema, ella contestaba con generalidades y afirmaba que en su vida había encontrado otra amiga mejor, lo que, en verdad, era cierto. Porque, fuera lo que fuera para sí misma Dora Green, con las demás compañeras, y principalmente con Lynn Rutefor, se había mostrado siempre leal, afectuosa y desprendida.

Al principio, Lynn, con algo de intrascendencia —resabios de su vida de independencia y soledad—, había intentado desanimar a Frank, instándole para que abandonara Nueva York, donde nada bueno podía esperar.

—No te metas a Quijote —le había dicho—, porque los Sanchos te harán volver en ti, cuando menos lo esperes, violentamente. Vivimos unos años de mercantilismo, en que el valor espíritu está en baja.

Él la había mirado, entre regocijado y sorprendido, por aquel tono doctoral, y ella se había visto obligada a confesarle que descendía de una buena familia de Connecticut venida a menos durante la guerra.

—Mis hermanos, cuatro que tenía, cayeron en el Pacífico. Mis padres no pudieron resistir tan tremendo golpe. No heredé más que hipotecas y, gracias a Dios, algo con que pagarlas. Vendí cuanto teníamos, cancelé las deudas y me vine a Nueva York. Todo el tiempo, desde que estoy aquí, he trabajado con el señor Adams, donde conocí a tú...; bueno, a Dora.

Frank Wilkiston había acabado de mirar los recortes instintivamente, los echó a un lado y uno de ellos se cayó al suelo. Al irlo a recoger, algo que no había visto antes, por encontrarse en el reverso de la noticia propiamente dicha, y cuya existencia, probablemente Lynn desconocía también, pues de lo contrario hubiera tratado de evitar que Frank lo descubriese, en su afán de evitarle disgustos innecesarios, saltó a los ojos de éste. Era un pequeño recuadro en que se hacía una alusión a cierto hecho, para el joven completamente nuevo. El titular decía así:

«Un individuo misterioso en el asunto del robo de las joyas de Leví, en la casa de modas del señor Adams».

Y a continuación, ya en el suelto:

«¿Quién es el hombre que envió flores a Dora Green durante las cuarenta y ocho horas que estuvo en el depósito? Parece ser que, durante todo el tiempo que el cadáver de Dora Green estuvo expuesto en el Depósito Judicial, cada día, una florista, que tiene su tienda en las cercanías del cementerio, se ha presentado allí a renovar los crisantemos que alguien la había pagado por adelantado. La Policía, en su deseo de no desperdiciar el menor posible rastro, sigue esta pista, aunque no abriga esperanzas de que les conduzca a otro resultado que al previsto de encontrar un romántico idilio truncado por la muerte. Las señas del individuo no significan nada; pues son las de un hombre corriente. Sólo se puede decir que representaba unos treinta años».

Frank se había demudado. La sospecha de que Dora hubiera podido mantener relaciones secretas con otro hombre que no era él, le había parecido al pronto monstruosa, pero enseguida los celos empezaron a morderle el corazón. No obstante, haciendo un esfuerzo por ocultar la turbación de que había sido presa, dijo:

—Mira lo que dice este recuadro. Es una calumnia tan malvada que estoy dispuesto a querellarme contra el «The Notify».

Lynn intentó convencerle de que no debía hacerlo; pero guardándose muy bien de exponerle las razones que la movían a ello.

—Sólo hay un motivo para que yo desista: que este periódico haya dicho la verdad. Si es así, nadie mejor que tú, que fuiste tan amiga de Dora, podrá saberlo.

Habla un mudo y suave reproche en la voz de Frank al hablar así. Lynn inclinó la cabeza y no se atrevió a responder. Sentíase intranquila, como si su silencio sobre el asunto hubiera sido, para el joven que había estado queriendo a una mujer que no le merecía, una traición en lugar de un silencio piadoso y noble.

—Yo... —empezó a decir; pero se contuvo.

—Sigue, Lynn; no temas herirme. Sí, al fin y al cabo, debí suponérmelo. Era poco para ella un provinciano como yo. Me ha

traicionado, no ha sido franca conmigo, que es lo que más me duele. He hecho el más miserable de los ridículos, sobre todo a tus ojos. Me lo merezco; me merezco tus risas de mofa; la risa de todo el mundo.

Lynn pudo seguir mintiendo, pero no era lo mismo callar que mentir. Hasta allí había callado por respeto a la memoria de su amiga y por compasión hacia este joven hércules de corazón de niño. Ahora era distinto; tenía que hablar, decirlo todo, aligerar su conciencia de aquel peso.

—Tienes razón en llamarme desleal. Lo he sido contigo; pero me injurias al pensar que haya podido reírme de ti. Yo sabía lo de Dora, le conozco a él de vista, aunque ignoro quién es ni dónde vive; sólo sé que se llama Mark, Mark Lawrence. Tal vez soy la única que conoce estos detalles, y te lo juro, de no haber sido por esto, nunca te lo hubiera contado. Pero, a pesar de todo, no debes juzgarla mal, Frank; ella deseaba confesarse contigo, Tu recuerdo la torturaba. No se decidía; siempre lo dejaba para después; yo misma la animaba a escribirte y ella fue demorando esa carta, hasta que ya no pudo hacerlo, porque la sorprendió la muerte.

Frank se mostraba anonadado. Sus hombros de atleta se inclinaban hacia tierra, como imantados por ella. No comprendía lo que la joven le estaba diciendo; su voz le sonaba ahora como un murmullo lejano e ininteligible. Se levantó como un autómatas, pagó la consumición y salió a la calle, seguido de cerca por Lynn, que no sabía qué hacer, qué decir, para hacerle reaccionar. Aquellos pasos mecánicos, aquel trágico ensimismamiento le dolían a ella en carne viva.

—Por Dios, Frank —repitió—; no te dejes vencer por lo irremediable.

—He hecho el ridículo, el ridículo. Tú te has estado riendo de mí; me has engañado. Y eso me duele mucho; tanto o más que su traición. Me has dejado soñar con la venganza, con un desquite que ella no se merecía...

—No ofendas su memoria, Frank; no me ofendas a mí. El corazón es libre como un pájaro y puede posarse en la rama que quiera, aunque, muchas veces, la rama elegida no sea la más conveniente. En cuanto a mí, no digas que te he dejado soñar; yo misma te he rogado muchas veces que volvieras a New Bloomfield,

aunque tal vez no lo haya hecho con mucho ardor, pues, por otra parte, me ilusionaba estar contigo, pasear a tu lado, hablar de ella...

Brillaban lágrimas en los ojos de Lynn. El fondo bondadoso de Frank se impuso a su cólera, a su despecho, a su dolor.

—Perdóname, Lynn. Creo que no he estado muy acertado al hablar como lo he hecho; perdóname.

Ella, por toda respuesta, puso su mano fina y suave sobre la fuerte de él Poco después, ambos estaban parados ante la casa de modas de míster Adams, hasta donde Frank solía acompañarla desde que había venido a Nueva York. Se despidieron.

—Probablemente —dijo él— no nos volveremos a ver por ahora, Lynn; te deseo mucha suerte, Voy a regresar a casa, pues aquí no tengo ya nada que hacer. Sería un contrasentido. Estoy desilusionado, asqueado, deshecho. Puede que algún día me decida a escribirte unas letras; pero, si no lo hago, no pienses que haya podido olvidarte. Los días que he pasado a tu lado los recordaré siempre. ¡Adiós, Lynn! Voy a la estación, a ver si puedo coger billete para el primer tren que salga hacia New Bloomfield.

Ella hubiera querido retenerle, decirle lo triste que se quedaba sin él; hubiera querido ahora animarle a que siguiera en Nueva York, a que no se separara de su lado; asegurarle que no se desanimara, que allí la tenía a ella, dispuesta a hacerle comprender que la vida, aunque a veces nos resulta fea y repulsiva, es hermosa y atrayente. Todo esto hubiera querido decirle, pero se contentó con mirarle marchar, arrasados de lágrimas sus grandes ojos negros.

—¡Adiós! —musitó muy bajito, como si orara.

Mientras, Frank Wilkiston se alejaba con sus pasos elásticos, sin volver la vista atrás. Pese a haberla pedido perdón, no estaba aún muy convencido de que Lynn hubiera obrado con él como debía. No obstante, sentía cierto dulce cosquilleo en el corazón cada vez que se esforzaba en creerla, y no pudo por menos de recordarla en toda la plenitud de su belleza. «¿Eran estos pensamientos —se dijo— los de un hombre que acababa de descubrir la traición de su prometida? En modo alguno: parecían mis bien los de un cadete enamorado».

Pero algo vino a sacarle de ellos. Un automóvil grande, negro, charolado, con las cortinas medio corridas, se había puesto a su altura y aminoraba la marcha, como si fuera a hacer alto Junto al

bordillo de la acera. A Frank le pareció extraño que, no obstante aquel aminoramiento de velocidad, el coche no acabara de pararse. Apretó el paso y el vehículo aceleró. Entonces, para cerciorarse de sus sospechas, Wilkiston se hizo el desentendido y se paró ante un escaparate cualquiera. Hasta mucho después no se dio cuenta de que lo que estaba mirando no era muy apropiado para ser elegido por un hombre: se trataba de ropa interior femenina.

El automóvil negro paró, por fin, frente a él. Frank Wilkiston no sentía el menor temor, sino una gran curiosidad. El dolor por la traición descubierta tendía a aplacarse ante esta realidad de que era seguido. La calle en que estaban, una de las transversales de la Madison Avenue —la 39 Este—, casi esquina a la Park Avenue, no era un sitio solitario, ni mucho menos. La gente iba y venía presurosa, se atropellaba, hablaba, gesticulaba, reía... Frank Wilkiston, provinciano ante todo, ingenuo todavía, a pesar de sus veinticinco años, sus aspiraciones y su talento, se dijo que allí estaba seguro. Sentíase escéptico en lo relativo a la osadía de los delincuentes y se aseguraba que, de intentar hacerle daño, hubieran elegido para ello lugar y ocasión más a propósito. En caso de que, por la indiscreción del periodista, hubiera llegado a oídos de los «gángsters» su intención de perseguirles, nunca se hubieran decidido a cazarle en una calle tan concurrida.

Sin duda alguna, esto de ser seguido no debían de ser más que figuraciones suyas. Debía seguir y no hacer caso iba a reanudar su marcha, cuando, por el cristal del escaparate, vio que del automóvil negro se apeaban dos individuos de aspecto nada tranquilizador, mientras un tercero, con el sombrero calado hasta los ojos, pero en quien halló algo de familiar, se quedaba al volante. Antes de que Frank pudiera volverse y echar un solo paso, ya se habían puesto los dos primeros a su altura —cada cual a uno de sus costados— y sentía pegado a su espalda un objeto duro, circular; sin duda, el cañón de una pistola, que le amenazaba desde el fondo del bolsillo. Una voz suave, pero firme, amenazadora, le dijo, casi al oído:

—Siga hacia ese coche sin hacer la menor resistencia; de lo contrario, no daré un solo centavo por su vida.

Una pareja de jovencitas hizo alto ante el escaparate, y, ajenas por completo al drama que se estaba desarrollando ante sus ojos, pasaron una mirada distraída por el rostro de cada hombre.

Cuchichearon y rieron. Debían de haber hecho un chiste a cuenta de los tres individuos parados frente a un lugar tan poco apropiado para ellos.

Frank Wilkiston, mientras tanto, media las posibilidades de escapar con bien de aquella encerrona. Eran, por el momento, casi nulas. Suponiendo que se resistiera, que forcejeara, sus raptos parecían abrigar el firme propósito de disparar sobre él. Mal asunto. Aunque a ello les sería muy difícil escapar después de los tiros, ¿qué adelantaba él una vez «fiambre»?

Dio dos pasos en dirección al coche; pero de pronto, sintió escrúpulos de dejarse cazar como un verdadero ratón cilio. Miró alternativamente a sus dos apresadores y los vio sonreír, satisfechos. Esto le decidió. Esto y el pensar que tal vez le esperaba un peligro mayor si los seguía. ¿Por qué no deducir que pensaban llevarlo a un descampado y matarlo allí mismo como a un perro? «Si no puedo escapar, mala suerte; pero éstos no podrán decir nunca que no les di que hacer».

Volvió a su pensamiento primitivo: escapar. Los «gángsters» se hablan confiado y no le sería imposible poner en práctica su idea. Uno de aquéllos le facilitó la tarea al adelantarse para abrir la portezuela del automóvil. Fue el momento aprovechado por Frank. Dos golpes simultáneos, medidos, perfectos fueron ensayados con éxito por el joven. El primero, el más audaz, resultó ser una llave de «*jiu-jitsu*», practicada por él muchas veces en su vida de consumado deportista y que hasta el momento le había resultado infalible siempre.

Con su mano derecha, que había dejado caer como descuidadamente a la altura de la izquierda (aquella con la que el «gángster» mantenía empuñada la pistola), agarró fuertemente el antebrazo de su enemigo, retorciéndoselo hasta sentir que los huesos chascaban. Con una flexión poderosa le obligó a avanzar y él se puso a su espalda. Conseguido esto en una fracción mínima de tiempo, precisamente en el fragmento de segundo en que el otro se inclinaba sobre la portezuela, no tuvo ya otra cosa que hacer sino adelantar la pierna y darle un fuerte punterazo en las asentaderas. Con tan buena fortuna infirió el puntapié, que el «gángster», cogido por sorpresa, fue a dar con su cráneo contra los cristales de la estrecha ventanilla, entre los que quedó aprisionado. No se atrevía a

moverse por temor a seccionarse las yugulares.

Desarmar al otro resultó cosa de medio segundo. En cuanto al tercero, el que conducía, estaba imposibilitado de disparar contra Frank por temor a herir a su compinche. Una vez que tuvo en la mano la pequeña automática de su contrario, el joven desarmó a su vez, amenazándole con ella al de la cabeza incrustada en la ventanilla. El del volante, en vez de huir como había esperado Frank que hiciera, se decidió por fin a intervenir y un rasguño en la mano del joven fue la respuesta a un pistoletazo bien dirigido. Una de las pistolas que Frank empuñaba rodó por el suelo, y el «gángster» que tenía amarrado, aprovechó su momento de indecisión para arrojar de un fuerte manotazo su segunda arma a tierra.

Pero ya no estaban dispuestos a luchar, sino a huir. El de la portezuela había podido por fin, con todo cuidado, desasirse y la había abierto para saltar al interior del vehículo, seguido de cerca por el otro. El coche arrancó a una velocidad de vértigo, torciendo por la Park Avenue en dirección a la estación Central, a cuya altura volvió a torcer por la Forty Second.

Frank no quiso ni pudo seguirles, estrechado materialmente por algunos curiosos que durante la refriega se habían mantenido al margen y ahora querían saber el porqué del peligroso juego. Todo el mundo se hacía lenguas de su valor; pero Frank no estaba dispuesto a entablar conversación con nadie ni a perder más tiempo allí. Temía que apareciera cualquier agente de Policía y se viera obligado a acompañarle al cuartelillo más próximo. Nada malo podía provenirle de haber puesto en fuga a los tres malhechores, pero prefería no tener que dar cuenta de nada con las consiguientes molestias que aquello le originarla. ¿Acaso no iba a salir hacia Pensilvania en el primer tren? Aunque mejor sería regresar al hotel y tratar de curarse el leve rasguño de la mano.

Con este propósito, recuperó las pistolas de mano de uno de los espectadores, que las había levantado del suelo cuando ya él se inclinaba a recogerlas; paró un «taxi» que pasaba por allí en aquel preciso momento, saltó a él precipitadamente y dio su dirección.

Cuando el coche de alquiler hubo arrancado, dos hombres salieron de entre la multitud, se lanzaron casi corriendo a un pequeño automóvil gris que estaba estacionado en la acera de

enfrente, le hicieron arrancar como una exhalación y comenzaron a seguir al «taxi» a prudencial distancia. De haber notado Frank la maniobra, la coincidencia del número le hubiera dado que pensar. Primero, tres; ahora, dos: total, cinco. ¡LOS CINCO iban contra él!

II

PERSECUCIÓN



A la lucha mantenida con los tres «gángsters» había vigorizado a Frank. Cuanto más se acercaba al hotel, menos deseos tenía de marcharse. Primero era este gozo del peligro, del triunfo, del espejismo de la aventura. Después, en un plano casi al nivel, venía el recuerdo de Lynn Rutefor, la excelente muchacha que había abandonado hacía tan poco tiempo y quizá para siempre. ¿Por qué no volver a ella? ¿Por qué no intentar rehacer su vida con ella? Lynn parecía una chica

decente, bondadosa, y, desde luego, era muy agraciada, muy atrayente, fascinante se pudiera decir. Pero ¿no se equivocaría una vez más? ¿Qué sabía él de las mujeres?

Todos estos pensamientos se fueron agolpando en el cerebro de Frank durante el trayecto, sin decidirse a nada definitivo. Vacilaba entre sí ir o quedarse, entre sí volver a su vida tranquila, provinciana; a su tenis, a su fútbol, a su natación, a su «base-ball»,

a su gimnasia, a sus bailes en el casino; en fin, a su vida intrascendente, sin otra meta definida que las intrigas políticas, las batallas incruentas con sus rivales, o quedarse aquí, en Nueva York, donde la emoción alcanzaba puntos álgidos como hacía poco en su lucha callejera con los bandidos. ¿Podía esto compararse a aquello?

No. De ninguna manera. Esto era mucho más fuerte, casi insuperable. Tenía un sortilegio, una atracción poco menos que invencible. Además estaba aquella joven: Lynn. ¡Qué bien le sonaba su nombre, ahora que el recuerdo de la traición de Dora tendía a difuminarse! Lo había creído tan terrible, y, sin embargo, sentía una rara sensación. Era como si la evidencia de que su prometida no le había amado le librara a él de todas sus promesas de eterno amor, dejándole en libertad de pensar, como entonces lo estaba haciendo, dulcemente acongojado, en la belleza incitante de otra mujer a quién tal vez pudiera querer con mejores resultados que a la primera; una mujer que a lo mejor le quisiera a él como deseaba ser querido; con ese amor que sólo se siente una vez en la vida; amor de renunciación, de sacrificio, de entrega total e ilusionada. El amor que Frank Wilkiston había creído sentir por Dora Green, esa infiel a quién no era lícito acusar, porque el corazón es un potro salvaje que nadie puede guiar. Dora Green, según Lynn, había creído encontrar su verdadero amor en aquel desconocido llamado Mark, y a él se había dado por entero. ¿Por qué odiarla? ¿Por qué reprocharla? ¿Acaso no perdonó Jesucristo a la pecadora, precisamente «porque había amado mucho»?

Un frenazo en seco vino a sacarle de sus pensamientos. Habían llegado a un cruce de calles, cerca ya de su destino, y las señales del tráfico les habían cortado el paso de pronto, cuando un cálculo mal echado del taxista, que masticaba chicle con verdadera fruición, le había hecho creer que podría cruzar antes de que el guardia de la

circulación se lo impidiera con un gesto y un pitido que no admitía réplica. El conductor lanzó un gruñido y se dispuso a dar marcha atrás, pues se había metido en la raya divisoria del paso de peatones. Con tan mala fortuna llevó a cabo la maniobra, que su parachoques trasero fue a golpear el delantero del coche gris.

El encontronazo fue suave, sin trascendencia; pero hizo que los propietarios de ambos vehículos se lanzaran mutuamente algunos gruesos epítetos que el guardia cortó al fin ordenando que siguieran. Este incidente sirvió a Frank para percatarse de que, por el espejo retrasmisor, había visto más de una vez durante el trayecto aquel pequeño coche gris. ¿Le estarían siguiendo acaso?, se preguntó. Y, para cerciorarse, ordenó al taxista que diera un rodeo por algunas calles transversales en lugar de dirigirse directamente hacia el hotel.

—Está bien, caballero —admitió el chófer algo escamado.

Efectivamente, el coche gris iba siguiéndolos. Frank Wilkiston no perdió la cabeza por esto, y en un cruce de calles, cuando ya llevaban dando vueltas bastante rato, ordenó al chófer que aminorara la marcha.

—Voy a saltar, pero no se preocupe; usted siga marchando. En cuanto me vea en el suelo, vuelva a acelerar. Ahí tiene diez dólares para que se cobre el recorrido que marca el contador; muchas gracias.

El conductor se encogió de hombros, siguió masticando su chicle e hizo lo que se le pedía sin el menor titubeo. Frank abrió entonces la portezuela y saltó a la calzada, metiéndose decidido en un gran portalón. Respiró aliviado, más por muy poco tiempo. A menos de cincuenta yardas, el vehículo que acababa de abandonar tuvo una «panne». El chófer bajó de él, y se dirigió gesticulando a echar un vistazo al motor. Entonces fue cuando apareció el coche gris, cuyos ocupantes, poco después, abordaban al desesperado taxista, primero en buena forma y luego amenazadoramente.

Frank se mordió los labios. Por la mímica empleada por los tres interlocutores, había comprendido que trataban de «persuadir» al conductor para que les informara del número de la calle en que había dejado a su cliente. La calle estaba solitaria; lo era ya de por sí, pues estaba compuesta en casi toda su extensión por la parte trasera de los barracones de una fábrica, cuyas chimeneas

oscurecían con su espeso humo el magnífico sol primaveral y teñían las paredes del resto de las casas habitables —cuatro en total, tres a un lado y una a otro— de salpicaduras de carbonilla y de morceñas.

Frank seguía con interés la pantomima de los tres hombres. Al fin comprendió que su causa estaba perdida. Uno de los del coche gris había agarrado al taxista por la solapa, mientras el otro le asestaba un fuerte golpe en la mandíbula. Aquel razonamiento era demasiado contundente para anular la fidelidad debida al desconocido que le había dado unos simples dólares de propina, indicó con la mano el portal —de los tres de la izquierda, el primero—, y Frank no tuvo más remedio que lanzarse escaleras arriba con ánimo de despistar a sus perseguidores. De haber huido por la calle, probablemente le hubieran cazado a tiro limpio.

Las escaleras eran de madera corriente y crujían de modo escandaloso, denunciando a la legua a quienes se decidieran a ascender por ella. Frank trató de poner el pie en los extremos, que era donde, por menos usados, los escalones rechinaban menos. Agarróse al pasamanos y fue subiéndolos de tres en tres, al parecer sin el menor esfuerzo ni fatiga. Su cuerpo elástico apenas se resentía por el esfuerzo físico que estaba llevando a cabo. A la altura del tercer piso, se paró a tomar resuello y a escuchar lo que pasaba abajo.

Los del coche gris reclamaban en voz alta a la portera. Cuando la tuvieron ante ellos la quisieron obligar a decir a qué piso había subido un joven que acababa de entrar. La pobre mujer se encogió de hombros asustada.

—No he visto pasar a nadie; estaba entretenida en la cocina y soy un poco dura de oído...

Uno de los dos forajidos, el menos robusto de los dos, la apartó de mala manera. La sangre de Frank comenzó a hervir. Había visto el detalle de mal gusto de los individuos por el hueco de la escalera, que, por cierto, no disponía de ascensor, y estuvo tentado a bajar a su encuentro para hacerles pagar caro el insulto inferido a una indefensa mujer. Pero el instinto de conservación le impulsó a seguir subiendo. Era su vida la que peligraba y no debía exponerse.

—Somos de la Policía —decían ahora los dos hombres a la atribulada portera, volviéndose desde el primer descansillo—; si conseguimos comprobar que nos ha engañado, puede estar segura

que lo pasará bastante mal.

—Puedo asegurarles que he dicho la verdad; no he visto a nadie. Pero si van a registrar los pisos, no llamen más que en el primero en las dos puertas, en el segundo derecha, y en el tercero izquierda, que son los habitados. El resto de la casa está en reparación. Mejor dicho, estuvo, pues se han suspendido las obras.

—También registraremos los que no están habitados; es fácil que el criminal que perseguimos esté en uno de ellos.

Allá abajo, los peldaños empezaron a crujir escandalosamente. Frank no abrigaba el propósito de esconderse en ninguno de los pisos, sino el de ganar la azotea, saltar a la casa vecina e intentar alcanzar de nuevo la calle por las escaleras de esta última. Todo le parecía fácil; pero al llegar a la puertecilla que daba acceso al terrado, se encontró con una desagradable sorpresa: estaba cerrada. Y no era posible descerrajarla a tiro limpio, primero porque se denunciaría, y, segundo porque era de hierro contrachapada.

Se encontró cogido en la trampa. Precipitadamente descendió al piso inferior, cuyos cuartos, según había oído decir la portera, se hallaban deshabitados. Una vez aquí, se dio cuenta de que seguía igualmente cogido. Dispuesto a jugarse el todo por el todo, bajó un piso más, buscando anhelosamente un escondite. Ni por un momento se le ocurrió pensar en hacerles frente. Quizá se debía esto a lo anormal que era cuanto le estaba sucediendo. Sin embargo, no se hallaba poco ni mucho asustado. Abrigaba la sensación de que, al fin y al cabo, él resultaría vencedor. Aquello significaba para él un juego, un juego peligroso que hacía correr la sangre en sus venas con más premura y palpar su corazón más aceleradamente.

La falsa chapa de policía que los perseguidores de Frank venían exhibiendo, les abría todas las puertas. La vigilancia era estrecha, cuidadosa. Mientras uno entraba en los pisos, el otro quedaba en la escalera para cortar toda posible retirada. Parecían sentirse optimistas en cuanto al desenlace. Sabían que era un joven recién venido a nueva York y lo tenían por un timorato que no se atrevería siquiera a hacer uso de aquellas pistolas que había arrebatado a sus otros tres compinches. Como logran echarle el guante, a ellos no les sucedería lo mismo.

Ya estaban en el segundo piso; Frank acababa de llegar al tercero. Se oyó un crujido algo más fuerte al pisar el joven unas

tarimas sueltas.

—¿Has oído?

—Creo que lo tenemos ahí.

Empuñaron con más fuerza las pistolas.

—Aunque la orden es sólo de asustarle —dijo uno de los malhechores—, aquí podríamos cargárnosle sin la menor responsabilidad.

—Cumple las órdenes y déjate de bobadas. Claro que si no hay más remedio... —Acabó con una sonrisa sádica, cruel, el más delgado de los dos.

Frank Wilkiston había desaparecido en el cuarto de la derecha; esto es, el deshabitado. Ya para entonces había sacado a su vez las pistolas y las empuñaba dispuesto a todo. Había concebido un plan que podría quizá dejarle el paso libre. Se trataba del siguiente. Se había apostado en una habitación que disponía de una pequeña ventana que iba a dar sobre el vestíbulo, frente a la puerta de salida a la escalera. Por el hueco del dintel se divisaba perfectamente buena parte del rellano y la puerta del piso de enfrente. Sí sus perseguidores seguían tan confiados como hasta allí, podría cazarles como a alimañas. Le repugnaba un poco disparar así, a sangre fría, como el cazador con reclamo; pero se animó a hacerlo diciéndose que era la vida de ellos a cambio de la suya, y, en este dilema, la alternativa resultaba obvia.

Pero las cosas habían cambiado sensiblemente. Los forajidos habían descubierto su presencia y caminaban ahora con pies de plomo, no echando un solo paso sin antes haberse cerciorado de que podían hacerlo sin peligro. Frank tenía que vérselas, al menos, con un cerebro diabólicamente listo: el del hombre más bajo y delgado. Éste, durante su registro, había ido estudiando la toponimia de cada cuarto y se había percatado de que todos eran exactamente iguales: las mismas habitaciones, la misma arquitectura, idénticos tabiques y huecos para ventanas. Se puso en el lugar de su perseguido y enseguida llegó a una conclusión. Ante un gesto de su compañero para avanzar hacia la puerta de la izquierda, le contuvo, indicándole por señas que habían de dirigirse a la derecha. Luego, en voz baja, añadió:

—Es donde él debe de estar por el ruido que hemos oído. No te precipites; ya sabes que hay una habitación enfrente que tiene una

ventana. Sí ese individuo piensa con la cabeza, y le creo lo suficiente inteligente, habrá pensado lo que yo: que es el punto más indicado para batir tanto esta puerta como la del otro lado. No avances, pues nos acribillará. Yo voy a intentar cruzar a la otra parte. Tú, como zurdo que eres, apuntarás desde aquí, sin «asomar más que el revólver». Nada de hacer puntería; cálculo simplemente. La ventana debe de estar aproximadamente a una yarda del piso, con que ¡adelante!

El zurdo calculó la altura y comenzó a disparar sobre la ventana. A poco estuvo que no diera en el blanco; los cristales hirieron el rostro de Frank, el cual se vio precisado a resguardarse contra la pared, dejando, por tanto, de vigilar, aunque, también al buen tuntún, mandó un par de disparos hacia la puerta cuando ya el compañero del zurdo había pasado a la otra parte del rellano y enfocaba asimismo su pistola sobre el objetivo. Después se hizo el silencio, Ninguno de los tres contrincantes se movía, aunque todos estaban atentos por igual a los posibles movimientos de los otros, que no podían localizar de otra manera que por el oído, pues asomar la nariz hubiera equivalido a recibir un balazo entre ceja y ceja. Tan absortos estaban en su espera, que ni a respirar se atrevían.

De pronto, el más menudo de los dos forajidos invitó a Frank para que se rindiera. No tenía ánimo de hacerle daño; sólo querían darle un mensaje del jefe, en que se le conminaba a abandonar Nueva York enseguida. Habían llegado a sus oídos los propósitos del joven de hacerles la guerra por todos los medios y lamentaban tal decisión; ellos no tenían nada contra él; ni él debía tenerlo contra ellos.

—Aquello de la modelo, de su novia, fue solo un incidente desgraciado; la chica perdió la cabeza y el jefe se vio obligado a disparar. De no haberlo hecho, el demonio sabe qué hubiera sido de todos nosotros.

Frank no respondió. Fallado su plan de liquidarlos a mansalva, estaba fraguando otro que iba a poner en práctica al momento. Aprovechando un silencio de sus enemigos, dejó escapar un quejido suave, pero no tanto que los otros pudieran dejar de oírle; quejido que repitió con regularidad durante unos minutos.

Se había retirado de la ventana, yéndose a resguardar en un

rincón en penumbra, desde donde podía vigilar aquélla y el hueco de la puerta con sólo el marco. Cada una de sus pistolas encañonaban a un lugar distinto y sus ojos se movían de un lado a otro alternativamente.

Pasaron unos segundos. Un silencio preñado de augurios se había ido apoderando del piso vacío. En los ocupados, algunos de sus habitantes se habían decidido, curiosos, a asomarse; pero el zurdo los había hecho retroceder, gritando y amenazándoles con las pistolas. El otro, por su parte, se decidió por fin a preguntar a Frank si se encontraba herido. Éste no respondió; su plan empezaba a causar efectos. Conteniendo el aliento, seguía vigilando. Tarde o temprano, sus enemigos se habían de cansar de aquella situación tensa y caerían en el lazo que los había tendido tan hábilmente. Volvieron a repetirle la pregunta. Entonces Frank, simulando maravillosamente que le costaba trabajo hablar, contestó que sí, que estaba malherido.

—Me muero... me desangro; por favor, mandadme ayuda. Vengan a socorrerme, por Dios.

No esperaba que lo hicieran, sino que tenía la confianza de que huirían en cuanto le creyeran liquidado; pero ni una ni otra cosa ocurrió. Sólo alcanzó a oír al zurdo, que decía al otro:

—Vamos por él. Ya oyes que está malherido.

—¡Quieto! Puede ser una trampa. Y, aunque no lo sea, siempre tendrá las suficientes energías para apretar el gatillo. Déjame hacer a mí —y, levantando la voz, se dirigió ahora a Frank—. Oye, amigo: ya te he dicho que nosotros no queríamos más que darte una lección y un aviso; ya lo tienes. Ahora nos vamos. Sí puedes salir, márchate cuanto antes de esta casa y de Nueva York.

Se oyeron pasos; pero Frank desconfió. En sus cálculos entraba esperar unos minutos, y esperó. Después, sonriendo interiormente, en lugar de levantarse y dirigirse a la puerta, se dijo que convenía dar tiempo al tiempo. Él no abandonaría su posición en tanto no subieran al lugar en que se encontraban algunos de los vecinos de los otros cuartos. Al comprobar que los minutos pasaban y nadie se acercaba por allí, intuyó la verdad; los «gángsters» habían fingido marcharse, pero estaban allí, en la escalera, esperándole para asesinarle en cuanto asomara. No habían creído lo de su herida, o, si lo habían creído, suponían que no sería tan grave como para

impedirle caminar unos pasos; los suficientes para que ellos, prevenidos, le hicieran morder definitivamente el polvo. Realmente, no eran lerdos los canallas.

No obstante, la ventaja estaba toda de parte de Frank. Lo que restaba por hacer era ya cuestión de nervios y él los tenía bien templados. Esperar, esperar, esperar... Eso se imponía. Los minutos fueron pasando. De cuando en cuando, los ojos del joven se distraían un momento de su observación para mirar la hora. Las agujas de su cronómetro de esfera luminosa avanzaban inexorablemente. La una, el cuarto, la media; las dos por fin. Una hora se había pasado sin que nadie en la casa diera señales de vida. Sólo a lo lejos se escuchaba el ruido metálico de los tranvías, algunos «claxons» de automóviles, y, bastante más cerca, casi allí mismo, las sirenas de los barcos que entraban en los distintos muelles.

Empezaba a desconfiar Frank de sí mismo, de sus deducciones y estaba dispuesto ya a creer que sus enemigos se habían marchado realmente y que aquella casa estaba habitada por seres sin entrañas que no les conmovía en modo alguno un posible malherido a su lado, cuando oyó murmurar algo en la escalera. Era la voz del zurdo, que volvía a insistir en entrar. El otro no se lo permitió. Se dirigió de nuevo a Frank, diciéndole que no creyera que los había engañado; pero Frank siguió en su mutismo.

—Se debe de haber muerto de veras ya —repitió el zurdo—; entremos.

—Hay que tomar precauciones —le contuvo el otro, y llamó a una jovencita que acababa de subir por la escalera.

Cuando la chica, toda medrosa, se encontró en el tercer piso, el forajido, de un fuerte empujón, la obligó a entrar en el cuarto en que Frank esperaba expectante. De estar vivo —había pensado el malhechor— el joven perdería la cabeza al ver irrumpir ante él un cuerpo humano y dispararía sin esperar a más. Realmente, no lo hizo Frank por verdadero milagro; el cabello rubio de la joven la libró de morir acribillada y al propio Frank de descubrir su juego, que es lo que los otros se proponían con su sucia añagaza. La muchacha retrocedió gritando; después se la oyó bajar las escaleras diciendo pestes a los dos bandidos.

—No cabe duda que debe de estar muerto —dijo el hombre

menos fuerte—. Vámonos de aquí cuanto antes. Ha pasado demasiado tiempo y esta gente puede haber comprendido que somos tan policías como ellos; a lo mejor se le ocurre a alguien llamar a la verdadera y entonces sí que la hemos pringado.

Frank pudo al fin sonreír, pero por poco tiempo; las cosas ocurrieron de otro modo. El zurdo no se decidió a marchar sin haber antes profanado el cadáver, sin haberle escupido, sin haber gozado con el macabro espectáculo que su mente criminal trataba de figurarse.

—Debo de haberle liquidado yo; voy a cerciorarme de quién ha tenido mejor puntería.

Irrumpió en el «*hall*» como una fiera; el otro quiso detenerle. Fue el momento que Frank aprovechó para incorporarse y ordenar con enérgica voz:

—¡No os mováis! Os tengo encañonados y dispararé al menor movimiento sospechoso.

Dijo esto decidido, pero en modo alguno se hacía ilusiones en cuanto a los resultados. Tenía que habérselas con dos hombres obstinados, que en modo alguno se dejarían prender así como así, sabiendo como sabían que la silla eléctrica podía ser muy bien el final a todas sus andanzas. No lo pensaron siquiera. Como rayos, dirigieron sus revólveres al hueco de la ventana, disparando al mismo tiempo que intentaban retirarse de la línea de tiro de su contrario. Pero no fueron lo suficientemente ligeros ni acertados; mientras que Frank simplemente recibió un rasguño en el antebrazo, el zurdo había caído cuan largo era, con bufido de toro, en mitad del vestíbulo, donde quedó tendido con la muerte retratada en su rostro de fiera. El otro había recibido a su vez una herida de menor consideración en el pecho y al ver a su compañero en tierra, perdió la serenidad de que había estado dando pruebas en todo momento, y huyó precipitadamente, tambaleante. Frank tuvo todavía tiempo de disparar sobre él y debió alcanzarle, pues se le vio encogerse, entrepararse, vacilar y seguir luego bajando con visibles esfuerzos.

Al parecer, había que temer poco del caído, pero, por si acaso, Frank intentó asegurarse. No era sanguinario ni cruel; pero, a veces, las circunstancias obligan. Aquel momento no resultaba el más apropiado para sentimentalismos. Tenía que asegurarse, y así lo

hizo sin la menor vacilación. Su mano izquierda apretó el gatillo y disparó por dos veces sobre la cabeza del «gángster». Luego salió corriendo en persecución del huido.

Su brazo herido le molestaba, pero no lo suficiente como para perder el tiempo en curárselo. Se limitó, pues, a apretar la manga contra la herida con su mano izquierda —aquella con la que sostenía el arma que le quedaba—, intentando, en la medida de lo posible, contener la hemorragia.

Salló del piso con algunas precauciones, pero enseguida se percató de que eran inútiles; el «gángster» huía escaleras abajo con toda la ligereza de que era capaz, dado su deplorable estado. Frank le volvió a gritar que se entregara. Por toda respuesta, una bala silbó junto a su oído, avisándole de que su enemigo estaba todavía dispuesto a luchar. Sí quería pelea, la tendría. Frank, que estaba mucho más entero, empezó a ganarle distancia, bajando de dos en dos, y hasta de tres en tres, los escalones. Había soltado de nuevo el antebrazo herido, sin preocuparse mucho de la sangre que le escurría, y mantenía la pistola en posición de hacer fuego.

Cuando le tuvo a menor distancia, disparó por dos veces más al tiempo que el otro se refugiaba en un rincón de la escalera, por lo que no hizo blanco; el «gángster» respondió, pero, perdida la cabeza, no se percató de que el cargador de su arma se iba agotando y que las balas de repuesto habían quedado en una caja bajo el asiento del automóvil donde siempre las llevaban escondidas a prevención de cualquier contingencia. Cuando, ya en el primer piso, Frank se acercó a su enemigo, éste quiso disparar sin conseguir arrancar a su pistola otra cosa que un leve chasquido del percutor: las balas se le habían agotado.

Frank pudo matarlo allí mismo, como a un perro, pero le repugnó tal crimen. El «gángster» estaba herido, indefenso. Intentaría reducirle sin necesidad de acabarle de matar. Emulando al enemigo, Frank arrojó al suelo su pistola y se lanzó contra aquél, que esperaba ya la acometida como un tigre en acecho. Ambos rodaron por el entarimado, tiñéndolo con su propia sangre, Frank golpeaba fuerte; pero el otro era duro, luchaba con verdaderas ansias de asesinar, con esas energías sobrehumanas que el hombre suele sacar de su agonía, deseando vivir a toda costa. Por dos veces, como un terrible dogo, el «gángster» intentó apresar con sus dientes

la garganta de Frank; pero el puño izquierdo de éste le había castigado la boca con tanta rudeza que le había hecho desistir de su intento. Del último golpe que le dio, le hizo rodar por las escaleras hasta quedar inmóvil, en el último rellano, con los brazos en cruz.

Bajó corriendo Frank. Jadeante, debilitado por el esfuerzo y por la pérdida de sangre, alcanzó el umbral de la puerta calle. Su idea era la de alejarse enseguida de aquel lugar, en el propio coche gris de los criminales, antes de que la Policía, llamada por cualquiera, llegara. Su antigua decisión de buscar a los asesinos de Dora se había vuelto a consolidar con la lucha mantenida. «Al menos — pensó— dos están fuera de combate. Los otros tres los seguirán».

No tuvo necesidad de servirse del cochecito gris. Ya en la acera, al levantar los ojos, se encontró agradablemente sorprendido al ver parado frente a la puerta, al otro lado de la calle, el «taxi» que le había traído, ya arreglado y dispuesto a marchar. El chófer le hizo señas de que se acercara y le ayudó a subir. Por toda explicación a lo que estaba haciendo, el taxista dijo, sin dejar de masticar su chicle:

—Me quisieron hacer creer que eran policías, pero a mí no hay tipo de esos que me engañe. Conozco por el olor a las gentes de «gang». Les dije dónde le había dejado a usted, porque me vi amenazado: pero después me dispuse a esperarle por si me necesitaba; nunca desconfié del resultado. No sé por qué, sabía que usted les daría una buena lección. Esos matones suelen ser bastante cobardes.

Escupió por un colmillo la goma ya bastante gastada, desempapeló una nueva y se la metió en la boca, mientras metía el acelerador y empezaba de nuevo a hablar.

—Se me ocurrió llamar a los «polis»; pero me dije: tal vez a mi cliente no le siente bien que lo haga. ¿Al hotel? —Acabó sin transición.

—Sí, de prisita. Y ya que ha hecho hasta ahora las cosas tan bien, sígalas haciendo un poco más de tiempo, vaya por la puerta de servicio; no estoy presentable para aparecer por la principal.

—Entendido, pero dígame: ¿qué ha sido de «ellos»?

—¡Fiambres! —respondió escuetamente Frank, a quién la cháchara del taxista mareaba.

—¿Los dos?

El joven hizo un gesto dubitativo.

—Creo que si —afirmó luego.

Su interlocutor ponderó la hazaña lanzando un largo y suave silbido oloroso de menta. El automóvil, después de dejar algunas calles miserables, entró en el tráfico de las bellas avenidas. Minutos más tarde, paraban ante la puerta de servicio del Talbot, y Frank, que se había hecho mientras un vendaje preventivo, saltó a tierra y perdióse en el interior, no sin antes haber recomendado al chófer que le esperara. Al hacerlo estaba pensando en Lynn Rutefor, a la que ardía en deseos de ver, para explicarle su estupenda aventura y para manifestarle su decisión de seguir adelante en aquel asunto hasta el final.

III

APARECE BEN CARSON



N el piso décimo, habitación 212, Frank Wilkiston tenía su alojamiento. Hasta llegar a él, tuvo que hacer algunos equilibrios encaminados a evitar que le sorprendieran, pues en modo alguno deseaba tener que dar explicaciones a nadie y mucho menos a cualquier curioso servidor.

Tuvo suerte: ni en el montacargas, ni ya en el largo, amplio y suntuoso pasillo en que estaba situado su cuarto, se topó con persona alguna. Sólo cuando estaba ya inclinado en la puerta en que se leía el guarismo indicado más arriba, notó que alguien se acercaba; se hizo el desentendido y desapareció precipitadamente

en el interior.

Una vez la puerta cerrada de nuevo, suspiró aliviado y se limpió el sudor que bañaba su frente. De pronto, notó algo raro en la estancia. Él no fumaba y, sin embargo, la atmósfera se encontraba impregnada de olor a tabaco egipcio. Alguien estaba o había estado allí hacía poco. Por si esto no fuera suficiente, en el cenicero, dejada con despreocupación, se consumía una colilla.

Le cercó una sensación de peligro. Pudo pensar que Lynn, que fumaba esa clase de tabaco, le esperaba, pero no lo hizo. Tal vez en circunstancias normales, eso hubiera sido lo primero que se hubiera imaginado; más en aquellos momentos, con los nervios deshechos, debilitado, alterada la mente por las escenas vividas en las últimas horas, lo único que pensó fue que el enemigo le acechaba de nuevo, decidido a todo. Él había liquidado a dos, pero sabía de la existencia de tres más; los que le habían intentado raptar en la calle 39 Este. Eran cinco. ¡LOS CINCO!

Avanzó despacio, todo atención, pistola en mano, aquella pistola que había vuelto a recoger de la escalera una vez vencido el segundo «gángster», y que sabía cargada solamente con dos últimas balas. Pocas eran, más las suficientes para, hacerle sentir confianza, para inculcarle ese elemental valor que precisaba para seguir avanzando en una habitación donde, ahora lo oía perfectamente, existía un jadeo acompasado, una cierta respiración pausada, normal, que provenía de uno de los sillones de alto respaldo que había diseminados por la estancia. Hacia él se dirigió con infinitas precauciones.

—¡Fuera de ahí! —gritó—. Le tengo encañonado.

Nadie respondió. Aquella respiración, aquel jadeo, habían desaparecido. Ahora no se percibía nada. Sólo la colilla, olvidada en el cenicero, se deshacía en pequeñas y ensortijadas volutas de humo. Esperó unos segundos; de nuevo nada. ¿Se habría equivocado en la apreciación de aquel jadeo? ¿Provendría de otra parte? Oyó un ruido a su espalda, un gato que arañaba la ventana; volvió la cabeza un segundo y... eso fue todo. Una forma humana, elástica como la de una pantera, había caído sobre él y le había desarmado antes de que Frank se hubiera dado cuenta de lo que ocurría. Pero, cuando esperaba ver a un enemigo sobre él, dispuesto a liquidarle, se encontró nada menos que... ¡con Ben Carson, el

famoso agente especial del

F. B. I.!

Ambos habían rodado por el suelo y el último reía a mandíbula batiente mientras preguntaba:

—¿Qué te ha parecido la maniobra, Frank?

—Perfecta, pero... dolorosa para mí. ¡Menudo susto me has hecho llevar y menudo golpe! Te ha salido así, porque yo no estaba en disposición de luchar; ya sabes que tampoco soy manco. De todas maneras, ha sido una temeridad; he podido disparar sobre ti y matarte.

—Sí hubiera yo visto la posibilidad de un desenlace tan trágico, quizá no te hubiera atacado. Aunque a lo mejor sí, pues por nada del mundo hubiera yo desperdiciado la ocasión que tu entrada me brindaba de gastarte esta broma. ¿A quién pensabas encontrar aquí, que venías así armado?

Ben Carson seguía riendo con su risa de niño grande, cuando, al mirar más detenidamente a su amigo, percibió el estado lastimoso que ofrecía.

—¿Qué diablos te ha ocurrido? ¡Estás lleno de sangre!

—Es algo largo de contar —contestó Frank mientras se incorporaban—; a la que me curas lo haré. Ahí, en esa vitrina, tengo mi pequeño botiquín.

Ben Carson fue hacia el lugar designado por su amigo y extrajo de él lo necesario para hacer una cura de urgencia. Se lo veía alegre, contento por haber vuelto a encontrar a Frank Wilkiston; pero, al mismo tiempo, preocupado por lo que el otro tenía que decirle. No esperó a que Frank hablara, sino que, mientras trabajaba expectante con pinzas, unturas, gasas y vendas, preguntó si aquellas heridas tenían algo que ver con el objeto de su urgente llamada. Frank Wilkiston apretó los dientes por efecto del dolor, pero, enseguida, haciendo un esfuerzo, dijo a media voz.

—Creo que te habrás enterado por la Prensa, del atraco efectuado en casa del señor Adams, el modisto. Pues bien; la única víctima que ha habido en él era mi novia. Yo, en principio, pensé que tú pudieras ayudarme a capturar a esos bandidos.

—El asunto Adams no es de la incumbencia del

F. B. I.

No se han violentado los Estatutos Federales.

—No; ya lo sé; pero yo decía «extraoficialmente» en tus horas libres. Pues no creo que, por mucho trabajo que tengas, no puedas disponer de unas cuantas al día... o a la noche.

—Desde luego que puedo; pero ese asunto no es para cogerle por «*sport*», sino para sumergirse en él por entero. Comprenderás que no se puede estar sobre una pista y verse obligado a abandonarla porque las «horas libres» se han acabado.

La decepción se reflejó en el semblante de Frank. Ben le dio unas palmaditas cariñosas en el hombro y le animó:

—Claro que existe la solución de que yo pida una licencia de un par de semanas. En ese tiempo...

—¿Harás eso por mí?

—Los amigos son para las ocasiones, y tú sabes muy bien que yo soy tu amigo.

—Gracias, Ben. No esperaba menos de tu amistad. ¡Gracias!

—Basta de efusiones y agradecimientos y ponme al corriente de todo.

—Tú mismo puedes estudiar este asunto, leyéndote estos recortes de periódicos que he tenido la precaución de coleccionar. En ellos está, íntegra, con pelos y señales, la historia del desgraciado suceso. No pases por alto incluso uno suelto que no pertenece a la serie y que yo encontré por casualidad y está señalado con lápiz azul.

Frank se había entristecido. Por sus ojos había pasado primero un relámpago de ira y luego un velo de dolor.

—¿Qué ocurre con ese recorte? —quiso saber Ben.

Frank inclinó la cabeza. Hay cosas en la vida que son difíciles de decir incluso al mejor amigo.

—Se trata de mi prometida. No me era fiel. Durante todo el tiempo que estuvo su cadáver en el Depósito Judicial, no faltaron a su lado los crisantemos que una florista enviaba por cuenta de un desconocido. La Policía sospechó enseguida de un idilio entre Dora y él. Yo ahora sé que era cierto. Lynn Rutefor me lo ha dicho.

—¿Quién es Lynn Rutefor?

—Es una modelo. Trabajaba con Dora en casa del señor Adams y eran muy buenas amigas. Cuando vinimos a recoger el cadáver, ella hizo una visita al hotel en que los padres de Dora y yo nos hospedábamos. Allí nos conocimos. Es una chica culta, elegante,

encantadora...

Ben sonrió. Pensó que su amigo se estaba volviendo a enamorar sin darse cuenta; pero se limitó a decir:

—Entendido; es un dechado; pero ahora al grano.

—Trabé amistad con Lynn y ella fue, acosada por mí, reprochada duramente por su silencio, quien me confirmó esta mañana lo que este periódico solamente sospechaba.

—Dame esos recortes; esta noche los leeré y...

—Creo que no hay tiempo que perder. La cosa se pone fea. La banda está sobre mi pista. Hace cosa de tres horas han intentado raptarme en plena calle Treinta y Nueve por medio de tres individuos; luego, he sido perseguido por los otros dos que la componen.

—¿De dónde sacas tú que se componga simplemente de cinco individuos?

—Al menos, cinco fueron los que asaltaron la casa de modas y «Los cinco» los llama el «The Notify» que tienes en la mano.

—Podían haberlos empezado a llamar «El Quinteto». Esto les daría más sensación de banda; pero de banda de música, se entiende. Volvamos a lo tuyo. ¿Qué sucedió?

—Lo que has oído. Primero intentaron raptarme y logré escapar; luego me persiguieron y escapé también por verdadero milagro; pero, para ello, me he visto obligado a dar pasaporte a los dos que me persiguieron los últimos. Al menos, por muertos los dejé.

Ben Carson saltó como picado.

—¡Diablos! Esto se pone peliagudo. ¡Y estás aquí tan tranquilo, perdiendo el tiempo! ¡Haber empezado por ahí, demonio! La Policía puede detenerte de un momento a otro y eso, en esta situación, no te conviene.

En instantes así era cuando se conocía la actividad de Ben. Su cerebro trabajaba a marchas forzadas. Sus soluciones solían ser rapidísimas, fulminantes.

—¡Hala! Recoge tus bártulos. Éste no es sitio seguro para ti, por dos motivos; el primero, porque el resto de esos cinco caerán sobre ti en cuanto nos descuidemos; segundo, porque la Policía puede dar contigo y encerrarte... mientras se aclaran las cosas. Déjame hacer a mí, Frank; en este momento estoy entrando en mi elemento. Hace lo menos dos semanas que no intervengo en asuntos que valgan la

pena, y este tuyo me parece que la vale.

—¿Qué intentas que hagamos?

—Llama al «*maître*», paga la cuenta ¡y arreando! Hay que buscarse otro hospedaje. Mientras tanto, yo telefonearé a la Policía. Supongo que ya lo habrán hecho otros, pero yo voy a sugerirles que se trata de dos de los asaltantes de la casa de modas...

—Tengo un «taxi» a la puerta: el mismo que me ha traído desde el lugar del incidente. Pensaba ir a hacer una visita a Lynn.

—Conque una visita, ¿eh? Así, tan tranquilamente. Haz que lo despidan; ya tomaremos otro, si podemos. No hay que dejar atrás el menor hilo por el que pueda sacar el ovillo.

—¿Qué te parece si me ocultara en casa de Lynn Rutefor?

—¡Absurdo! Ella está tan en peligro como tú. La banda parece conocer al dedillo todos tus pasos en esta última semana. Será contra la primera que irán. Conviene ponerla sobre aviso. Cuando acabes con el «*maître*», puedes llamarla y concertar con ella una cita para dentro de cinco minutos, a lo sumo diez. ¡Activando, amigo!

El dinamismo arrollador de Ben Carson se impuso enseguida sobre el espíritu alicaído de Frank. Éste pulsó el timbre. Cuando el «*maître*» quiso subir a la habitación, ya el agente especial había concluido su lacónico mensaje a la Policía.

—Les mandaré un botones —dijo el «*maître*» al salir de nuevo.

—No se moleste; entre mi amigo y yo bajaremos el equipaje. Gracias de todos modos.

Cuando quedaron solos otra vez, Ben prosiguió, frotándose las manos.

—Esto está liquidado. Ahora ¡adelante! Marca el número de esa beldad y ponte de acuerdo con ella.

Frank hizo lo que se le indicaba. Después de unos minutos de espera, en que, a lo lejos, repicaba el timbre del otro auricular, colgó decepcionado.

—No contesta. Y el caso es que éstas son ya horas de que estuviera en casa.

—Déjame a mí.

Ben volvió a marcar la cifra que el otro, con voz temblorosa, le iba indicando. El resultado fue el mismo; nadie acudió a la llamada telefónica.

—Puede haberse retrasado; llamemos al señor Adams.

Febrilmente, hojearon el listín de teléfonos.

—Acca... Almi... Carroll... —Iba murmurando Ben. Al fin, detuvo su índice en el nombre del modisto. Retuvo mentalmente la cifra y marcó. Poco después estaba al habla con míster Adams.

—¿Lynn? —respondió éste—. Sí, señor; salió ya. A su hora de costumbre.

El cielo se desplomó sobre Frank cuando Ben le explicó el resultado. Una cruel incertidumbre se fue apoderando de su espíritu. El mismo Ben no era menos pesimista.

—Creo —comentó con sinceridad brutal— que tus «amigos» no se han dormido en las pajas.

—¿Supones que...?

—Todo hay que esperar de ellos. Amigo mío, no olvides que has liquidado a dos de sus secuaces, y, entre esta gente, la «*vendetta*» está al orden del día. Y ¿quién puede asegurarnos que no tengan otros motivos especiales además de ése para ir contra la muchacha? Vamos; tenemos que despabilarnos; aún me quedan un par de horas antes de volver a mi trabajo «oficial» y quiero aprovecharlas en tu favor. Lo primero que haremos será visitar a la portera de Lynn. Tal vez pueda decirnos algo.

Segundos después, Ben y Frank descendían por la escalera de incendios, como dos malhechores. Al agente especial no le había parecido siquiera segura la de servicio. Intuía que el resto de la banda podía estar al acecho tanto en ésta como en la principal, y todas las precauciones se le antojaban pocas para sacar con bien a su amigo de aquel atolladero.

Aunque era más partidario de los métodos directos, no le faltaba astucia. Su sagacidad corría pareja con su valor. Durante el fatigoso descenso, con ánimo de sacar a Frank de sus pensamientos, que se le antojaban demasiados pesimistas, Ben se lamentó de no disponer de un automóvil, añadiendo que cada vez se hacía más difícil viajar en el metro, en los elevados o en el tranvía.

—Los autobuses están incapaces; y nada digamos de los «taxis». Sin un cochecito propio, no hay modo de llegar a tiempo a ningún sitio.

—Hombre, Ben. Esto me da una idea. Pondré una conferencia a mi padre y mañana mismo tendremos aquí mi automóvil. No el

grande, el de las recepciones familiares, sino el mío particular. Un «jeep» que adquirí al acabar la guerra en una subasta de efectos militares y que me sirve para efectuar mis viajes de propaganda política.

—Llamaremos la atención; pero bueno es. Aunque está un poco anticuado no creo que haya un vehículo tan práctico como éste.

La escalerilla de incendios daba a un patinillo, y éste a un pequeño jardín. Desde aquí los dos amigos trataron de ganar la calle; mas no habían puesto los pies en ella, cuando una ráfaga de ametralladora barrió la puerta por la que acababan de salir. Ambos se lanzaron al suelo como rayos.

Cuando Frank quiso hacer uso de las dos balas de que disponía, ya Ben, que no contaba con el impedimento de un brazo en cabestrillo, lanzaba su fuego mortal contra el individuo que los había disparado desde el hueco de un portalón de enfrente. Se le vio tambalearse, dejar caer la «Thompson» y salir dando traspiés hacia un automóvil que le aguardaba a pocas yardas. Ese mismo obligado zigzag y el hecho de que un camión torciera en aquel momento la esquina y se interpusiera entre el «Colt» de Ben y su enemigo, libraron a éste de pagar con su vida aquel atentado de que había hecho objeto a los dos amigos. Las sospechas de Ben se habían cumplido; el que fueran atacados por un individuo solo, le afirmaba en su idea de que la salida principal también estaba guardada por el resto.

—Está visto que vienen por ti —exclamó Ben, cuando ya el coche se alejaba haciendo eses, como si su conductor fuera malherido. Y menos mal si no me ha reconocido a mí. Porque, si lo ha hecho, el cincuenta por ciento de nuestras posibilidades de triunfo quedarán anuladas.

Media hora después, tras haber caminado con muchas precauciones por calles transversales, con ánimo de despistar a cualesquiera posibles seguidores, Ben y Frank, sin haber conseguido un «taxi», paraban ante la pensión de Lynn. A su pregunta les respondió que la señorita, contra su costumbre, no había regresado aún.

—Aunque a veces almuerza en algún restaurante, hoy pensaba hacerlo aquí, pues me había telefoneado que la preparara comida.

La depresión de Frank se acentuó. Ya no le cabía la menor duda:

Lynn había sido raptada, tal vez asesinada, como unas horas atrás habían intentado hacer con él. Pero, para matarle a él, tenían un motivo. ¿Qué razones podrían aducir aquellos malvados para hacer lo propio con la chica? Expuso sus pensamientos a Ben y éste se vio precisado a admitir que Lynn debía de haber sido raptada.

—Espero, sin embargo —agregó—, que podamos rescatarla antes que sea demasiado tarde.

Frank precisaba convencerse y aunque el acento de Ben no era todo lo convincente que debiera, deseó ser optimista.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó.

—Esperar —fue la contestación del otro—. Esperar a mañana. Tú estás deshecho, necesitas reponer fuerzas. Yo, a mi vez, esta noche tengo un último servicio indeclinable; el mismo que me ha tenido ocupado todos estos días. Mañana lo habré concluido y podremos dedicarnos a los tuyos. Ya sabes que los amigos que me buscan siempre me encuentran y tú eres mi mejor amigo.

—Me hubiera gustado que pudieras declinar ese servicio; estaría más tranquilo respecto a Lynn; temo por su vida.

Ben estuvo a punto de responder que él también temía; pero se limitó a decir:

—Es necesario esperar a mañana. Voy a llevarte a una pensión cómoda y segura. No salgas de ella hasta que yo no te avise. Por nada del mundo salgas de ella —recalcó—. Esta noche, durante mi servicio, yo estudiaré detenidamente este asunto, los recortes de periódico que tú me has dado, y mañana, cuando consiga mi permiso, estaré en mejor disposición de serte útil.

—¿Qué servicio es ese que no puedes declinar en modo alguno?

—Se lleva en el mayor sigilo; pero a ti te lo diré. Se trata de trasladar a Washington, al Banco Nacional, algunos millones de lingotes oro. Pertenecen al Gobierno en exilio de una potencia europea que no viene al caso. He recorrido con ese tesoro y los miembros del Gobierno aludido, muchas millas y no puedo dejar de hacerlo en la etapa final; las órdenes son órdenes. Esta noche saldremos por carretera y los diplomáticos se trasladan allá por ferrocarril. No hagas comentario de esto con nadie, pues sólo una agencia de noticias de Prensa lo ha logrado descubrir y a ésta nuestro Gobierno la ha prohibido que diga una palabra so pena de sanción.

Mientras hablaban, habían caminado un buen trecho. Esta vez tuvieron más suerte y pudieron cazar un «taxi» al que no subieron hasta haberse cerciorado de que nadie les seguía. Después de algunas vueltas y revueltas llegaron a su punto de destino: una pensión cómoda y segura, como había dicho Ben, en la parte baja de la ciudad.

Allí estuvo Frank encerrado durante toda la tarde. Una vez que Ben le hubo dejado, llamó por teléfono a su casa para lo del coche y a casa de Samuel Adams por si Lynn se había reincorporado al trabajo. Al decirle que no y que estaban intranquilos por ello, repitió su llamada a la pensión de la joven; el mismo resultado. Lynn había desaparecido y él sentíase impotente para actuar. Primero, por la promesa que había hecho a Ben; segundo, porque sentía que lo del brazo, aunque no tenía ninguna importancia, le iba ya molestando más de lo regular y se notaba enfebrecido; y, tercero, porque no tenía la menor idea de hacia dónde dirigir sus pesquisas. ¿Adelantaría algo con salir a la calle y empezar a deambular sin objeto, sin sentido, sin meta?

Al anochecer, después de unas horas de sufrimientos morales inauditos, de angustias sin cuento, mandó subir los periódicos a la patrona y leyó ávidamente la sección de sucesos. Allí estaba la noticia que buscaba. Un «gángster» muerto y otro malherido. La Policía afirmaba tratarse de un duelo entre distintos «gangs». Una denuncia anónima señalaba a dichos individuos como componentes de la banda de «Los Cinco».

Con este motivo, «The Notify» volvía sobre el tema. La pluma de Garry Selkin hacía una nueva evocación, ahora sentimental, de Dora Green. Destilaba romanticismo, ternura. Aquel artículo era el artículo que a Frank Wilkiston le hubiera gustado escribir sobre Dora cuando aún no se sabía burlado, humillado, escarnecido por su prometida. Recordaba a sus lectores el detalle sugeridor de los crisantemos, a aquel ser misterioso «que, al parecer, la muerte de su amada ha dejado errante, solitario, transido de dolor, para quien la vida no debe de tener ya ningún sentido. ¡Qué elegancia en la pena! ¡Qué aticismo! No hay que compadecer a la diosa derribada, sino al adorador de esa diosa, a ese adorador fiel, silencioso, que nadie parece haber visto y que, sin embargo, toma proporciones de grandiosa humanidad en la imaginación de todos cuantos posean

sensibilidad».

Al concluir su lectura, Frank Wilkiston se rascó la cabeza, perplejo. No sabía qué pensar de aquel Selkin estafalario que había visto un par de veces en el Depósito, junto a Dora. ¿Es que, romántico hasta la medula, se había enamorado de aquel cadáver a quién la hermosura no había abandonado, a quién la cerúlea palidez de su semblante prestaba un cierto misterioso atractivo? O quizá... Una sospecha empezó a abrirse camino en su mente. En la vida de Dora Green había habido otro hombre. ¿Por qué no pensar que ese hombre fuera precisamente su panegirista? Desechó la idea, por absurda. Eso no sería posible, porque, de ser cierto, ¿qué motivo podía contener a Selkin para lanzar a todos los vientos de la rosa sus desoladas quejas, sus imprecaciones contra la vida y la suerte, que se habían llevado un capullo tan bello como aquél?

¡Tres estrellas en el firmamento literario!

N E V A D A
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
F. B. I.

IV

OTRA VEZ «LOS CINCO»



A caravana enfiló, bajo el río Hudson, el túnel Holland, fuertemente iluminado, reverberante, a aquellas horas de la madrugada. Estaba compuesto de dos automóviles y cuatro motocicletas, que daban escolta a un tercer coche, este blindado. El orden de marcha era el siguiente: un automóvil delante, otro detrás y el coche blindado en medio. Los motoristas iban a los costados, formando un cuadrado perfecto en torno al del blindaje.

Una vez transpuesto el túnel, cruzaron Jersey City en silencio, sin una sola estridencia, siguiendo después por la carretera de Filadelfia, en busca de Trento, bordeada aquí y allí por villas enverjadas y altos árboles, que la brisa primaveral mecía suavemente.

Enseguida cruzaban el Hackensack River, que desemboca en la bahía Newark, dejando a su izquierda el parque Lincoln. A continuación pasaban de largo por las inmediaciones del estadio Ruppert, y algo más tarde hacían lo propio con el aeropuerto Newark. Al llegar allí, los cuatro motoristas regresaron hacia Nueva York, cumpliendo órdenes.

A partir de entonces, los coches siguieron avanzando todavía más en silencio. Parecía una caravana fantasma. Los automóviles, tanto el blindado como los otros, eran últimos modelos y corrían velozmente sin el menor chirrido detonante. El

F. B. I.,

los ocupaba, bien pertrechado de armas. Uno de ellos era Ben Carson. Mientras sus compañeros dormitaban, él, a la pequeña luz interior, estudiaba atentamente los recortes de «The Notify» que Frank le había entregado por la tarde, e iba recomponiendo en su cabeza cada episodio.

Concluido su trabajo, sonrió satisfecho y encendió un cigarrillo con aire ausente. Era su gesto habitual cuando reflexionaba. Al consumir el cigarrillo creyó haberse explicado muchas cosas, y principalmente por qué mataron a Dora Green y por qué raptaron más tarde a Lynn Rutefor. Estos dos hechos, para él, junto con el misterioso personaje donador de los crisantemos, eran eslabones de una misma cadena. El tiempo diría si estaba equivocado o no. Por lo pronto, se prometió dirigir en cuanto pudiera sus indagaciones hacia ese punto.

El asunto se le presentaba fascinante. Ardía en deseos de llegar a Washington, dando por concluido este otro especial que llevaba entre manos, para pedir su permiso y dedicarse por entero a él. Porque en él existían materiales diversos que manejar, y un buen arquitecto podía sacar de ellos un magnífico partido. Allí no sólo operaba la fuerza bruta, sino la inteligencia, y lo que más le agradaba a Ben era tener por enemigos a hombres enérgicos e inteligentes, porque, de lo contrario, no valía la pena de medirse

con ellos. ¿Acaso no se había granjeado la fama de que gozaba a costa de algunos de estos talentos diabólicos, a los que, después de aventuras sin cuento, había vencido?

La caravana seguía mientras su marcha bajo las estrellas. A medida que iban avanzando, más y más se espaciaban los «chalets», más raros se hacían los poblados. De vez en cuando, un caserío rústico donde ladraba un perro; después, la soledad de nuevo, la monotonía del paisaje nocturno, que los faros de los coches iban descubriendo. Aquí, en una curva pronunciada, un profundo barranco; después, un bosquecillo. Y en torno, el silencio, aquel silencio truncado a duras penas por el suave ronroneo de los motores. Así dejaron el Estado de Nueva Jersey y transpusieron la línea divisoria del de Pensilvania.

La dotación de cada automóvil se componía de tres individuos de diversas graduaciones dentro del

F. B. I.,

menos el blindado, que solamente disponía de dos, ambos conductores. En el que Ben Carson viajaba, él era el jefe. Todos, incluso este último, dormitaban ahora. Sólo los conductores, agarrados a los volantes, velaban. La marcha de la caravana había aumentado desde que empezaran a dejar los núcleos urbanos más o menos habitados, hasta llegar a muy cerca de las ochenta millas en las rectas.

Por una de éstas avanzaban ahora. Súbitamente, un frenazo en seco del coche guía lanzó al blindado contra aquél, y al en que viajaba Ben Carson, contra éste. No tuvieron tiempo de preguntarse qué ocurriría. Cuando quisieron hacerlo, un tableteo de ametralladoras que el oído habituado de Ben catalogó enseguida como de una «Thompson», se dejaba oír, y sus balas iban a incrustarse sin previo aviso sobre los automóviles. A un lado y otro de la carretera, sombras humanas se movían. Alguien conminó a los ocupantes para que se apearan con las manos en alto.

—¡Todos a tierra, amigos! ¡Vamos! Aquí nos achicharrarán.

La voz de Ben Carson se impuso. Sus compañeros hicieron lo que se les ordenaba, disparando sin cesar sobre la orilla de la carretera hacia la que se dirigían. Cayó uno herido en una pierna, pero pudo arrastrarse con los demás hasta alcanzar la cuneta. En tan difícil posición, Ben dirigió su puntería hacia adelante. Un aullido y una

blasfemia le dieron a entender que había hecho blanco, aunque no en parte vital alguna, pues el herido se deslizó prestamente hasta ponerse a salvo detrás del corpulento tronco de uno de los árboles que bordeaban la carretera, desde donde siguió descargando sus armas. El de la pierna herida se la vendó cómo pudo y enseguida estuvo en disposición de ayudar a sus compañeros del

F. B. I.

La ametralladora del principio volvió a ladrar. Sus disparos, centrados y sostenidos sobre un punto especial, el coche guía, habían conseguido morder sin compasión en la carne de los agentes que componían su dotación. No habiendo puesto en práctica, como Ben Carson, la magnífica retirada a mejor puesto de defensa, les fue imposible librarse de aquellas ráfagas mortales. Retorcidos — montón informe de miembros destrozados—, quedaron en los más trágicas posturas. Uno de éstos, en la agonía, había intentado escapar de aquella ratonera infernal, sin conseguir otra cosa que quedar con medio cuerpo fuera de la ventanilla, colgado como un grotesco espantajo. Al ocurrir esto, un griterío de triunfo se levantó del lado derecho de la carretera, el contrario a dónde Ben Carson y los suyos se hallaban.

Sendas bombas de mano de cierta potencia vinieron a estallar casi simultáneamente sobre las ruedas del coche blindado. Su fortaleza no se conmovió. Mientras tanto, los dos conductores no cesaban de dirigir su puntería contra las sombras, tres al parecer, que se acurrucaban a las márgenes. Se oyó un grito de dolor y una orden tajante:

—Hay que acabar cuanto antes. A ver, una de gases asfixiantes.

Por lo visto, los atacantes disponían de un verdadero arsenal. Ametralladora, pistolas, bombas de mano, gases... Claro que el botín era digno de tal alarde y de tal matanza: el tesoro de aquel Gobierno exilado debía de ascender, según sus cálculos, a unos cuantos millones de dólares, y no era cosa de dejarlo escapar por disparo o muerto más o menos.

Ben Carson y sus dos compañeros, entretenidos en reducir a sus enemigos, apenas si habían parado mientes en el trágico fin de los agentes del primer coche ni en la explosión de las granadas dirigidas contra el blindado. La voz de Ben Carson ordenó en voz baja:

—Seguid disparando; tres minutos solamente. Si durante ese tiempo no habéis hecho blanco, y si lo habéis hecho, mejor, quedaos quietos. Voy a intentar acercarme a esos dos individuos dando un pequeño rodeo.

Con los codos hincados en la tierra, Ben se deslizó silenciosamente. El ruido de su cuerpo al arrastrarse era ahogado por el estrépito de la pelea y el sonido de las detonaciones. La granada de gases asfixiantes había estallado ya. El que la lanzó lo había hecho con tan buena puntería que consiguió encajarla por el hueco de la ventanilla. Uno de los conductores murió en el acto por la explosión; el otro intentó ganar la orilla de la carretera en que el grupo de Ben luchaba. Dejó el coche, pero no le dio tiempo a llegar. Dos individuos habían surgido de las sombras por el lado contrario y avanzaban hacia el coche que él acababa de abandonar. Le sorprendieron, y la ametralladora habló. Una palabra de muerte que fue a incrustarse en forma de balas en el corazón del desgraciado chófer.

En aquel momento, los compañeros de Ben Carson, pasados los tres minutos de plazo dados por éste para que dejaran de disparar, lo hicieron, pero sus pistolas empezaron a vomitar fuego sobre las sombras que acababan de asesinar al conductor del coche blindado, y que estaban forcejeando al lado, opuesto con las puertas de acero, sin lograr conmoverlas. La partida no estaba aún ganada, y el tiempo iba apremiando.

—Nos llevaremos el coche —dijo el de la ametralladora.

Sacó de una funda que pendía de su costado una máscara antigás y se la colocó; el otro hizo lo propio. Sólo así podrían entrar en el baquet, mientras los efectos del gas se disipaban; pero no lo consiguieron. Los dos agentes, en vista de que sus disparos, desde la posición en que se encontraban, eran nulos, se animaron a avanzar hacia el auto, en un gesto de admirable valor y desesperación. En el momento en que lo hacían oyeron un único disparo, seco y terrible ahora que las demás armas habían callado. Dieron por muerto a Ben Carson, porque —pensaron— de haber sido los otros los muertos, se hubieran tenido que oír dos tiros en lugar de uno.

Cambiaron, pues, de idea: decididos, guardándose poco del enemigo del costado, se volvieron nuevamente hacia los de la cuneta. De pronto, por el mismo sitio por dónde desapareció,

apareció nuevamente el joven agente especial. Medio arrastrándole, como un guiñapo, traía cogido por el cuello a uno de los asaltantes, un joven de apenas veinte años en cuyos ojos se reflejaba la desesperación. Sorprendió la maniobra de sus colegas y les preguntó qué intentaban hacer.

—Íbamos en tu busca; oímos un disparo, y supusimos que habías muerto.

—Disparé yo, y no hubo necesidad de insistir. Éste tuvo la buena ocurrencia de entregarse. ¡Demonios!

La exclamación de Ben Carson se debió a la maniobra que el coche blindado, manejado por los dos «gángsters», estaba iniciando para procurar salir del embotellamiento. Habían dado marcha atrás, haciendo retroceder al en que había viajado Ben Carson, y ahora, con sitio suficiente, procuraban dar la vuelta.

—¡Alto! —gritó Ban, y sus pistolas escupieron llamas.

—¡Alto! ¡Alto! —repitieron los otros dos agentes, disparando a su vez.

Los ocupantes del vehículo se asustaron. El silencio anterior lo hablan creído, equivocadamente, síntoma de que todos sus enemigos habían muerto, y al comprobar ahora su error, al ver que su posición no era ya tan excelente como la que habían mantenido durante la refriega, parapetados en la cuneta, ocultos por la oscuridad nocturna y con abundante material de guerra a su lado, sintieron que el pánico se apoderaba de ellos y les impelía a huir. El que llevaba la ametralladora fue el primero en saltar a la carretera, quitarse la careta antigás y ordenar la retirada.

Ben Carson no perdió un segundo. Echó a correr hacia el coche blindado, la mejor defensa contra las posibles balas enemigas, y se asomó con precaución, pensando que aún los otros podían hacerle frente; pero ya no vio a nadie: ambos «gángsters» habían desaparecido en la noche. Disparó, con ánimo de provocar la respuesta de los que huían y poderlos así localizar. Los bandidos no se molestaron en hacerlo. Su obsesión era llegar al coche que los esperaba entre un bosquecillo de abetos y poner tierra de por medio cuanto antes. Para esto, el de la ametralladora se había desembarazado de ella, tirándola en un surco.

El agente especial, aunque a ciegas, intentó perseguirlos. Se precipitó hacia los arbustos que bordeaban la negra y brillante cinta

de la carretera y salió a un descampado. Entonces descubrió, a unas cincuenta yardas, a los que le precedían corriendo. Apretó él a su vez el paso. Saltaba zanjas, espinos, zarzas, follaje. Parecía como si le hubieran nacido alas en los pies, como a Ícaro. En su mano derecha, el «Colt» de reglamento, ese arma terrible que, según los entendidos, es capaz de derribar a un hombre con el simple hecho del impacto, aunque la herida no sea mortal.

Oyó a su espalda, en la carretera, un disparo; delante, el zumbido de un motor que se pone en marcha. Aceleró su carrera y llegó al bosquecillo a tiempo de ver cómo un negro automóvil, de cuyo capot arrancaban reflejos las estrellas, maniobraba para salir a un camino vecinal que desembocaba en la carretera general. Ben Carson volvió a gritar que se detuvieran. Un disparo le respondió, contestado por él casi simultáneamente. Ben dio en el blanco; no así el otro, que se retorció sobre sí mismo antes de haber conseguido cerrar la portezuela del automóvil al que estaba subiendo, y cayó a tierra hecho un rebullo.

El agente especial, en un último esfuerzo, se colgó de la trasera del vehículo cuando éste ya tomaba el camino a toda marcha, y sin que el conductor, atento a la maniobra, se hubiera percatado de ello. Ben no perdió el tiempo: con una flexión admirable de sus músculos de acero saltó al techo del automóvil y se arrastró hasta cerca del parabrisas. Desde allí intentaría coger vivo al «gángster», que parecía el jefe. Por nada del mundo le hubiera gustado disparar sobre él.

El viento alborotaba los cabellos del agente y le azotaba el rostro como un látigo; el polvo le cegaba, y a veces temió ser arrancado de aquella lisa superficie y arrojado con violencia al camino. Procuraba adherirse como una lapa, bien aplastado contra la carrocería, para cortar el aire con más facilidad.

Estaban saliendo a la carretera, a unas cincuenta yardas detrás de los automóviles oficiales, y Ben Carson alcanzó a descubrir dos siluetas —una renqueando— que venían hacia ellos, disparando sobre el conductor, sin resultado. Temerosos de herir a su compañero, habían apuntado demasiado bajo. Cuando quisieron repetir los tiros ya las balas no alcanzaron el objetivo.

—Debí de seguir a Ben —dijo el que estaba ileso.

—Desde luego, pero ya no hay remedio.

—Demos la vuelta a uno de los coches; mejor dicho, al que funcione, y yo me pondré ahora en su seguimiento mientras tú tratas de ponerte al habla por radio con Washington y montas la guardia.

Los dos supervivientes volvieron a los coches. Mientras tanto, Ben Carson había logrado alcanzar la posición deseada, y asomándose a la ventanilla amenazaba a su enemigo:

—¡Alto, o disparo!

El conductor no se inmutó; su sangre fría había de admirar a Ben, que cabía medir en todo su alcance el valor individual, viniera de donde viniera.

—Se guardará muy bien de disparar. El hacerlo equivaldría a que ambos muriéramos, y no creo que quiera usted suicidarse.

—Contaré hasta tres; si para entonces no ha parado... Uno... dos...

El «gángster», en lugar de aflojar la marcha, la aceleró, alcanzando casi las cien millas; súbitamente frenó en seco, lo que hizo que Ben saliera despedido y que su revólver se le escapara de las manos. El golpe fue duro; se le veló el cerebro, como si fuera a desmayarse, pero el instinto de conservación le obligó a acumular energías, no para incorporarse, que para eso ya no había tiempo, sino para imprimir un movimiento de rotación a su cuerpo y evitar de ese modo ser atropellado.

Cuando Ben quiso reponerse del todo ya el vehículo desaparecía, tragado por la noche; sólo la luz piloto estuvo brillando durante un buen rato, como haciendo, guiños burlescos al joven. Desalentado, volvió el agente especial en dirección al trágico escenario, llena su retina de aquel mentón saliente, rasurado, incipiente aquel bigotito bien recortado que adornaba el rostro moreno, joven y agraciado del enemigo que acababa de escapársele como se escurre un pez en el agua. Su imagen había quedado grabada para siempre allí, como en una placa fotográfica. De ahora en adelante, el individuo aquel estaría, como vulgarmente se dice, «fichado», y decretada su sentencia.

Antes de llegar, uno de los coches vino a su encuentro. Su carrocería, pocas horas atrás reluciente y flamante, estaba ahora agujereada y salpicada de sangre; sus cristales, hechos añicos. Ben Carson subió a él y dieron marcha atrás, maniobrando para el

regreso. Cuando llegaron, Ben preguntó por el prisionero, a quién quería interrogar. No se le había pasado por alto que se las acababan de ver con la banda misma de «Los Cinco», y quería preguntar al prisionero cómo era que habiendo entre él y Frank inutilizado la tarde anterior a tres, habían vuelto a operar precisamente con cinco. También quería preguntarle quién era el jefe, si era aquel que había conseguido escapar o sí, por el contrario, una eminencia gris se movía detrás de todo aquello. Ésas eran las preguntas que Ben traía meditadas, pero se quedó desagradablemente sorprendido cuando los otros le dijeron que ya no podía hablar.

—Intentó huir, y nos vimos obligados a matarle.

Efectivamente, el joven asustadizo que Ben había aprisionado yacía allí, muerto, cara a las estrellas. El agente especial comprobó de una rápida ojeada que lo que le habían dicho era cierto. El individuo había sido muerto por la espalda, como sólo mueren los cobardes que huyen. No obstante, la decepción, la angustia, el dolor, la rabia, la impotencia, el asco, toda una gama de sentimientos a cuál más dispares pasaron en unos segundos por el alma de Ben.

—¿Por qué lo habéis hecho? —preguntó sin dureza, pero con reproche en la voz—. Pudisteis intentar detenerle vivo.

—Realmente, le estuvo bien empleado —contestó el herido—. No sé si decirte que aunque no hubiera intentado huir me hubiera sido difícil contenerme sin meterle un cargador en el cuerpo.

Y como para dar consistencia a estas palabras señaló los cadáveres de los conductores del coche blindado. Luego agarró por un brazo al agente especial y, siempre renqueando, le condujo hasta el vehículo guía, hasta aquellos despojos humanos yacentes en informe racimo sanguinolento: miembros, nervios, carne desgarrada.

—Centraron sobre ellos disparos como para matar a una manada de rinocerontes —comentó—. Lo dicho: me hubiera sido trabajoso dejar de vengar en él, tan tremenda carnicería...

A Ben, en su modo de sentir, siempre le había parecido mucho más hermoso el perdón que la venganza. La venganza es de espíritus débiles; el perdón, de espíritus fuertes y rectilíneos. No podía, sin embargo, ni era ocasión aquélla para ponerse a analizar

sobre estas cosas. Dijo simplemente:

—Has cerrado una boca que tal vez nos hubiera dado informes preciosos —se encogió de hombros—. ¿Qué le vamos a hacer? ¡Paciencia!

Mientras Ben Carson trataba inútilmente de poner en funcionamiento el motor del coche guía, sus dos compañeros intentaron retirar el obstáculo que les había obligado a detenerse. Se trataba de un grueso cable tendido a lo ancho de la carretera a la altura de una yarda, aproximadamente, sujeto cada uno de sus extremos al tronco de uno de los árboles que se mecían a ambos lados de la carretera, como una hilera de numerosos fantasmas.

—Al motor de este coche lo han dejado como un colador. Imposible ahora repararlo. Habrá que remolcarlo hasta donde sea.

—Ya he comunicado por radio con el Estado Mayor. Esperemos que lleguen refuerzos de un momento a otro.

—Lo menos en hora y media no podrán estar aquí, y nosotros necesitamos seguir nuestra marcha cuanto antes. Tú —se dirigía al herido— te quedarás de centinela en el coche averiado y velarás a los muertos.

—No es una agradable tarea que digamos, pero no podemos escoger lo que nos guste; el deber es el deber. Esperemos que alguien de los contornos se acerque y me preste ayuda y compañía. No puedo creer que no haya oído nadie el tiroteo.

El que así hablaba no se equivocó. No habían pasado cinco minutos, y empezaron a llegar al lugar del incidente algunos granjeros. Sabedores de lo ocurrido, se pusieron a disposición del F. B. I.,

que les facilitó armas. Ben Carson, antes de partir, había formado una estrafalaria cuadrilla, en la que entraban, junto al muchachito de dieciséis años, el hombre de cincuenta o el decrepito anciano. Eligió, además, a dos jóvenes fornidos y saludables para que les sirvieran a ellos de refuerzo en su viaje hacia la capital, lo que aceptaron de buen grado; les ilusionaba de modo extraordinario la idea de servir de ayuda al Federal Bureau of Investigation, de quien, como buenos ciudadanos de los Estados Unidos, sentíanse orgullosos.

Llevarían recorrida la mitad aproximadamente del trayecto que los separaba de Washington al ser detenida y asaltada la caravana

cuando se encontraron con los refuerzos que el

F. B. I.

enviaba desde su cuartel general: el Estado Mayor en pleno, con algunos peritos en balística y en huellas digitales, una brigadilla de agentes elegidos y John Edgard Hoover a la cabeza. Ben Carson frenó en seco, se acercó apresuradamente al coche insignia y dio la novedad de lo ocurrido al director, al que se vio palidecer intensamente y apretar los puños y las mandíbulas a medida que se iba enterando de los pormenores.

Al cabo de unos segundos de pausa, en que la angustia había atenazado aquellos corazones tan curtidos en todas estas lides, míster Hoover ordenó a Carson:

—Hágame un informe detallado del incidente. Ya sabe usted, un informe imparcial y completo. Al mismo tiempo redactará usted mismo, *arreglándolo a su modo*, la nota que daremos a las agencias de noticias. La Prensa no debe saber más que lo que nosotros creamos conveniente que se sepa. No hay que alarmar inútilmente a la opinión. ¿Entendido?

Ben Carson, por toda respuesta, saludó. Enseguida, Hoover prosiguió hacia el lugar del suceso, seguido de cerca por un par de sus mejores ambulancias, pertrechadas de los más modernos materiales. En cuanto a la escuadrilla de agentes, dio la vuelta para escoltar hasta Washington aquel tesoro que acababa de costar la vida a cinco agentes federales y a cuatro de sus atacantes, y que se había librado de caer en manos de estos últimos gracias a la pericia, al golpe de vista, al valor de Ben Carson y de sus tres subordinados. Claro que la hazaña no estaría completa en tanto que el jefe de la banda siguiera suelto, dispuesto a reclutar nuevos hombres con que completar los cuadros que el

F. B. I.,

le acababa de destrozar.

BEN ACLARA ALGUNAS COSAS



petición propia, Ben Carson fue encargado de la investigación encaminada a detener al principal promotor de aquella matanza infernal de la carretera de Washington. Al ser violado con este hecho el Estatuto federal de los Estados Unidos, el asunto que se había empezado a llamar de «Los Cinco» pasaba automáticamente a la jurisdicción del

F. B. I.,

y, por añadidura, lo que también era una desgracia para los malhechores encartados en aquellas fechorías, a las manos de uno de sus mejores, más inteligentes y valerosos agentes especiales.

Ben Carson estaba gozoso, con un gozo que empañaba un tanto el recuerdo de sus compañeros asesinados; pero gozo al fin. Ya no tendría que trabajar extraoficialmente para satisfacer a su amigo. Ahora, todo el aparato, la fuerza, el poder del

F. B. I.,

estaban detrás de él. «Los Cinco» habían dado un buen resbalón al atacar a este Cuerpo, y ese resbalón se había de encargar Ben Carson de que les fuera fatal.

Al día siguiente por la tarde, de regreso en Nueva York, lo primero que hizo Ben fue personarse en la pensión de Frank, a quién halló encerrado en su cuarto, paseándose como fiera enjaulada.

—Si tardas un poco más me hubiera vuelto loco —le espetó su amigo al verle aparecer—. Esta inacción me altera los nervios, me saca de quicio. ¡Hay que actuar cuanto antes! Lynn Rutefor ha desaparecido, y yo no puedo, ni debo, ni quiero abandonarla. ¡Cuántas veces he estado tentado de lanzarme a la calle, a dejarme ver por el hotel, por la puerta de su casa, por la de míster Adams, a ver si así caían sobre mí esos malvados, como ya lo han intentado una vez, y me llevaban con ella. Es horrible vivir con esta incertidumbre! ¿Qué le habrá pasado? ¿Vivirá? ¿Estará muerta? ¡Dios mío! ¿La volveré a ver? Es una chica tan inteligente, tan bondadosa, tan amable...

—Y ¿por qué no agregas... tan guapa? Creo que esa Lynn te está gustando más de la cuenta.

—Somos buenos amigos, nada más.

—La amistad —sentenció, sonriendo, Ben Carson— necesita más de ocho días para consolidarse. En cambio, en el amor existe el flechazo, no lo olvidés.

Frank Wilkiston se ruborizó como un niño al que cogen en una falta.

—Puede ser —admitió—; pero, sea lo que sea, hay que hacer algo. No resisto más. ¿Estudiaste aquellos recortes?

—Sí, y los encontré interesantísimos.

—¿Te has decidido, por fin, a intervenir?

—Decidido, tú sabes que ya lo estaba; pero da la casualidad que ahora hay otra cosa. Nada de «extraoficialmente», sino «oficialmente». Parece ser que «Los Cinco» han cometido un error.

Anoche, mejor dicho, esta madrugada, intentaron robar el oro de ese Gobierno exiliado que ya te dije íbamos a trasladar al National Bank. Fue una carnicería tremenda. Usaron contra nosotros gases, ametralladoras e incluso bombas de mano. No obstante su alarde de armamento, no consiguieron lo que se proponían. De los cinco, sólo uno, el jefe, lugarteniente o lo que sea, logró escapar. Cogí un prisionero, a quién pensaba interrogar; pero mientras perseguí al que huía... mis compañeros... bueno, le liquidaron. Tengo curiosidad por saber cómo funciona esa organización.

—Hay alguien que te lo puede decir: uno de mis dos atacantes de ayer, según los periódicos, no ha muerto, y está hospitalizado en la enfermería de la cárcel. Parece ser que tu sugerencia dio resultado. Aunque no han podido probarle nada en el asunto de las joyas de mister Levi, lo han encerrado preventivamente, en espera de que alguien se decida a identificarle.

—Le interrogaré, y de paso hablaré con el inspector Bryant.

—Ahí tengo ya mí «Jeep»; telefoneé a New Bloomfield, como te dije que haría, y esta mañana mismo ya lo tenía aquí; mi chófer me lo trajo, regresando allá por el tren. También he pedido una transferencia de dinero para hacer frente a cuántos gastos sean menester.

Ben se interesó entonces por la herida de su amigo, iba mucho mejor; su aspecto era excelente, tranquilizador.

—No te preocupes por mí —dijo Frank—, y manos a la obra.

Cinco minutos después, ambos jóvenes —el agente al volante, pues el otro seguía con el brazo en cabestrillo— marchaban hacia el centro de la ciudad y paraban ante el macizo edificio de piedra de la prisión, llamada «la tumba» por su aspecto sombrío. En la enfermería, en estado preagónico, se encontraba el herido. Ben Carson, tras presentar sus credenciales al director de la cárcel, se acercó al herido, seguido de cerca por Frank a quién había presentado como su ayudante. El «gángster» no estaba solo: estaba con él, esforzándose por arrancarle algunas palabras que el moribundo se negaba obstinadamente a pronunciar, el inspector Bryant, de la Brigada de Homicidios, precisamente a quién el agente del

F. B. I.,

quería ver. Tras las presentaciones de rigor, y luego de haberse

cerciorado todos de la inutilidad de sus esfuerzos para que el «gángster» hablara, Ben rogó al inspector que le dejara a solas con él; mejor dicho, a solas no, pues para lo que había ideado necesitaba el concurso de Frank. Aunque de mala gana, el policía accedió al ruego de Ben. Ciertamente, el agente especial tenía ya en aquel asunto tantas o más atribuciones que él mismo, y en modo alguno quería romper la armonía que debería reinar entre los dos Cuerpos si querían llegar a algo definitivo.

El moribundo, según el doctor, tenía los minutos contados, pero en los cálculos de Ben entraba el hacerle concebir esperanzas de que aún podía salvarse. Era joven, y la naturaleza fuerte de que parecía disponer vencería la crisis; se salvaría, e incluso podía quedar en libertad. No había en concreto nada contra él; es decir, no lo habría si era buen chico y cantaba. Por ejemplo, quién era el jefe de la banda, cómo se llamaba, dónde tenía su cuartel general, etc.

El herido apretó los labios. No estaba decidido a abrir la boca, a pronunciar la menor palabra. Sentíase débil, agotado, exhausto; su cerebro no funcionaba con la debida claridad, y presentía que, de hablar, tal vez podría escapársele algo que le comprometiera, si es que todavía no estaba lo suficientemente comprometido.

—No seas obcecado; canta de plano, y no te arrepentirás. A ti no te sucederá nada. Mira, tengo conmigo al único que te podría poner en un aprieto si se le ocurriera identificarte, pero no lo hará. Su silencio a cambio de tu información.

El herido abrió los ojos pesadamente. Al reconocer a Frank, en sus pupilas se reflejó el terror. Meditó unos segundos; al cabo, con un esfuerzo, intentó modular alguna sílaba; ningún sonido salió de sus labios.

—¡Me muero!... ¡Me muero!... —musitó.

Ben Carson comprobó con desesperación que el herido decía verdad. Los minutos de vida que había predicho el doctor estaban llegando a su fin. Llamó a éste y le rogó que le inyectara una ampolla de suero; el médico del establecimiento lo hizo así. Cuando hubo acabado y salió de nuevo, Ben instó al herido para que hablara, intentando calmar sus temores.

—No estás tan grave como crees; te repondrás, y aún podrás dar qué hacer al

F. B. I.,

y a la Policía, si es que no te decides a elegir otra forma de vida. Pero habla, dime quién es el jefe.

El moribundo movió los labios; un susurro tenue, ininteligible, llegó a oídos de Frank; pero Ben estaba inclinado ya sobre el «gángster» y recogía a duras penas estas palabras:

—No sé... quién es; nadie sabe quién es... Nosotros nos entendíamos con Porter... su lugarteniente... Él se encarga de reclutar a la gente...; ofrece... dinero, ganancias...

—¿Dónde vive?

—Nadie lo sabe... tampoco... excepto Porter... Porter, una vez que convence... a los que... quiere atraer... les hace subir en un coche... con las cortinillas caídas... Después nos vendan... los ojos; una larga carrera... y... el coche hace alto... Luego nos quitan la venda... y nos encontramos en una habitación... toda ella cubierta de... negras... cortinas. El jefe está allí... enmascarado, vestido también... de negro, sentado en un sillón... que parece un... trono... Nadie habla con él...; sólo se le escucha... Porter tiene atribuciones para... preguntar...; sólo él. Porter recibe órdenes, que... nos transmite... Cada uno de nosotros sólo ha entrado una vez en esa... habitación... negra...: el día que... prestamos juramento... de fidelidad al jefe...

Ben Carson tomaba notas precipitadamente.

—¿Quién es Porter? Descríbemele.

El herido respiraba con dificultad; la ampolla iba perdiendo efecto. Un prolongado estertor escapó de su garganta. Bajó aún más la voz. En un susurro tenue, levísimo, hilo que la muerte iba a romper enseguida, fue describiendo a Porter: «Joven, alto, elegante, fornido, moreno, pelo negro y ensortijado, ojos también negros, bigotito...; simpático, atrayente, con un don de gentes muy arraigado y gran facilidad de palabra...».

Ben tenía bastante. Había reconocido sin esfuerzo al mismo que se le escapó la madrugada anterior, cuando ya creía tenerlo cazado. Volvió a preguntar por el domicilio del lugarteniente; el herido no lo sabía, pues jamás se habían reunido con él en su casa. Los golpes se planeaban en casa de cualquiera de los otros.

—Tú no eres un delincuente habitual. ¿Cómo ingresaste en esto?

—Casi ninguno de nosotros... lo éramos. Mi historia es la historia... poco más o menos... de todos. Miseria, paro forzoso,

hambre... y un hombre... —Porter— que se presenta con tentadores... ofrecimientos.

—¿Por qué operabais siempre cinco?

El herido se encogió de hombros. No lo sabía; un capricho del jefe; tal vez superstición. Creía haber oído decir una vez que ese número le había traído siempre suerte. Pero aunque operaban cinco, la banda se componía de ocho, para disponer en todo momento de alguno de quién echar mano si por cualquier motivo uno de los elegidos enfermaba o moría a manos de la Policía. De los siete, sin contar Porter, que dirigía todos los atracos, tres se quedaban sin intervenir, aunque después entraban a la parte con los demás. Los turnos se hacían por riguroso orden.

El «gángster» se agotaba por momentos. Cuánto había dicho era interesante, pero no vital. Ahora ya sabía Ben algunas cosas curiosísimas acerca de la organización, más nada en relación con el jefe o su lugarteniente. A éste lo había identificado. ¿Cómo seguirle la pista, sin embargo? No había más que una solución: arrancar al herido, al menos, la dirección de uno de los miembros caídos de la banda, la suya propia si venía al caso, apostarse allí horas tras horas, vigilar las entradas y salidas de cada individuo hasta que Porter apareciera, si es que aparecía. Era la mayor posibilidad de dar con él.

Entonces habría sonado la hora no de cazarle a mansalva, sino de seguirle. El mismo indicaría el camino que llevaba hacia el principal eslabón de aquella cadena: el jefe fantasma, el ser misterioso, el enmascarado que daba órdenes desde un sillón con apariencia de trono. Claro que había otra solución para descubrir la identidad del jefe: detener a Porter en la primera ocasión y practicar en él los métodos más duros, aunque reprobables desde el punto de vista moral, para hacerle cantar. Ben Carson vacilaba.

No. Esto no era seguro. Por menos de nada, Porter era uno de esos individuos estoicos a quienes el dolor no amedrenta porque saben que la carne, al llegar cierto momento, se insensibiliza a los mayores tormentos. Era mejor volver al primer pensamiento. Nada de detenerle una vez hallado, sino seguirle, y tarde o temprano, con este procedimiento, se lograría arrestar al jefe, a quién había que hacer desaparecer antes que a nadie, porque mientras no desapareciera esa cabeza invisible, ese cerebro rector, la banda de

«Los Cinco» seguiría retoñando, por más hombres que la Policía hiciera desaparecer. Nuevos reclutamientos vendrían a tenerla siempre en pie de guerra: contra la sociedad.

Ahora mismo ya no existía, propiamente hablando, ninguno de sus miembros. ¿Quería esto decir, sin embargo, que, de proponérselo, no dispondría aquella misma noche el jefe fantasma de otro nuevo grupo dispuesto a actuar? Había que herir al tronco para acabar con las ramas.

Con ánimo de poner en práctica su plan lo antes posible, dirigió una vez más la palabra al moribundo; pero ya no halló respuesta. Aquellas facciones se iban desencajando; sus pupilas se le desorbitaban, su respiración se había vuelto más dificultosa. Gotas de sudor perlaban su frente. Frank sintió algo en su interior, un grito de la conciencia que le acusaba; pero lo acalló enseguida, diciéndose que la guerra es la guerra y que Dios no tiene en cuenta al soldado la muerte de un enemigo, si esta muerte ha sido efectuada sin odio contra él. Los responsables ante el Omnipotente son aquellos que las desencadenan.

Ben Carson se impacientó; aquel hombre iba a frustrar sus esperanzas por sólo unos segundos de vida, y esto no podía ser. Volvió a llamar al doctor para que le repitiera la dosis de suero, pero ya todo era inútil. Antes de que le hubieran pinchado, el «gángster» moría.

Ben, Frank y el inspector Bryant salieron juntos de la prisión, subiendo al automóvil de Frank. Puesto que llevaban el mismo camino, el inspector aceptó la invitación del agente especial para que les hiciera compañía. En la Prefectura de Policía dejaron a Bryant, no sin que antes éste hubiera respondido de buen talante a algunas preguntas que Ben le había hecho sobre el asunto de las joyas del judío Levi y del asesinato de Dora Green.

—No hemos adelantado gran cosa, desde luego —afirmó el inspector—. Las joyas no aparecen por parte alguna; la casa aseguradora ha pagado ya a Levi el seguro; éste se ha quedado tan satisfecho y nosotros nos hemos vuelto micos para nada. ¿Ha conseguido usted algo del herido?

—Nada, en definitiva. Me ha contado una historia extraña en que se barajan habitaciones cubiertas de negros cortinajes, un sitial a modo de trono, en que se sienta, enmascarado y vestido también

de negro, un jefe a quién nadie conoce, y, por último, esto ya más posible, un lugarteniente que se llama Porter.

Cuando los dos amigos hubieron quedado solos. Frank preguntó hacia dónde iban ahora.

—Vamos al cementerio en que estuvo el cadáver de Dora Green. Tengo que hacer una investigación en torno a la florista que le llevó los crisantemos.

La florista, una joven como de veinte años, guapa e impresionable, empezó repitiendo a Ben las mismas ambigüedades que había dicho a la Policía. Se trataba de un hombre corriente, no se fijó bien; tenía el ala del sombrero caída. Sólo sabía decir que parecía joven. Pero Ben no era hombre que se conformara con tan poco. Agarró a la florista por la muñeca y la obligó a entrar en aquella especie de vitrina de cristales que era el tenderete, mientras Frank se quedaba a la puerta, mirando hacia el edificio fúnebre en que había estado expuesto hacía poco más de una semana el cadáver de su prometida.

No trates de equivocarme, monada —decía a la asustada joven el agente del

F. B. I.

—. Tú eres una chica inteligente, y por fuerza te tienen que gustar los hombres inteligentes. El que te encargó los crisantemos lo parecía, ¿verdad? Escucha. ¿Qué te parecería un joven moreno, cabello ensortijado, ojos muy negros y, por añadidura, un bigotito así, recortado y tal?, y ¿qué te parece si agregáramos a esta descripción unos aires pausados, mucha labia, elegancia, buenos modales, gran distinción; en fin, el retrato de un perfecto caballero? ¿Tendríamos entonces al hombre de los crisantemos, preciosa?

La florista no supo resistir al influjo que la pujante personalidad de Ben desplegaba sobre ella.

—Sí, puede que sí; creo que era como usted lo está pintando.

—Seguro; yo tengo un pajarito que me lo cuenta todo. Me ha hablado incluso de unos requiebros que te hizo y de algo más: unos pellizquitos como éstos en la barbilla.

La jovencita se ruborizó. El conocimiento humano que Ben tenía le había llevado a conclusiones que eran casi exactas en un todo.

—Me dio un billete grande y me rogó que no dijera nada. Según él, se trataba de un amor romántico, y yo, como soy algo

romántica... Me dijo que estaba casado y que, como yo comprendería, no quería que se supiera nada de nada. Se lo prometí, y he cumplido mi palabra... hasta este momento.

—Me gustan las chicas de palabra. ¡Gracias, nena! Yo estoy casado también —bromeó el agente especial—, y me gustaría que en iguales circunstancias cayera en manos de una mujer como tú. ¡Adiós!

Le rozó la mejilla al pasar, y la chica se quedó mirándole con unos ojos que decían bien a las claras de qué modo le había impresionado. Con un suspiro grande y profundo como el de un fuelle, la jovencita exclamó:

—Está visto: todos los hombres interesantes están ya casados.

El pequeño «jeep» arrancó de nuevo. Frank miró a Ben anhelante. «¿Qué?...», preguntó, más con los ojos que con la voz. El agente del

F. B. I. tuvo piedad de él, pero como no podía en modo alguno darle falsas esperanzas, se limitó a decirle con franqueza:

—Esto marcha, Frank. Acabo de dar un gran paso, pero nos queda por hacer lo más difícil: localizar a Porter. Me encuentro sin saber hacia dónde dirigirme, qué hacer. ¡Si aquel individuo hubiera vivido un poco más...!

—¿Qué gran paso es el que acabas de dar?

—He comprobado una hipótesis que me hice en cuanto leí los recortes de periódico que tú me diste. Esa florista me acaba de ayudar a identificar... bueno, a tu rival, y a explicarme muchas cosas. Por ejemplo, a mí me llamó mucho la atención el modo como Dora Green había sido asesinada. Fíjate que se dijo que tanto ella como Lynn Rutefor se mostraron en todo momento tranquilas, a la altura de las circunstancias, llenas de sangre fría y desprecio... Siendo esto así, ¿cómo se explica aquel ataque de histerismo que acometió de pronto a Dora Green? En el periódico, al reseñar el incidente, se hace hincapié en este detalle: «Dora Green» —se lee textualmente—, cuando nadie se lo esperaba, ahogó un grito. Pálida, fuera de sí, echó a correr en dirección a la puerta. ¿Qué había ocurrido?

Ben hizo una breve pausa, como para medir el efecto que estas palabras causaban a su amigo. Éste, lleno de curiosidad, dijo:

—Sí, Ben, yo también pregunto: ¿qué ocurrió?

—Muy sencillo. Dora Green perdió la cabeza precisamente cuando el jefe de los atacantes se acercó a recoger de manos de ella cierta joya. Y ahora viene la explicación. A Dora Green la mataron *porque reconoció al jefe*. Y ¿sabes por qué lo reconoció? Porque aquél era nada menos que el hombre por quien ella te había abandonado. En una palabra: Porter. Y Porter, su asesino, fue el que estuvo mandándole crisantemos por mediación de esa florista durante todo el tiempo que el cadáver de Dora Green estuvo en el Depósito.

—¡Canalla! Ahora me explico por qué ha secuestrado a Lynn, por qué quizá la haya suprimido: tuvo miedo de que ella, como Dora, le hubiera reconocido. ¡Miserable! Como le llegué a echar la vista encima, juro que lo trituraré con mis propias manos.

—Eso es lo difícil, Frank; echarle la vista encima. ¿Cómo encontrarle? Ya te he dicho que había adelantado un gran paso, pero que me acababa de paralizar. No sé, no tengo la menor pista, la menor idea de hacia dónde dirigir ahora mis investigaciones.

Se hizo un silencio. El cochecillo avanzaba ahora a buena marcha por el centro de la ciudad, Sexta Avenida arriba, en dirección a Broadway. Una vez aquí, siguió hacia Times Square, donde hicieron alto ante un bar. Ben había propuesto tomarse unas cañas de cerveza y un bocadillo. A Frank, siempre tan resolute y animado, se le notaba en aquel momento bastante irresoluto y desanimado.

—No tengo gana de abrir la boca, pero tomaré un poco de cerveza por no hacerte ese feo.

—No. Por mí no te violentes. Ya sabes que entre nosotros no caben cumplimientos, como cuando estábamos en la Universidad. Me tomo yo la tuya y la mía, y en paz.

Frank Wilkiston sonrió sin ganas. Volvió a hacerse un silencio. De pronto, mientras tomaban asiento en las altas banquetas del mostrador, Frank dijo:

—Estoy pensando...

El otro, con cara de circunstancias, animó:

—Veamos lo que piensas.

—Estaba pensando si no adelantaríamos algo dejándome yo ver por los lugares que de frecuentado anteriormente, y donde estos

bandidos pueden andarme buscando... A lo mejor ellos intentan de nuevo secuestrarme, y entonces yo no opondré resistencia. Tú estarás vigilándome, nos seguirás y descubrirás su guarida.

—¿Quieres decir que servirías de cebo? No está mal pensado, pero hay un inconveniente. Con toda probabilidad, nadie intentaría ya raptarte. En lo que a los «gángsters» se refiere, se han cambiado las tornas, y Porter es lo suficientemente listo para comprenderlo así. Ahora no son ellos los perseguidores, sino los perseguidos. Aparte de esto, de los cinco que te conocían sólo queda ya Porter. Y Porter sabe que yo le busco... Hoy por hoy, debe de estar demasiado ocupado en evitar que le encuentre para pensar en ti. ¿Comprendes por qué tu idea no es factible?

Frank quedó anonadado. Pensaba en Lynn, en cuanto pudiera haberla ocurrido en aquellas treinta y tantas horas de angustia. Ben, mientras tanto, miraba como distraído, reflejadas en el enorme espejo, las luces de la calle, que empezaban a encenderse. Estaba pensando si hacer una visita a la casa de seguros que había indemnizado las joyas de Levi o a este mismo primero. Tal vez en uno de esos dos sitios pudiera encontrar algo de qué servirse. Bebida la cerveza y abonada su consumición, salieron. Una vez más, el silencio pesaba sobre los dos amigos. Cada cual iba sumido en sus propias reflexiones.

La noche había cerrado y los anuncios luminosos irisaban toda la calle, tiñendo de fantásticos colores los rostros de los transeúntes. A menos de doscientas yardas guiñaba el letrero de «The Notify», como una riada roja y amarilla. Un vendedor de periódicos pasó voceando este diario. Por curiosidad que tendía a hacerse costumbre, Frank compró un ejemplar y se lo entregó a Ben para que lo hojeara.

—Busca a ver si viene alguna referencia a lo de anoche en la carretera de Filadelfia. No sé por qué, espero que Garry Selkin escriba algo sobre el particular.

Frank no se había engañado. Allí venía, con pluma suelta y dinámica, un magnífico e inspirado artículo-reportaje, verdadera diatriba contra los enemigos de la sociedad, «esa plaga que todos los buenos ciudadanos estamos en el deber de ayudar a extirpar, Garry Selkin agarraba la ocasión por los pelos para dedicar un recuerdo —¡cómo no!— al asunto de las joyas y a la muerte de Dora

Green, la bella modelo, delicada flor, cuyo tallo cercenó el vendaval».

Frank era quien leía para sí, pues el otro le había devuelto el periódico y agarrado el volante, conduciendo el automóvil hacia la Quinta Avenida. De nuevo le asaltó la idea de que Garry Selkin se había enamorado del cadáver de Dora Green. La otra hipótesis (la de que fuera él el gran amor de Dora a que había hecho referencia Lynn cuando le confesó la verdad de aquella incalificable traición) no tenía cabida ya en su cabeza, puesto que, según Ben, por el que Dora le había traicionado era por aquel asesino de Porter, aquel criminal de Porter al que él había jurado triturar con sus propias manos.

Siguió leyendo. En un cruce, el disco rojo de la circulación los había detenido. Un párrafo, otro. De súbito, algo le llamó la atención por la fuerza de evocación que tenía. Era una pintura trágicamente maravillosa, una descripción de gran belleza realista impregnada de todo el hechizo angustioso que el cuadro que trataba de pintar debió de tener. El héroe de este cuadro era Ben Carson, aunque el «gángster» se le trataba también con cierta incontenible admiración y simpatía, con inexplicables miramientos. Aquí, el artículo había dejado de ser diatriba para tornarse en panegírico de los dos contendientes.

—Lee esto, Ben; creo que te gustará.

Ben Carson pasó los ojos distraídamente por el texto que Frank le señalaba; pero a medida que avanzaba en la lectura se le notaba interesado, absorbido por ella.

—Amigo mío —dijo Ben cuando hubo acabado—, acabo de encontrar lo que buscaba: una pista por dónde poder seguir. Este Garry Selkin sabe demasiadas cosas. Por fuerza tiene que haber hablado con Porter, ya que lo que Garry describe *sólo Porter y yo lo sabíamos*, porque yo lo suprimí de propio intento —no quería que me llamaran vanidoso— cuando redacté la nota para la Prensa. De esto parece desprenderse que le ha hecho una interviú, y si ha sido así tendrá que decirnos dónde y cómo. Claro que existe la posibilidad de que Porter, vanidoso y fatuo como debe de ser, le haya enviado por propia iniciativa esos detalles en una carta...

—Y ¿en ese caso...?

—Estaremos en las mismas. Vamos a salir de dudas, Frank; nos

acercaremos a la Redacción de «The Notify».

El pequeño «jeep» dio la vuelta y se fue abriendo paso trabajosamente por entre la masa de vehículos que a aquella hora subían y bajaban por la gran avenida. Desembocaban ya en Times Square. Allí seguía guiñando el anuncio luminoso del «The Notify». Ben condujo hacia la entrada, un gran portalón magnífico de arquitectura y vistosidad, y frenó ante ella. Distraídamente, mientras saltaba del vehículo sin abrir la portezuela, el joven agente del

F. B. I.,

posó sus ojos en algunos transeúntes que deambulaban por la acera. Luego, al dirigirse a la puerta, hizo lo propio con quienes salían por ella. Frank había quedado un poco rezagado, demorándose en salir del «jeep» a causa de su brazo en cabestrillo. Y de pronto Ben sintió que la sangre se le congelaba. Allí, a menos de dos yardas, un rostro moreno, de recortado bigotito y mentón rasurado, que salía sonriente de «The Notify», se veló de súbito, intentando pasar inadvertido. Era, ni más ni menos, el rostro de Porter, el lugarteniente de «Los Cinco».

Se dirigió primero a un lujoso automóvil que había estacionado allí junto; pero al comprobar que Ben giraba sobre sus pasos y se dirigía hacia él cambió de idea y cruzó la calle a grandes trancos. Probablemente, había pensado que así era mucho más fácil despistar al agente del

F. B. I.

Frank, que no había recibido ni una simple advertencia, pues realmente no había habido tiempo para ella, quedóse boquiabierto, indeciso entre sí seguir o no seguir a Ben, cuya actitud le había extrañado. Por fin optó por esto último. Uno tras otro, Porter, Ben y Frank pasaron a la otra acera de la calle y cruzaron ante el hotel Altor, enfilando Broadway arriba.

En el cruce de esta avenida con la calle Cincuenta, Porter, que había procurado mantener entre él y su seguidor la distancia inicial, se dirigió decidido hacia la entrada del Metro; pero cambió de idea y echó a correr hacia la Eighth Avenue, donde, aumentada la distancia y al parecer despistado Ben, Porter se coló en el andén de otro subterráneo atestado de público.

Pero, contra los cálculos de Porter, Ben seguía sobre sus pasos

con la tenacidad de un perro perdiguero, y a éste, con la misma tenacidad, Frank, que no entendía nada de nada. Ben, al llegar abajo y contemplar la afluencia de público, se desencantó. Estaba a punto de confesarse vencido cuando en uno de los extremos divisó a Porter, todo nervioso y acongojado por la tardanza del tren, que lo ponía en manos del agente especial. Éste, decidido a todo, fue acortando distancias. Su mano derecha, hundida en el bolsillo, apretaba una mortífera «Browning» que había cambiado por el «Colt» de reglamento al tomar cartas en aquel asunto.

Ya no pensaba en la solución de seguirle simplemente para descubrir su madriguera o la madriguera del jefe. Todo eso era en aquel momento inútil, por la sencilla razón de que el «gángster» le había descubierto y el juego del gato y el ratón se prolongaría indefinidamente si él no tomaba la iniciativa. Y la iniciativa acababa de tomarla: prender a Porter como fuera.

Éste, que había visto surgir de nuevo a su espalda al agente especial, se le vio palidecer, vacilar por una breve fracción de segundo. Pero, enseguida, saltó a la vía y empezó a correr por el túnel, en el preciso momento en que el tren entraba en la estación por el extremo opuesto. Ben corrió asimismo, y desde el borde del andén disparó sobre Porter, más su dificultosa posición le impidió hacer blanco.

El griterío que se armó fue mayúsculo. Los comentarios crecían por doquier, como una enorme batahola. En aquel momento, Frank se reunió con su amigo. Ben estaba ordenando al conductor que no prosiguiera. Se acercó al jefe de estación y Ben enseñó su chapa de agente especial del Federal Bureau Investigation. El ferroviario se puso a su disposición y entonces Ben le rogó que llamara a la estación de Forty Second, hacia la que Porter huía.

—A ver si lo pueden detener, pero que se anden con cuidado; es un criminal peligroso. Tú, Frank, avisa a la oficina del F. B. I.

¡Que manden refuerzos a esa estación y a las siguientes, por si acaso! Porter se ha metido esta vez en una buena ratonera. Voy tras él.

Dicho esto, Ben Carson saltó a los rieles y empezó a caminar por la penumbra del ferrocarril. Creyó ver una sombra lo suficientemente cercana como para intentar hacer blanco, y su

«Luger» ladró. Porter repelló la agresión, disparando a su vez. Un fragor tétrico dejóse oír en el túnel. Las balas chocaban contra las paredes con un siseo mortal. Porter se había resguardado en uno de los refugios, y desde allí hacía frente a Ben en inmejorables condiciones. Ben, por su parte, se vio precisado a parapetarse también.

Un duelo terrible se entabló entre los dos enemigos. ¡El

F. B. I.,

y los bajos fondos se enfrentaban, una vez más, encarnados ahora por Ben y Porter! El primero luchaba denodadamente, pero con sangre fría y serenidad. La sangre fría y serenidad que le prestaba el saberse respaldado por la Justicia y en la seguridad de que si perdía la vida sería en cumplimiento de un deber por el que se había juramentado. El otro, por el contrario, luchaba alterado, nervioso, con la alteración y nerviosismo propio de quién se ve amenazado de muerte al margen de la ley, sabiéndose maldecido y acorralado por una sociedad de la que había renegado. ¡Iba a recibir su merecido y no tenía derecho a demandar compasión!

VI

EL RESCATE DE LYNN



AS detonaciones de los dos enemigos retumbaban en el silencio del túnel, multiplicadas por los ecos. Ben Carson había intentado convencer a Porter para que se entregara, pero éste había expuesto su propósito de morir matando; morir, ésta era la triste verdad, como había vivido.

—Morirás, desde luego, porque tu huida es imposible. Estás cercado y todo lo más que puedes hacer es prolongar tu resistencia unos minutos más. Al fin y al cabo, sabes que tendrás que rendirte.

—Resistiré hasta el fin. Cuando sólo me quede una bala, entonces podrás venir a detenerme; pero no hallarás más que mi cadáver.

Ben había querido insistir en lo de que se entregara; realmente, muerto le serviría Porter de bien poco para lo que deseaba saber: quién era el jefe, el cabecilla, el principal promotor y responsable de todos aquellos crímenes. Porque, al parecer, Porter había sido simplemente el instrumento, el ejecutor de unos planes concebidos por otro, y a ese otro, sin olvidar, por otra parte, a éste, era a quién había que destruir, porque mientras no se le destruyera, todo lo demás resultaría secundario, no conduciría a nada definitivo.

Había querido insistir, pero Porter se lo había impedido. No quería escuchar nada. La tregua acordada tácitamente por ambos para no disparar se había roto por iniciativa del «gángster». Sus pistolas habían vuelto a escupir, y Ben se vio precisado a contestarle. Se oyó ahora un breve grito, una imprecación, y, de pronto, nada. El silencio se había hecho de nuevo en la penumbra del subterráneo.

Ben llamó a Porter, sin obtener respuesta. Temiendo una añagaza, el agente especial comenzó a avanzar con precaución, deslizándose, pegado a la pared y haciendo alto de trecho en trecho en los refugios que iba hallando a su paso. Nada, siempre nada. Sólo allá, a su espalda, el ahogado murmullo de la gente del andén, que seguían comentando el incidente y, delante, hacia la otra estación, unas siluetas que avanzaban ya a su encuentro. ¿Serían agentes del F. B. I.,

o simplemente policías metropolitanos llamados en su ayuda por los empleados del ferrocarril?

—¡Porter! —llamó Ben—. ¿Estás herido?

Nadie respondió. Ni una palabra, ni una señal de vida. ¿Le habría alcanzado de muerte algún disparo? ¿Se habría él suicidado como había dado a entender no hacía mucho? Estaba Ben llegando al refugio del «gángster» y aumentó sus precauciones; pero nada, puesto que allí no había nadie. Encendió una pequeña linterna que siempre llevaba consigo a prevención, y enfocó su luz hacia todos lados. Lo dicho. ¡Nada por ninguna parte! ¡Porter se había volatilizado, se había desvanecido en el aire, a juzgar por las trazas!

Pero no, esto era imposible. La explicación era sencilla y a Ben

se la ofreció enseguida un reguero de sangre que pudo descubrir allí mismo. Siguiendo su rastro, fue a parar a un lugar en que las vías se mantenían en el aire sobre su basamento de madera. Debajo, un rumor de agua corriente y fétida. Ben se inclinó y enfocó la linterna. Nuevas gotas de sangre le dijeron que por allí escapaba su enemigo. Iba a dejarse caer en aquella especie de galería, cuando llegó junto a él Frank.

—¿Qué pasa? —quiso saber—. ¿Dónde está Porter?

—Huye por esta alcantarilla, herido; creo que le alcanzaremos.

La alcantarilla de desagüe era amplia, toda ella revestida de ladrillos y cemento, y un estrecho andén a cada lado que facilitaba su marcha. De trecho en trecho, una bombillita ahuyentaba apenas las sombras reinantes, y algunas ratas se escurrían por entre las piernas de los dos amigos. Frank, cuando esto ocurría, hacía un gesto de repugnancia.

—¡Malditos bichejos! —comentó una vez.

Todavía, de cuando en cuando, la linterna del agente especial iluminaba el cada vez más espaciado rastro de sangre del que les precedía.

—Parece que ha conseguido cortar la hemorragia. Dios quiera que lo cojamos con vida. De lo contrario, nos será poco menos que imposible hallar rastro de Lynn Rutefor y encontrar a ese maldito jefe fantasma.

Encorvados a causa de su alta estatura, Frank y Ben avanzaban casi corriendo. En un recodo de la galería alcanzaron a descubrir a Porter. Caminaba con bastante presteza, pero su brazo derecho colgaba inerte a lo largo del costado. En el izquierdo llevaba ahora su pistola.

Frank le dio el alto. Porter, sin apenas volverse, disparó. Su nerviosismo, en aumento cada segundo que pasaba y el que los otros se pagaran contra la pared, le impidió alcanzar el objetivo.

—¡Vamos! ¡Adelante! —animó Ben.

Éste avanzaba decidido, sin el menor titubeo. Tenía conciencia del peligro, y por eso se mostraba serio, concentrado; pero sabía marchar hacia él con la misma despreocupación como si tal peligro no existiera, como si fuera un mito con que asustar a timoratos.

Alcanzado el recodo desde donde Porter había disparado, una exclamación de decepción asomó a los labios de Frank. La galería se

bifurcaba allí y en ninguno de los dos ramales se veía la menor sombra del criminal.

—¡Todavía va a conseguir burlarnos! —comentó Frank, con los labios apretados.

—No le será fácil.

Detenidamente, Ben estuvo observando el pavimento. Buscaba el rastro de sangre que de trecho en trecho había venido siguiendo. Al no hallarlo, avanzó unas yardas, con el mismo resultado. Entonces se volvió y tomó el otro ramal, por dónde ya andaba husmeando su amigo; entre los dos consiguieron hallar lo que buscaban, pero ya para entonces habían perdido unos minutos preciosos. Porter les había vuelto a sacar considerable ventaja.

Frank y Ben emprendieron de nuevo la carrera. En un recodo, a unas cien yardas, descubrieron otra vez a Porter. Pero ahora, encaramado en una escalerilla de hierro que daba acceso a la superficie. Impotentes para impedirlo, le vieron desaparecer por ella. Llegados a su pie, el agente del

F. B. I.,

y su acompañante miraron hacia arriba, alcanzando a ver un resquicio de luz que se filtraba por la trampilla cuando ya era cerrada.

—¡Vamos! ¡Se nos va a escapar!

Con ligereza de simio, Ben Carson subió por aquella alta escalerilla que ascendía por una especie de tubo de poco más de una yarda, de diámetro. Tras él, algo más lentamente a causa de su brazo herido, Frank Wilkiston, animándole para que siguiera sin esperarle.

—No pierdas tiempo, Ben. ¡Adelante!

La trampilla se abrió en el centro de una calle, que en principio, Ben no reconoció. Por ninguna parte se veían rastros del fugitivo. Ben Carson comprobó entonces que se encontraba en la calle Cuarenta Oeste, y se acordó que a la vuelta de la esquina había una parada de «taxis». Se puso en el lugar del huido y pensó que lo que primero hubiera él hecho al salir del subterráneo hubiera sido correr hacia allí para tornar un coche con que huir más deprisa. Así, en su calidad de seguidor de Porter, no le quedaba otra cosa que hacer que comprobar sus deducciones lo antes posible, por si resultaban ciertas.

En menos de dos segundos, Ben torcía por la esquina en cuestión, respirando anhelosamente. Tras el tiempo pasado bajo tierra en aquel ambiente enrarecido y plagado de miasmas, resultaba delicioso aspirar este aire que, aunque impregnado de olor a bencina, a llantas de goma recalentada y a carbón en combustión, se le antojaba al joven agente especial el más oxigenado del mundo.

En la parada de «taxis», ese movimiento característico de ellos cuando tratan de avanzar un puesto en la formación (el puesto que uno recién ido deja vacante), hizo que Carson echara un rápido vistazo en torno y alcanzara a descubrir al que acababa de salir de estampida conduciendo en su interior a Porter. El agente no perdió un segundo; saltó al primero que halló a mano y ordenó al conductor que siguiera a su colega.

—Veinticinco dólares de propina si conseguimos darle alcance —prometió.

Arrancaba ya, cuando Frank Wilkiston daba la vuelta a la esquina a todo correr y se dirigía hacia el aparcamiento, gritando a su amigo que esperara. Pero éste ya no podía oírle, calle Treinta y Nueve abajo volaba más que corría en persecución de Porter. El chófer parecía decidido a ganarse los veinticinco dólares.

Frank se descorazonó y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener una dura imprecación que asomó a sus labios. Estaba rabioso consigo mismo, con su brazo en cabestrillo que le restaba parte de su elasticidad, de su ligereza, de su fuerza. Estaba visto que no sería él quien echara mano a Porter para tritularlo como se había prometido. No obstante estos pensamientos pesimistas, comprendió que no tenía derecho a dejarse ganar por ellos. Había que hacer lo imposible por ganar aquella ventaja inicial que los otros dos coches le sacaban, saltando él, a su vez, a un tercero.

Lo hizo y ordenó al taxista lo de ritual, que siguiera a los otros. El chófer no se conmovió, al parecer. Sin apresurarse, con sin igual cachaza, desembragó y puso el coche en marcha a una velocidad desesperante, sobre todo para el impaciente joven.

—¿No puede ir más deprisa? —preguntó Frank, enfadado.

—Sí que puedo; pero recuerde la fábula de la liebre y la tortuga. La tortuga llegó primero.

Hasta los oídos de Frank había saltado desde el «baquet» la voz característica del que masticaba chicle, y estuvo a punto de dejar

escapar una exclamación de asombro. Por el espejo retransmisor acababa de reconocer al taxista: era el mismo de quién se sirviera la víspera.

—Oiga, ayer me vino usted de perilla; haga hoy lo propio y no se arrepentirá.

—¡Vaya! ¿De modo que ya me ha reconocido? ¿Qué tal va ese brazo, amigo? ¿Nada grave? ¡Me alegro...! Temí que fuera de consideración... Tengo que hacerle un reproche, señor. Ayer me desilusionó usted. Yo creí que me había metido en una de esas aventuras de novela, y, de pronto, ¡puaf!, me deja usted abandonado en medio del arroyo. No se lo perdonaré nunca, señor... Bueno, nunca, a no ser que hoy sea distinto.

Frank Wilkiston había intentado hablar varias veces, pero el taxista no se lo había permitido con su verborrea inacabable. Y, a todo esto, el coche seguía a su marcha normal, y los otros desaparecían a la derecha, por la avenida Dyer. El «taxi» que llevaba a Frank torció por la misma avenida, sólo que a la izquierda. Cuando Frank quiso reprender al conductor, éste, que al fin parecía decidido a meter el pie en el acelerador, no le permitió abrir la boca, preguntándole ahora de dónde había salido con aquel aspecto. Frank, fuera de sí, respondió de mal talante que del infierno, y el otro, sin perder su ecuanimidad, replicó que, a juzgar por las trazas, debía ser cierto.

—De no ser usted, no le hubiera admitido en mi coche.

—Conque no, ¿eh? Entonces, ¿de dónde cree que salían los otros? Y, sin embargo, sus colegas les han admitido. Y si sus colegas lo han hecho, ¿por qué no me iba a admitir usted a mí... aunque no hubiera sido yo?

—Porque yo tengo un estómago más delicado. Me gusta elegir mis clientes y que no sean los clientes quienes me elijan a mí. Pero, volviendo a lo de antes, aún no me ha dicho cómo va su brazo.

—Ni usted me ha dicho qué es lo que se propone. ¿Por qué no ha seguido a aquellos coches? ¿No ha oído que era eso lo que yo quería? ¿Es usted tan bruto que no ha comprendido lo que quiero decirle?

—Sólo por eso debería arrojarle de mi coche, señor. Sus palabras me ofenden; pero no lo haré... Me ha sido usted simpático y estoy dispuesto a ayudarle.

—¿Alejándose de los coches a los que yo quería alcanzar?

—Soy listo, señor —dijo el otro con bien poca modestia.

Frank se desesperaba. En modo alguno se le había ocurrido pensar que aquel chófer de redonda cara, de cejas hirsutas, eterno masticador de chicle, fuera otra cosa de lo que aparentaba; un hombre simplón, absurdo, medio idiota. Pero enseguida había de rectificar este juicio.

—Anda, sé buen chico —le tuteó de pronto, resignado ya a su suerte— y haz lo que te pido.

—Nada de eso, señor. ¿Sabe usted para qué han torcido los otros vehículos por la avenida Dyer? ¿No? Yo sé lo diré. Iban a tomar la calle Cuarenta para entrar desde ella en el túnel Lincoln. Usted es amigo del que va en el segundo coche, ¿verdad? Lo comprendí cuando usted le gritó que esperara. En cambio, el otro es uno de sus enemigos, tal vez de los mismos que ayer le querían liquidar, y da la casualidad que yo oí la dirección que daba a mi colega. Eche usted una mirada a este plano. Vea el bulevar Seaside, en la costa de la bahía exterior, en Staten Island. Ahí es donde nos dirigimos; al número veintiuno.

Frank abrió unos ojos tamaños. No daba crédito a lo que estaba oyendo. Aquello era mucho más de lo que él podía esperar de su buena estrella.

—Tarde o temprano, en ese juego del gato y el ratón, el ratón burlará al gato. El conductor del primer coche conoce al dedillo todos los rincones de Nueva York y sus inmediaciones. Casi es tan listo como yo. El otro, en cambio, es un pobre chico medio novato. Su amigo tuvo mala suerte en la elección. De todas maneras, aunque no le despiste, lo procurará, y en estas vueltas y revueltas perderán el tiempo, ese tiempo que nosotros aprovecharemos para cogerles la delantera y esperarlos en el bulevar Seaside.

De Dyer desembocaron en Thirty-Fourth, torcieron a la izquierda, enseguida a la derecha y enfilaron ahora a gran velocidad la avenida Ninth, desde donde fueron a parar a la Hudson Street hasta el extremo de la calle Broon, a la vuelta de la cual se encuentra la entrada al túnel Holland. Cruzado éste después de los requisitos de rigor, entraron en Jersey City, y, poco más tarde, dejaban la carretera y se metían por la avenida Newark, desde la que marcharon en pocos minutos al bulevar Hudson, la vía más

amplia y más recta para llegar a Staten Island o Richmond, que de ambas maneras se llama.

Frank seguía con el dedo, sobre el mapa que el taxista le había dado, el recorrido que iban haciendo. Cuando, una vez transpuesto el puente Bayonne, entraron en la avenida Richmond, prolongación del bulevar Hudson, quiso saber si les quedaba mucho para llegar.

—Procuraré que sea el menor tiempo posible. Enseguida torceré a la izquierda, por la avenida Forest; luego, a la derecha, por la Jewett, a desembocar en el bulevar Victory; torciendo a la izquierda otra vez y a la derecha de nuevo poco más tarde, entraremos en Todt Hill Road. Pasado el club de golf Richmond County, estaremos en Road Richmond. Desde aquí, retrocediendo un poquito, iremos a parar a la avenida Midland, desde la que desembocaremos en línea recta sobre el bulevar Seaside. Hay una buena tirada, pero conseguiré hacerla cuanto antes. Quedará usted satisfecho de mí, señor.

—Gracias... amigo —vaciló Frank en qué título darle.

—Puede llamarme Jim, Jimmy, señor. Todo el mundo me llama así.

Jimmy escupió una vez más su goma demasiado gastada y desenvolvió una nueva, que se llevó a la boca con gesto maquinal. A Frank, por su parte, le asaltó la idea de si habrían conseguido adelantarse a los otros y si Ben continuaría aún sobre los pasos de Porter. A seguida, estos pensamientos fueron rechazados para dejar paso al de si Lynn estaría prisionera en Seaside, veintiuno. Al parecer, era una vivienda enclavada en la costa y ningún lugar más apropiado que éste para tenerla encerrada. Claro que sería lo más probable que se encontrara en poder del jefe, y aquella casita de la costa no la creía perteneciente a este hombre fantasma que tanto les estaba dando que hacer. Bueno. Y ¿por qué no podía pertenecerle? ¿Por qué no imaginar que Porter, herido como estaba, había querido retirarse a aquel refugio, ponerse en manos de su superior?

¡Lynn Rutefor! Cuando su recuerdo acudía a la mente de Frank, éste sentía que algo en su interior se iluminaba, que su corazón aceleraba su ritmo, que el pulso se le alteraba, que sentía allá, en el fondo de su alma, una extraña sensación dulcemente acongojadora que jamás había sentido antes, ni siquiera cuando estaba prometido a Dora Green. ¿Habría dicho verdad su amigo Ben al sugerir la

posibilidad de que estuviera enamorado de ella?

Cerca de la medianoche sería cuando Jimmy y Frank llegaron el bulevar Seaside. El primero emboscó su automóvil entre unos árboles cercanos a la costa, a unas yardas de la calle, y expuso su opinión de que, desde luego, su perseguido no había llegado todavía.

—¿Por qué no echamos un vistazo a la casa, señor?

Frank no deseaba otra cosa. Se acercaron al veintiuno y estudiaron detenidamente la topografía de aquel hotelito enverjado, cuyo jardín posterior se prolongaba hasta el mismo acantilado. Aquí las olas batían fuertemente y rompían en cascadas de espuma en las rocas que cercaban una pequeña playa a la que se llegaba desde la casa por unas rústicas escaleras de troncos sin labrar, y en la que existía un diminuto embarcadero de tablas.

Bajo la escalera, al nivel de la arena, se abría una portezuela de hierro contrachapado, que debía de dar acceso a los sótanos. Tal vez aquí se encerraran los remos y las lanchas, y los posibles utensilios de pesca. Estaban allí, mirando hacia el acantilado, sin perder de vista la puerta principal del hotelito, cuando un grito agudo, desgarrado, hendió los aires como un cuchillo. Jimmy miró a Frank intrigado. Éste había palidecido intensamente. Más que en su entendimiento, en su corazón había reconocido que aquel grito lo lanzaba Lynn.

Olvidando por unos momentos cuántos peligros les cercaban, Frank se dispuso a descender a la playa, ordenando al otro que volviera al bulevar y vigilara la puerta principal. Éste se negó. Imposible. No podía dejarle solo, herido como estaba, entrar en la casa.

—Jimmy tiene buenos puños. Quizá pueda servirle de algo, señor.

No estaba en condiciones de discutir una ayuda tan desinteresada como aquélla, y Frank agradeció el ofrecimiento. Pronto estaban en la playa y avanzaban presurosos hacia la puerta por la que había salido el grito. Frank había sacado la pistola que el día anterior quitara a sus atacantes y que Ben había recargado; Jimmy, por su parte, sin dejar de masticar chicle, había abierto y mantenía en la mano una navaja de largas dimensiones, que, según él, le servía para componer las averías del coche.

—Este arma corta cables, goma, lo que sea. No la abandono nunca por nada del mundo.

La puerta de hierro, oxidada por la marca, estaba cerrada y no había modo de forzarla. Gruesos cerrojos interiores la mantenían inmovible. Frank lo comprendió así, y, desesperado, se limitó a golpearla con los puños, con el propósito de frustrar el probable crimen que allí se debía de estar cometiendo en la persona de Lynn Rutefor. Después, decididos como estaban, a entrar en la casa como fuera, subieron por las rústicas escaleras y se encontraron pronto en el interior del jardín, después de haber abierto sin esfuerzo una verjita, cerrada simplemente con pasador. Ya allí, entre los árboles y rosales florecidos, Frank y su acompañante se dirigieron en línea recta, por un sendero de grava, hacia una alta puerta de cristales, de acceso al edificio. Delante de ella, bajo una pérgola cargada de enredaderas, había una especie de terrado o cenador, al que se ascendía por una escalera de cuatro anchos escalones de mármol, bordeados por pequeñas estatuillas del mismo material —ninfas y dioses egipcios— que daban guardia de honor a aquel rinconcito amable y pintoresco.

La vista que desde allí se abarcaba era magnífica. Las luces de Brooklyn, parpadeantes al otro lado de la bahía, se reflejaban en el agua, arrancando de ella maravillosas irisaciones. Y allí al lado, como un complemento lleno de hechizo, la canción del mar, deshaciéndose en espumas contra las rompientes. Un hombre alto, serio, inalterable, con turbante, estaba colocando en la mesa que había en la terraza cubiertos para dos, y enseguida se alejaba hacia el interior, sin preocuparse de cerrar la puerta.

Ni Frank ni Jimmy dudaron un momento sobre lo que tenían que hacer. Entraron bajo el entoldado, cruzaron ante la mesa dispuesta y se colocaron decididos tras el hombre del turbante, al que consiguieron ver desaparecer por una de las puertas laterales del vestíbulo, quizá la que daba a la cocina.

Ellos, por su parte, cruzaron la estancia, plagada de objetos egipcios de incalculable valor. A la derecha, un grueso tapiz, que levantaron sin el menor sigilo, los condujo a otra pieza amplia y confortable en la que desembocaba una escalera de las llamadas de caracol. Bajaron por ésta sin encontrar a nadie, y, siempre orientándose por el ruido del mar, se encontraron, al fin, en una

recámara forrada íntegramente de terciopelo rojo; su mobiliario, un simple tresillo y un diván, eran también del mismo color. Una claraboya de gruesos cristales opacos abarcaba casi todo el techo. Los sonidos llegaban hasta aquí mucho más amortiguados, como si vinieran de una distancia grandísima.

No obstante, Frank sabía que se estaban aproximando al sótano a que iba a dar la puerta de hierro de la playa. Y que ahora se encontraba justamente bajo el cenador. El techo de la recámara debía de ser precisamente el piso del terrado.

Un nuevo grito, esta vez más largo, más sostenido, más desgarrador, los dejó un segundo indecisos, petrificados. Desde donde estaban les era difícil localizar el sitio del cual había partido; pero estaban seguros que no era de otro que del sótano. Hacia allí se lanzó Frank, después de haber transpuesto una puerta que se abría al fondo de la recámara roja y haber avanzado algunos pasos por un estrecho y lóbrego pasillo.

Una nueva puerta, ésta de hierro como la de la playa, obstruyó su paso. Dentro se oía movimiento de lucha, un hondo jadear, palabras dichas en lengua extraña. Frank intentó abrirla sin mejor resultado que la de la playa. También ésta estaba cerrada con cerrojo. Uniendo sus esfuerzos, ambos hombres forcejearon con ella hasta agotarse. La lucha había cedido; pero enseguida se reanudaba con más intensidad. Sonaban objetos duros y contundentes al estrellarse contra las paredes o el pavimento, crujían maderas al ser astilladas, y, de nuevo, un grito más.

—¡Lynn! ¡Lynn! ¡Abre esta puerta! ¡Soy Frank!

Una imprecación en inglés con, acento extranjero; el jadeo que prosigue, y, al fin, la voz de Lynn, medio sofocada, envuelta en sollozos, que llamaba a Frank, que le animaba a salvarla. Pero entre ellos estaba, barrera infranqueable, aquella maldita puerta de hierro. Wilkiston se mordió el puño con que tenía agarrada la pistola. No había querido disparar antes por no llamar la atención de los de la casa; pero, desesperado, lo hizo entonces, aunque era muy pesimista respecto a los resultados que iban a obtener. Éstos fueron nulos, como se había supuesto.

De pronto, en el interior, cedió por completo la pelea. Frank palideció aún más. Sintió que el mundo se le venía encima, que una mano de hierro atenazaba su corazón. Fijó la frente en el hierro de

la puerta; no sabía qué hacer; notaba que a los ojos le afluí a algo muy parecido a las lágrimas.

—¡Lynn! ¡Lynn, amor mío! —susurró.

Y, dentro, le respondió un sollozo. Un sollozo que tenía algo de risa histérica, de grito de libertad. Más alto, Frank volvió a pronunciar el nombre de Lynn. En el interior se escucharon entonces unos pasos lentos, vacilantes, que venían hacia la puerta... Un descender de cerrojos y, ante las pupilas desorbitadas de Frank, se mostró un cuadro espeluznante. Lynn estaba ante él desgredada, llorosa, pálida, con el vestido hecho jirones y algunos arañazos en brazos y hombros. Tendido en el centro de la habitación, entre barquichuelos, remos y botes de brea, yacía un hombre con el cráneo destrozado. Tenía los ojos muy abiertos, en una expresión de lujuria, y su rostro se bañaba en un charco de sangre.

—¡Lynn! ¡Querida...!

—¡Frank, amor mío!

Instintivamente, Frank había abierto su brazo sano y Lynn, tambaleante, acongojada, había ido a refugiarse en él. Temblorosa de temor y alegría a un tiempo, aclaró que en la playa había una canoa preparada. Fue lo último que dijo, por el momento. Su naturaleza, quebrantada por la lucha mantenida con aquel hombre, no pudo resistir más. Sus nervios se distendieron, su cerebro se veló y perdió el conocimiento. Frank, sin cuidarse mucho del dolor de su brazo herido, se arrancó el pañuelo que le sostenía y la alzó en vilo, empezando a caminar hacia la puerta que daba acceso a la playa. Ahora, Jimmy, que no había despegado los labios en toda la patética y emocionante escena, iba armado de un cuchillo y además de la pistola de Frank, que éste había recargado, después de disparar contra la cerradura. El chófer recorrió los cerrojos, tiró de la puerta, pero ésta no cedió: estaba cerrada también con llave. Muy en su papel, hizo lo mismo que había visto antes hacer a Frank: dirigió su puntería contra el ojo de la cerradura y ésta saltó.

Ante ella estaba ya la playa liberadora; pero, a su espalda, aparecieron un par de hombres, que intentaron detenerles. Jimmy disparó su arma y vio, satisfecho, que había hecho blanco. En el pecho de uno de sus enemigos se había abierto una rosa de sangre, que se agrandaba por momentos. El otro, sorprendido, retrocedió unos pasos, para volver enseguida a la carga, disparando un

revólver que había extraído de la bocamanga con gran rapidez.

—Lleve a la señorita a la canoa, señor. Yo guardaré la retirada.

Cerró la puerta, para impedir, en lo posible, que el enemigo hiciera blanco sobre Frank, mientras éste alcanzaba la orilla del agua, y esperó, pegado a las madreselvas que escalaban el muro, junto a la escalera de troncos.

Lentamente, con precaución, la puerta empezó a abrirse. Ya no era uno, sino dos, los que asomaron por ella sus cabezas rapadas, atisbando la playa. El primero en hacerlo intentó disparar sobre Frank y Lynn; pero la pistola de Jimmy habló primero y le obligó a morder el polvo. El segundo quiso repeler la agresión; más, antes que hubiera querido darse cuenta, ya estaba el chofer sobre él, pues su munición se había terminado, y le clavaba entre las clavículas la afilada hoja de su navaja.

Ya para entonces, Frank, tras haber dejado acomodada a Lynn en la canoa, regresaba a la carrera en ayuda de Jimmy, que luchaba ahora a brazo partido con un cuarto individuo (el del turbante, que habían visto en el jardín), que había aparecido por la escalerilla.

—No se preocupe, señor; éste me sirve a mí para un aperitivo.

Jimmy resultó demasiado optimista. Aunque era robusto y pegaba fuerte, el otro practicaba una técnica traidora, que el chófer desconocía. A los dos segundos había caído a tierra y su contrincante le arrojaba un puñado de arena a los ojos.

—¡Maldito! —bramó más que dijo Jimmy, momentáneamente ciego, rabiando de dolor.

Frank, entre tanto, había recogido del suelo la navaja del taxista, y al ver a éste en tan crítica situación, se arrojó contra su enemigo, a quién apuñaló sin miramientos. Allí quedó el hombre del turbante, revolcándose en su sangre y tratando inútilmente de contenerse con ambas manos los intestinos, que se le escapaban por las tremendas heridas.

—¡Animo, Jimmy! Esto se ha acabado...

La calma había renacido en la playa. La canoa cortaba las aguas de la bahía fugazmente. Lynn Rutefor había vuelto en sí; se había pasado la mano por la frente, como queriendo borrar de ella terribles visiones, y luego había mirado a Frank con mirada húmeda de ternura. Ahora secaba con su pañuelo los ojos enrojecidos e hinchados de Jimmy, el cual, entre atroces dolores, volvía a

contemplar las luces de Brooklyn, los «*ferrys*» que surcaban las aguas. Una vez bien lavados y limpios, encontró profundo alivio en dejar caer los párpados pesadamente, recostarse en el fondo de la canoa y ponerse a pensar en que, al fin, había podido correr la gran aventura que toda su vida había estado soñando. Y una aventura tan estupenda, que ni en su fantasía se la había imaginado tal y como había sido.

Lynn se recostó asimismo en el hombro de Frank, cuyo brazo herido había vuelto a vendar y puesto de nuevo en su cabestrillo. El horror de su mirada se iba disipando a medida que se alejaban del escenario de tan trágicos acontecimientos. Dio un suspiro. Luego, ante una indicación de Frank, que había comprendido que hablar de ello la haría mucho bien, contó cómo había sido secuestrada por dos individuos cuando salía de su trabajo, cómo la habían llevado a aquel hotelito de Staten Island y cómo se había encontrado sorprendida al comprobar que el promotor de todo aquello no era otro que Mark Lawrence, el novio de su amiga.

—Primero quiso saber si yo había reconocido a alguno de los asesinos de Dora; luego, ante mi negativa, empezó a decirme que me había hecho secuestrar porque quería tenerme siempre cerca para hablarme de ella. Y así lo ha hecho, durante horas enteras, recitando versos, que en loor de la muerta él mismo componía. «Dora, sople divino, escultura de etéreos materiales, ¿quién fue el cruel que destrozó tu estatua?». Llegué a tenerle lástima. Parecía un poco loco; pero ¡la debía de amar tanto! Me hablaba de que había tallado una figura de ella, un desnudo, que era lo más maravilloso que había salido de un cincel. No me permitió verla, porque decía que nadie más que él podía posar los ojos en su obra de arte; sentía celos, celos atroces de que otros la miraran.

Frank sonrió con cierta dolorosa ironía.

—«¿Quién fue el cruel que destrozó tu estatua?...» —exclamó. Yo te diré quién lo hizo, Lynn. El mismo la mató y tú has estado expuesta a otro tanto. Ben Carson, aquel amigo del F. B. I.,

al que no pudimos hallar cuando tú y yo fuimos a verle, ha descubierto que Mark Lawrence y un tal Porter, peligroso criminal, son la misma persona. Este último es el que comandaba la banda que asaltó la casa de modas. Dora le debió de reconocer y por eso la

mató. Al secuestrarte a ti, se conoce que pensaba hacer lo mismo contigo; pero, al descubrir que tú no sabías ni sospechabas nada, cambió de idea. Tal vez la amaba de verdad, y de ahí su empeño de retenerte a su lado y hablarte de ella, o quizá no te creyó del todo y no quería exponerse.

Lynn Rutefor se cubrió la cara con las manos. Lo que acababa de oír era tan increíble que sobrepasaba su comprensión de las cosas.

—¿Cómo pudo hacer eso? ¡Yo sé que la quería! ¡Se le veía en los ojos, se le notaba en la voz, en el acento desgarrado, en la patética entonación de sus palabras!

—No olvides que ese hombre, que sepamos, tiene dos personalidades: la que tú conoces, como novio de Dora, y la que nosotros hemos descubierto, como asesino y ladrón. La personalidad de éste arrolló a la otra. Las circunstancias le pusieron en una encrucijada con respecto a Dora y salió de ella asesinando. Porter mató a la que Mark Lawrence llora.

—¡Oh! ¡Ha sido terrible! ¡Una horrorosa pesadilla!

—Pesadilla de la que al fin has despertado, Lynn.

—Mark, Porter, o como se llame, se rodeaba en la casa de unos individuos extraños. Él los llamaba «mis mamelucos». Parece ser que los trajo de Egipto, donde ha vivido durante algún tiempo, estudiando el arte de los faraones. Uno de estos hombres, el que encontraste a mis pies, me deseaba. Me hizo creer que me iba a dar la libertad; preparamos esta canoa; luego, en un momento que regresamos al cuarto de los trastos, cerró la puerta, intentó abusar de mí. Lo rechacé como pude. Estaba a punto de sucumbir, cuando tú golpeaste la puerta de la playa. Pero él no cejó; se sentía muy seguro. Su amo había salido y no tenía costumbre de regresar hasta muy tarde. Cuando volviera, ni él ni yo estaríamos ya allí. A mí me hubiera dejado marchar y él mismo se hubiera ido, después de conseguido su propósito...

Los ojos de Lynn volvieron a llenarse de lágrimas. Frank la estrechó más fuertemente contra sí. Repitió:

—Ha sido una pesadilla, Lynn; tienes razón; pero de ellos has despertado ya. Una nueva vida se abre a tu paso. Una vida feliz, con mi nombre y mi protección siempre tuyos. ¿Qué tal te suena el nombre de «señora de Wilkiston»?

Lynn no supo qué contestar; inclinó su cabeza, toda ruborosa;

después, la irguió, y, por toda respuesta, le ofreció sus labios tentadores, en los que él libó suavemente las mieles de su amor.

VII

EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS



NA vez salidos del túnel Lincoln, Porter y Ben cruzaron a toda marcha la avenida del Parque. Hasta aquel momento, Porter, debilitado como se encontraba, no se había dado cuenta de que era perseguido. La intención del chófer fue desde el principio, y él le había dejado hacer hasta entonces, dirigirse por el camino más corto al bulevar Hudson, porque ésta era la ruta más directa para llegar a Staten Island. Pero, al percatarse de que se le seguía, Porter tomó la dirección de la marcha, indicando al taxista cuándo y por dónde tenía que torcer.

En vueltas y revueltas, como Jimmy había supuesto, fueron perdiendo el tiempo, de modo que, cuando Porter, harto ya de aquel juego, quiso hacerse cargo del volante, arrebatándosele a viva fuerza al chófer, había pasado una hora larga y aún se andaban por los alrededores de Jersey City. Trabajo le costaba al «gángster» conducir el automóvil, pero prefería hacerlo él, pese a su brazo herido, antes que confiar la dirección al dueño del vehículo.

En vista de que los minutos pasaban y el otro automóvil estaba siempre pegado al suyo, por más esfuerzos que hacía para despistarle, Porter decidió no perder un segundo más y dirigióse a toda velocidad a su casa. Desde allí, si su perseguidor se obstinaba en acercársele, podría ofrecer toda la resistencia que quisiera, y huir en el momento en que se le antojara, sin que el otro lo percibiera. En la casita de la playa, en su personalidad de Mark Lawrence, disponía de criados fieles que se dejarían matar por él. No sólo podría despistar a su perseguidor, sino que, incluso, podría hacerle desaparecer impunemente. Contaba con medios más que suficientes para ello. Nada; estaba decidido. Cuanto antes le llevara a aquella encerrona, mucho mejor.

Más, con lo que no contaba Porter, era con el exceso de velocidad. A pocas millas de su hotelito, ya dentro de Staten Island, dos motoristas le salieron al paso e intentaron darle caza. Aquello se ponía feo; no podía dejarse detener, para satisfacer la multa que seguramente le impondrían, pues hacerlo hubiera equivalido a permitir que Ben Carson se echara sobre él. Era peligroso y había que cortar por lo sano. Así, su pistola, cuando los motoristas le daban el alto, escupió plomo, alcanzando en pleno pecho a uno de ellos; al otro le hizo estrellarse aparatosamente, aunque sin consecuencias, al agujerear la rueda de su máquina. Y Porter pudo seguir su camino, algo más optimista ya.

Ben Carson recogió al motorista, que estaba armado de una pequeña ametralladora, de la que no había tenido tiempo de servirse, y con él en el estribo prosiguió la persecución. Poco después entraban en la avenida Midland y desembocaban en el bulevar Seaside, habiéndose cruzado entre los ocupantes de uno y otro coche algunos disparos sin consecuencias. Cuando el en que viajaba Ben torció la esquina del bulevar, ya estaba parado frente al 21, rodeado por un buen grupo de personas, el «taxi» de que se

había servido Porter. Abordaron al chófer y éste, más muerto que vivo, señaló la casa.

—Ha entrado ahí —dijo.

Entonces Ben quiso saber a qué se debía el que hubiera estacionada ante el hotelito tanta gente y alguien le explicó que habían oído disparos y que habían venido a ver lo que pasaba.

—Intentamos hacer que nos abrieran —explicó uno—, pero no lo conseguimos. No sabemos si ello tendrá algo que ver con este jaleo; más, a pocos pasos de aquí, hay un «taxi» como éste. Yo he visto que el chófer y otro individuo se apearon de él y vinieron hacia la casa. El de traje de paisano, me fijé mucho en este detalle, era joven y llevaba un brazo en cabestrillo. Todo ha ocurrido hacia la playa. Desde el acantilado se ven algunos cadáveres. Todos ellos parecen criados de la casa, unos hombres enigmáticos, que nuestro vecino, míster Lawrence había traído de no sabemos dónde. Los que vinieron en el «taxi» escaparon por la bahía en una lancha, acompañados entonces por una señorita, que nosotros no habíamos visto nunca por aquí.

Ben Carson no dejó acabar a su interlocutor. Corrió hacia el acantilado y se asomó a la playa. Por allí había huellas de pasos y unos hombres tendidos, efectivamente, junto a una escalerilla de troncos. Habiendo dejado apostado en la puerta principal al motorista, él bajó a la playa decidido a saber qué había pasado allí y a entrar como fuera en la casa. Ya había supuesto que el joven del brazo en cabestrillo no era otro que su amigo Frank y que la joven que se había llevado consigo debería ser, por consiguiente, Lynn Rutefor. No obstante, por si las señas fueran pocas, allí encontró, junto a uno de los cadáveres, medio enterrada en la arena, la pistola de que Frank se estaba sirviendo desde el día anterior. Ya no le cupo la menor duda. Frank había estado allí y le había hecho la mitad del trabajo, quitando de en medio a unos cuantos de los enemigos que en aquel momento le hubieran resultado demasiado peligrosos para el asalto que planeaba a la vivienda de Porter.

Pistola en mano, decidido a todo, pero guardando precauciones, Ben empujó la puerta de hierro del sótano, que cedió enseguida, hallándose el joven agente del

F. B. I.,

en un cuarto lleno de bártulos de pesca, con un hombre muerto

entre ellos, y enseguida en el lóbrego pasillo recorrido poco antes por Frank y Jimmy. Poco después entraba en la recámara roja, en un segundo pasillo mejor iluminado, y descubría al fondo el arranque de la escalera de caracol.

Sobre su cabeza, Ben escuchó pasos que recorrían la casa de un lado a otro, la voz de Porter que llamaba a una servidumbre que ya no le podía oír. El agente especial empezó a subir. La voz de Porter, cada vez más alterada, seguía oyéndose. Guiado por ella, Ben Carson prosiguió. Ahora mucho más confiado, pues pensaba que, mientras la casa silenciosa le devolviera a lo lejos los pasos o la voz de Porter, poco o nada tenía que temer de su enemigo. Aparte de ellos dos, nadie debía de haber quedado en el hotelito. Sus cuatro anteriores habitantes yacían allá, en la arena de la playa, muerto.

Dejó de oír a Porter por unos segundos. Entonces volvió a caminar con precaución. Abrió con sigilo la puerta que daba al vestíbulo y desde éste, a través de las amplias cristaleras, vislumbró el jardín, un cenador y, en el horizonte, las luces de Brooklyn. Entre los árboles, la silueta de Porter, que se dirigía a la escalerilla que conducía a la playa. Ben apresuró el paso por la avenida de grava en el momento que el otro desaparecía. Cuando llegó al extremo del jardín, le descubrió levantando con la punta del pie uno de los cadáveres.

A la luz del pequeño farolillo que colgaba de la puerta podía descubrirse su rostro demudado, en que entonces se reflejaba cierta dolorosa decepción. Llevaba su brazo recién vendado y en sus ojos brillaba la ira y el descontento. De haberlo sospechado siquiera, no habría perdido el tiempo que había perdido; haría ya algunos minutos que habría botado al mar una de sus lanchas y habría dado de lado por fin aquella obstinada persecución. Pero, a pesar de todo, aún le quedaba un triunfo, el definitivo, en la mano.

«¡Maldita sea!», murmuró entre dientes.

El herido del sótano, al que, equivocadamente tanto Lynn como Frank y Jimmy habían tomado por muerto, cuando sólo estaba desmayado, se había arrastrado hasta la arena de la playa y alzaba ahora su cabeza hacia Porter demandando piedad.

—Yo no tuve la culpa, señor. Fue ella, la maldita. Todo el día se dedicó a seducirme... Yo soy un hombre, señor, y no tuve voluntad para resistirla... Estoy malherido. ¡Sálveme, señor!

Por toda respuesta, Porter le endilgó una patada en pleno rostro.

—Toma, bichejo asqueroso. Yo no te autoricé a que la miraras, cuanto menos a que hablaras con ella. Te sedujo, ¿eh? ¡Cínico! ¿Intentas engañarme todavía? Esa chica no era lo que tú crees... Nunca, por muchos deseos que tuviera de dejar tal casa, se hubiera decidido a emplear ese juego, y mucho menos con un odioso «mameluco», con un indigno egipcio como tú, que lleva en sus venas tanta sangre de aquellos esclavos que llegaron a reyes, como yo de Abraham Lincoln. Tú, estoy seguro, la propusiste la huida; tú, con falsas palabras, con ese aire ingenuo que a veces tomabas y que no era más que hipocresía, refinada hipocresía, conseguiste que te creyera una buena persona. Después intentarías abusar de ella y el resultado fue esa tremenda herida que tienes en la cabeza y que bien empleada te está.

El criado rindió su frente sobre la arena; el esfuerzo practicado para hablar le había dejado rendido. Porter le obligó a levantar el rostro de nuevo.

—Pero si ella pudo herirte a ti, no estaba en disposición de hacer lo propio con tus compañeros. Alguien de fuera tuvo que ayudarla. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quiénes fueron?

—Un hombre llamado Frank... Oí cómo él decía llamarse así a través de la puerta.

Porter sonrió con sonrisa diabólica. El egipcio acababa de descubrirse.

—Conque a través de la puerta, ¿eh? Te habías encerrado con ella. ¿No te dije yo que había que tratarla bien? ¿No te repetí una y mil veces que había que mirar mucho para que estuviera a gusto? ¿No estaba claro que yo no quería perderla, porque ella tenía para mí un gran valor sentimental?

La voz dura de Porter asustó al herido.

—Señor, señor, ¡piedad!

Porter apuntaba al egipcio con su pistola.

—No hay piedad para ti.

Habló el arma. Un crimen inútil, un crimen cuyas razones externas, la huida de Lynn, no eran todo lo convincentes que debieran. Aquel pobre «mameluco» no había sido acabado de asesinar por eso simplemente. Había resultado una víctima propiciatoria para el mal humor, para la desesperación que acosaba

a Porter desde que sus posibilidades de huida se habían ido restringiendo hasta casi hacerse nulas.

Ben lo tenía al alcance de su pistola; podía matarlo allí mismo, mandarlo a los infiernos, donde sus criados se encontraban ya; pero, nuevamente, el recuerdo de aquel jefe fantasma le vino a la memoria y le hizo vacilar entre lo que debía o no debía hacer. Si no le mataba en el acto, correría el riesgo de que huyera. En cambio, si lo mataba, difícilmente podrían aprehender al principal responsable de todo, al hombre enigmático que había enviado a la muerte a tantas personas, inocente o no, empezando por Dora Green y acabando por aquellos «mamelucos» de la servidumbre de su lugarteniente.

Desde el último travesaño de la escalera, Ben comprendió que su posición había mejorado, que tenía a su enemigo a merced de uno de aquellos saltos de tigre que él sabía dar. Aunque Porter era joven y fuerte, estaba armado de una automática y debía de sentir verdaderas ganas de vengar en cualquiera la muerte de sus criados. Ben pensó que él contaba a su favor con algunos triunfos: la herida de su contrario, la debilidad que está herida llevaba aparejada, y, sobre todo, la sorpresa. «Quien da primero da dos veces», dice el adagio. Y Ben Carson estaba en condiciones de dar el primero aquella vez.

Silenciosamente, desembarazándose del arma, que devolvió a su funda de axila, Ben se fue encogiendo cual un felino, y como tal, se dejó caer sobre su contrario. Éste lanzó un grito y ahogó una dura imprecación. La pistola se le había escapado de las manos y no estaba en disposición de hacer frente a aquella masa humana que se le había venido encima, nunca mejor aplicado el símil, como llovida del cielo.

No obstante, sacando fuerzas de flaqueza, Porter intentó sacudirse aquel cuerpo que le aplastaba como una losa, lo que consiguió momentáneamente, golpeando fuerte, con su brazo sano, sobre la ijada de Ben. Éste lanzó un gemido y trató de repeler la agresión, golpeando, a su vez, a Porter. Al dolor del brazo, dolor fuerte cada vez que quería servirse de él, se unió entonces el de su estómago duramente castigado. Ben Carson no parecía golpear con los puños, sino con mazas de hierro.

Porter empezó a sentir miedo. No miedo a morir, pero sí a ser

vencido, y siéndolo, tener que enfrentarse con la Justicia, tener que responder días y días a preguntas enojosas, a interrogatorios interminables. A una pregunta, sobre todo: quién era el jefe. Él no podía ni quería responder a esto, porque, aunque respondiera, la verdad era tan sorprendente que resultaría poco menos que increíble.

Con un nuevo esfuerzo, el «gángster» logró desasirse de las manos de Ben, que le atenazaban como garfios. Enseguida le embistió contra el bajo vientre logrando derribarle, víctima de unas náuseas atroces. Mientras el agente del

F. B. I.,

se reponía, el otro pudo llegar al interior del sótano. Ni la primera ni la segunda puerta respondieron a sus esperanzas de ser cerradas. En cuanto a la tercera, la correspondiente a la cámara forrada de rojo, cuando quiso intentarlo, ya estaba Carson de nuevo sobre él y conseguía cortarle el resuello de un tremendo puñetazo en pleno mentón.

—Es inútil que te resistas, Porter. No conseguirás otra cosa que hacerte destrozar. Estoy decidido a llevarte de aquí, y lo conseguiré, sea como sea.

Porter jadeaba. Ya no era el joven atildado, elegante, seductor que se hacía llamar Mark Lawrence, que disponía en la costa de aquella casita amueblada principescamente, que se había rodeado de criados y objetos de arte egipcio que le debían de haber costado un riñón y que había enamorado a Dora Green, con un enamoramiento que a la larga había de costarle la vida. Era un hombre gastado, sin más momentánea aspiración que la instintiva de defender su integridad personal. Defenderla ahincadamente, desesperadamente, aun contra toda esperanza de salir vencedor.

—No me entregaré jamás; ya lo he dicho; no soy hombre que se resigne a morir en la silla eléctrica.

Otro nuevo cabezazo, su golpe favorito, vino a incrustarse en el estómago de Ben cuando éste menos lo esperaba. Volvieron las náuseas, el amago de desmayo. Mientras se reponía, Porter se abalanzó sobre la puerta. Nueva tentativa de cerrarla; pero, antes de que lo hubiera conseguido, el hombro robusto del agente del

F. B. I.,

chocaba contra ella y la abría tan violenta y estrepitosamente, que

Porter salía lanzado contra la pared del pasillo. El pistolero quiso aún forcejear con un velo de sombras que se iba apoderando de su cerebro; consiguió, incluso, reincorporarse; pero, al ir a echar el primer paso, sus piernas se le doblaron como si fueran de algodón y cayó hacia adelante sin sentido.

Ben lo maniató y se le cargó a hombros. Salvada la escalera de caracol, volvió a hallarse en el vestíbulo, en uno de cuyos divanes dejó caer el cuerpo inanimado. Antes de marchar, Ben Carson quería avisar a la filial del

F. B. I.,

para que enviaran a la calle Seaside, 21, al menos, un par de ambulancias. Buscó el teléfono, marcó un número y enseguida estaba hablando con uno de sus colegas, el cual le aseguraba que ya habían salido para allí, pues habían recibido un aviso de alguien, que había dicho llamarse Frank Wilkiston y ser amigo de él. Ben Carson sonrió satisfecho y se propuso entonces echar un vistazo mientras llegaban.

Lo primero que recorrió fue la cocina, impregnada de humo y de olor a condimento quemado; luego, el cuarto de baño, algunas habitaciones que debieron de pertenecer al servicio, y, enseguida, sin perder de vista un solo instante el vestíbulo donde había quedado Porter encerrado, la biblioteca, magnífica en todos los sentidos. Por todas partes, en gran profusión, fue descubriendo cuadros, que representaban paisajes de Egipto: las pirámides, palmeras, caravanas de camellos... Grupos escultóricos, estatuillas, como las del cenador, había diseminadas por doquier.

Súbitamente, al abrir una de las puertas, quedó deslumbrado por breves segundos. Era una habitación pequeña, recogida. Al fondo, una especie de altar, y, sobre él, el desnudo más maravilloso, la estatua mejor modelada que Ben había contemplado jamás. No estaba aún concluida; pero se notaba en ella una belleza incitante, pecaminosa. Sobre el mármol de su cuello ebúrneo, brillaban, como lágrimas de querubines, las cuentas de un collar, y en sus muñecas frías, pulseras de diamantes, que Ben no tuvo que esforzarse para reconocer.

Se trataban de las joyas robadas en la casa de modas. El collar era el mismo que, según la leyenda, había pertenecido a la gran emperatriz de todas las Rusias, y las pulseras no eran otras que las

que aquella noche trágica para Dora, ella lucía junto con su vestido «Ensoñación». En el pedestal, una verdadera montaña de crisantemos cubría hasta casi las rodillas la singular estatua, Ben, olvidado por unos momentos de su prisionero, se acercó a ella, se subió en una silla y empezó a despojarla de las alhajas.

—¡Yo no haría eso! —dijo una voz a su espalda, la de Porter, que había vuelto en sí y se había acercado sin hacer ruido—. ¿Por qué ha entrado aquí? Nadie más que yo tiene derecho a mirarla, a contemplar su belleza. Así era Dora Green en vida. Así era, al menos, como yo la vela. El desnudo perfecto, desde el punto de vista artístico, que tanto tardé en encontrar y que tanto dinero me costó. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ahí la tiene, maldito «poli», tal y como era antes de que estas manos mías destrozaran el original!

Ben Carson miraba asombrado al hombre que tenía delante. Estaba transfigurado. Sus palabras eran duras, pero su mirada se había humanizado al mirar aquel tesoro de arte, al mirar aquella Dora Green revivida por obra y gracia de un mágico cincel.

No hizo caso de la interrupción y guardó en su bolsillo las alhajas, Porter, variable e indeciso como un niño pequeño, dio unos pasos hacia el centro de la pequeña habitación, recogido en sí mismo, en una actitud extraña, incomprensible; parecía mirar sin ver cuánto no fuera aquel rostro de la escultura iluminado por una luz interior, que el genio de su artífice había fijado en los ojos.

—¿Quién es el creador de esta magnífica obra? —preguntó Ben.

Porter se golpeó el pecho, envanecido.

—Yo, yo soy su creador. Mark Lawrence pasó muchas veladas frente a un trozo de mármol hasta darle esa forma definitiva. Lo que Porter destruyó lo hacía pervivir el genio de Mark. Fue una lástima el incidente estúpido que la costó la vida. Ella me reconoció — ¡cómo no, si me amaba tanto!— y fue preciso cerrarle la boca, destrozarse la estatua de Dios, después de haberla copiado tan fiel e ilusionadamente. Una pugna cruel entre su enamorado y su asesino, entre Mark Lawrence y Porter, entre el poeta y el materialista, entre el barro y el espíritu, entre el ángel y la bestia que hay en todo individuo.

—Le creía más listo, Porter. ¿Cómo es que tiene aún aquí estas alhajas, el cuerpo del delito? ¿Por qué no las ha vendido y ha dado ya a cada uno su parte?

—Mark Lawrence se las compró a Porter: era un homenaje que debía a Dora Green, y Porter dio a cada cual su parte en el botín.

Porter había dicho esto medio sonriente: pero, de pronto, se había puesto serio, con una seriedad casi trágica.

—¡Malditas joyas! —exclamó—. ¿Por qué se me ocurriría dar el golpe? ¿Por qué no preví a tiempo la posibilidad de ser reconocido por ella? Ella me quería y yo la adoraba, y, sin embargo, mi instinto de conservación fue mucho más fuerte que mi amor. Perdí la cabeza, y el resultado para Mark Lawrence fue este que ahora ve: adorar una estatua de mármol, mientras la estatua de carne, por culpa de Porter, se pudre y llena de gusanos allá lejos, en una tumba fría...

Un silencio. Ben no salía de su asombro. Porter avanzó de nuevo, se acercó a la estatua, como si quisiera absorberla en aquella mirada de sus ojos velada por contrarios sentimientos. En voz baja, temblorosa, con una emoción viva que nadie hubiera sido capaz de adivinar en un hombre tan hundido en el fango, recitó estos tres versos, los mismos a que Lynn Rutefor había hecho ya referencia:

«Dora, soplo divino,
escultura compuesta de etéreos materiales,
¿quién fue el cruel que destruyó tu estatua?».

El agente especial tuvo que arrancarle a viva fuerza de allí. Jamás Ben Carson se había visto en una situación semejante, frente a un hombre de tan extraños complejos como aquél. «¿Quién fue el cruel que destruyó tu estatua?». He aquí un apóstrofe que Mark Lawrence lanzaba al rostro de Porter con rabia concentrada, con odio inhumano, inconcebible.

—Un último favor. Permítame echar un vistazo a mi estudio.

Ben Carson accedió. Era una de las habitaciones que le restaban por revisar y lo haría de paso. Se trataba de una pieza toda encalada, por cuya bóveda de cristal se descubría la celeste, tachonada ahora por miríadas de estrellas, que iluminaban suave y poéticamente los utensilios y materiales de que Mark Lawrence se servía para sus trabajos. Todas sus estatuas, sus bocetos, se referían a desnudos de mujer. Desnudos clásicos, magníficos, pero en ninguno de los cuales se apreciaba el soplo inspirado, el genio creador que había tallado la escultura de Dora Green.

—Ésta ha sido mi gran pasión. Todo lo que he hecho, todo lo que he sido, fue impulsado por ella. Quería ser un gran artista, un gran escultor y me faltaban medios para mis fines. Necesitaba dinero, mucho dinero que derrochar a manos llenas. A Mark Lawrence se le conoce como un hombre desprendido, agradable, generoso, inteligente, bueno y, sobre todo, seductor: un hombre de leyenda, en fin. Mis honradas ocupaciones no daban de sí para tanto.

—¿Qué ocupaciones eran esas?

Porter se encogió de hombros. Hizo simplemente «¡ah!», y entonces Ben cambió de conversación.

—¿Qué hay de ese jefe fantasma? ¿Dónde está?

Ante esta nueva pregunta del agente del

F. B. I.,

Mark Lawrence cambió de expresión. Volvió a ser el malvado Porter, el asesino Porter.

—¿El jefe? ¡Ah, sí! Le gustaría cazarle como a mí, ¿eh? Ésa sería una buena hazaña; pero lo siento. Yo tampoco sé quién es; nadie sabe quién es. ¿Por qué no sospechar que se trata de un mito como el mito de Mark Lawrence, que usted acaba de descubrir?

—Hemos interrogado a uno de los miembros de la banda y nos lo ha contado todo. Hay un jefe que siempre aparece enmascarado, vestido totalmente de negro; que se sienta en un sillón, semejante a un trono, en una habitación cubierta de oscuros cortinajes. Sólo Porter podía hablarle; sólo Porter le conocía. Ésas son las referencias que tengo de él y estoy decidido a arrancar a Porter, a Mark Lawrence, o como quiera que se llame, lo que necesito saber. Ese hombre no puede seguir suelto; es un loco homicida. La banda está disuelta; con su lugarteniente, ella se ha acabado; pero puede volver a retoñar; tengo que detenerle y, para eso, no escatimaré esfuerzo, tormentos o lo que sea para alcanzar mi fin.

—No me asusta el tormento. Sé que soy hombre acabado y mi venganza será llevarme conmigo ese secreto. No me importa lo que deje detrás de mí, una vez que yo ya no existiré... No obstante —cambió de tono súbitamente—, podemos llegar a un acuerdo...

—Entre nosotros dos no hay acuerdo posible; no puede haberlo. De todas formas, escucharé su proposición, por si fuera aceptable.

—Le aseguro que lo es; no se trata más que de guardar un

silencio piadoso sobre este asunto en lo que se refiere a Mark Lawrence; que no salga a relucir este nombre por ningún lado. Usted ha detenido a Porter; Porter es el criminal; que muera Porter repudiado por todo el mundo: pero, al menos, que pueda vivir en la memoria de todos un Mark Lawrence que nada tenga que ver con esto.

—Creo que vale la pena de aceptar. A cambio de ello, sabré quién es ese hombre enigmático.

—No sólo sabrá quién es; yo se lo entregaré esta misma noche; pero hemos de ir solos, sigilosamente. De otro modo será imposible prenderlo. Es desconfiado y estará sobre aviso.

No hablaron más. A lo lejos sonaban escandalosamente las sirenas de la Policía. Ben miró la hora; eran las dos de la mañana. Con un poco de suerte, todo estaría liquidado antes del amanecer.

Segundos más tarde, mientras Ben se dirigía con su prisionero hacia la puerta; frente a ella iban frenando los automóviles del F. B. I.

Antes de llegar a abrirla, ya alguien la golpeaba desde el exterior y llamaba a Carson al mismo tiempo. Era la voz de Frank. Una nueva voz, la del jefe, se dejó oír poco después, preguntando qué pasaba. Frank respondió que se sentía intranquilo por la suerte de Ben.

—No se preocupe; hemos captado un mensaje por radio en que se nos aseguraba que Ben Carson había logrado detener a Porter.

El agente del

F. B. I.,

abrió la puerta por fin. Frank vino hacia él presuroso, sin fijarse para nada en el prisionero. Quería cerciorarse de que su amigo estaba indemne, lo que comprobó con la natural alegría. Ben, por su parte, mientras se dirigían hacia los coches, preguntó a Frank Wilkiston por Lynn; quería saber si no la había ocurrido nada malo.

—Llegamos bien a tiempo, no creas. Acababa de matar a un hombre defendiendo su honestidad; pero estaba encerrada en el sótano que da a la playa. De no haber aparecido nosotros, el resto de los criados de Mark Lawrence hubieran caído sobre ella y la habrían asesinado sin piedad. Ahora está en su pensión, descansando. Cuando se reponga, regresaremos juntos a New Bloomfield, donde me casaré con ella.

Ben Carson estuvo a punto de decir si no había tenido razón

cuando sugirió la idea de que Frank se estuviera enamorando de la joven, pero se limitó a sonreír y a felicitarle por ello. En este momento, gorra en mano, el eterno masticador de chicle que era Jimmy, se acercó a ellos con viva curiosidad. Había regresado de recoger su «taxi» y tenía ganas de ver el rostro de aquel hombre que había traído en jaque a la Policía. Se desilusionó. Había creído hallar a un individuo de mentón cuadrado, cajas hirsutas, barba rala y crecida, y se encontraba con un rostro agradable, atractivo, casi femenino, pese a su recortado bigotito. Hizo un gesto despectivo mientras escupía su chicle gastado.

—¡Puaf! ¿Era éste el hombre? ¡Menudo mequetrefe!

Ben se asombró ante aquella intromisión, y deseó saber quién era, quién le había dado cera para aquel entierro. Frank se lo presentó.

—Es Jimmy. Ya me había hecho un buen servicio; pero el de hoy fue excelente. Oyó a Porter dar las señas al taxista y cuando yo llegué a tomar un coche, él me reconoció y me trajo hasta aquí a toda marcha. Y no paró ahí todo; entró conmigo en la casa y me ayudó a rescatar a Lynn. A dos de nuestros enemigos los liquidó él solito.

—Pero el tercero me echó tierra en los ojos y no me mató gracias al señor. No le haga usted caso, agente.

—Le estoy muy agradecido y he pensado en pago de sus servicios llevármelo conmigo a New Bloomfield; será mi chófer particular.

Ben estrechó cordialmente la mano de Jimmy y lo felicitó. Lo propio hicieron el jefe del

F. B. I.,

y los demás agentes que habían escuchado la conversación. Porter, por su parte, parecía alejado de todo y de todos, sumido en sus pensamientos. De pronto, cuando estaban ya a punto de alcanzar el coche insignia, Frank clavó los ojos en él. Había sentido de súbito curiosidad por conocer al hombre que le robara lo que equivocadamente había tenido por su gran amor, cuando lo cierto era que su grande, su verdadero, su único amor lo había hallado en la encantadora modelo llamada Lynn. Sí, había sentido curiosidad; pero esta curiosidad trocóse enseguida en asombro ante aquel rostro que intentaba inútilmente esquivársele. Frank palideció por efecto

de la sorpresa, y Ben Carson, que lo percibió, le dijo:

—¿Qué te pasa, Frank?

Éste tartamudeó; su voz se negaba a acudir a sus labios.

—¿Es este Porter? —preguntó al fin, tragando saliva—. ¿Mark? Pues escucha, Ben. A este hombre lo conozco yo por un tercer nombre. Le vi varias veces en el Depósito. ¿Cómo no se me ocurrió la verdad al leer las evocaciones que hizo de Dora en «The Notify»?...

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? Eso es demasiado asombroso...

—Todo lo asombroso que tú quieras; pero sólo de esta manera se explica lo del estupendo artículo sobre tu lucha con Porter. ¡Porter, Mark o como queramos llamarle, no es otro que Garry Selkin, el redactor de «The Notify»!

—¿Es eso verdad? —preguntó Ben, dirigiéndose ahora a su prisionero.

Éste inclinó la cabeza, asintiendo. A Ben le asaltó una sospecha entonces. No pudo contener una exclamación.

—¡Ahora sólo nos falta que el jefe fantasma que andamos buscando sea el gran financiero, el director-propietario de «The Notify»!

Porter ni asintió ni negó. Sus labios estaban plegados en aquel momento por una sonrisa entre despectiva e irónica.

GAÑE USTED MAS DINERO
asistiendo a los espléndidos **CONCURSOS** de
EDITORIAL ROLLAN
¡ATENCIÓN AL PROXIMO CONCURSO!

VIII

EL JEFE FANTASMA



L coche en que viajaban. Frank, Ben y Porter entró en Nueva York, sin que entre sus ocupantes hubiera mediado la menor palabra. Sólo Frank, que viajaba en el asiento de atrás con el pistolero, había intentado sonsacar a éste algunos detalles de su vida, sin conseguir otra cosa que un gruñido. Ante el obstinado silencio, había tenido que conformarse y desistir. Desde entonces, cada cual iba sumido en sus reflexiones. Al fin, cuando entraron en la Quinta Avenida desde la calle Cuarenta y torcieron hacia Times Square, Porter rompió su mutismo para decir si no sería conveniente que le quitaran las

esposas.

—No es que me molesten ni me preocupe por ellas; pero lo digo por ustedes. El jefe es listo y tal vez esté al acecho. Estas últimas veinticuatro horas no han sido las más indicadas para descuidar la vigilancia.

Ben accedió a la petición de su prisionero. Entregó las llaves a Frank, y éste se encargó de desesposarle. Pero a partir de aquel momento, tanto el agente especial como su compañero intensificaron su atención. Ni uno ni otro confiaban en el prisionero. De tal modo era esto así, que no habían aceptado ir solos con él a practicar aquella detención sino después de haber dado a escondidas al jefe del Federal Bureau las señas de a dónde se dirigían y haber acordado con él que, transcurrido el tiempo conveniente para que ellos efectuaran su cometido, si ninguno había regresado, las brigadillas de agentes se encargarían de volar hacia allí y cercar cuidadosamente no sólo la casa en cuestión, sino toda la manzana comprendida entre Times Square, las calles Cuarenta y Cinco y Cuarenta y Seis y la Sexta Avenida.

Cayera quien cayera había que prender a aquel ser enigmático, desconocido, sí se quería hacer renacer la paz. Éste fue el acuerdo previo entre Ben y su superior; pero el jefe no se anduvo por las ramas y dio a entender a su subordinado que, siempre con mucho sigilo, el

F. B. I.,

les seguiría y se apostaría por los indicados alrededores para entrar en acción a la menor señal.

Y así, Ben Carson, relativamente confiado, dirigía su automóvil —mejor dicho, el «Jeep» de Frank, pues habían creído que de ese modo levantarían menos sospechas— hacia Times Square, donde llegaban enseguida. Una vez aquí, los tres viajeros contemplaron el grandioso edificio del «The Notify», cuyo letrero luminoso, medio apagado, daba la sensación de un ser a punto de expirar. Frank pensó ante él en el hombre que tenía a su lado, en su vida como periodista, en su talento de reportero. Ben, a su vez, volvió con su sospecha. ¿Tendría algo que ver con todo aquello el propio dueño del periódico? No tardarían mucho en saberlo.

Por el momento, el «jeep» había tomado por la calle Cuarenta y Seis, y el agente del

F. B. I.,

se encontró con que el número a que se dirigían coincidía precisamente con la parte lateral del flamante edificio en que estaba situado «The Notify». Ahora la sospecha sobre el jefe fantasma no fue simplemente de Ben, sino de Frank. Ambos se miraron. Porter sorprendió aquella mirada y sonrió con su siempre enigmática e irónica sonrisa. A una pregunta de Ben sobre el particular, Porter se encogió de hombros y contestó ambigüamente con un «tal vez...».

Por una amplia puerta de verja, los tres hombres desembocaron en un patio, entre camiones destinados al reparto del periódico. En los laterales de los vehículos destacaban en la penumbra las letras de «The Notify», calcadas exactamente, en su forma, de cómo aparecían en el diario.

Ben y Frank iban armados de sendas pistolas ametralladoras, que el jefe del

F. B. I.,

les había facilitado para tan difícil y peligrosa misión. Porter, con las manos sueltas, introdujo un llavín en la cerradura de una puertecilla, y segundos después, despreciando el montacargas para no hacer ruido, ascendían cuidadosamente por unas escalerillas de hierro que los condujeron en derechura a una especie de almacén todo plagado de cajas de madera y de bobinas de papel. Carson supuso que aquél era el depósito del diario.

Siempre en silencio, mirando bien dónde ponían los pies para evitar el menor paso en falso que pudiera delatarles, Porter, Frank y el agente del

F. B. I.

siguieron avanzando.

—¡Ojalá no se le haya ocurrido marcharse! —comentó Porter, cuyo comportamiento no dejó de extrañar a Ben.

Una nueva puertecilla, que Porter abrió también sin causar el menor ruido.

—Aquí es —dijo simplemente—. ¿Entro yo primero o entráis vosotros? A la derecha, como a una yarda de la puerta, está el conmutador de la luz.

—Yo entraré delante, Porter. Tú en medio de Frank y de mí, y mucho cuidado con lo que haces. Vigila a Porter, Frank; no debemos fiarnos —dijo Ben en un susurro.

La oscuridad reinante era total. Ben avanzó unos pasos en la habitación. Detrás de él, como fantasmas, conteniendo el resuello, entraron Frank y Porter. Se oyó el suave chirrido de la puerta al cerrarse por propia inercia. Frank dio un breve repulso. Pero ya para entonces la luz se había hecho y no tuvieron tiempo de asombrarse al verse en la propia habitación de los célebres cortinajes negros. Al fondo, en la penumbra, sobre una especie de estrado, se divisaba un sillón, que, en verdad, no tenía ninguna traza de trono, ni estaba tampoco cubierto de negro. Y no tuvieron tiempo de asombrarse porque, justamente en el momento de encenderse la luz, una voz dura, que ninguno supo localizar, pues parecía venir de todas partes y de ninguna, les conminó a poner los brazos en alto.

—¡Muy bien, Porter, muchacho! ¡Eres un excelente comediante! Han caído en la encerrona como infelices... Pero podías haberte traído algunos más. ¿Qué les parece el escenario? Misterioso, ¿verdad? Ánimo, Porter. Des...

El discurso quedó truncado en medio de una palabra. Y esto coincidió exactamente con el apagón de la luz que Ben Carson había provocado de súbito y la ráfaga de su ametralladora que envió con celeridad de relámpago hacia el lugar más probable de donde podía salir aquella voz. Frank, antes de tirarse a tierra como su amigo, quiso arrastrar tras sí a Porter; pero éste no se hallaba ya al alcance de su mano.

Después de los disparos de Ben, reinó un silencio impresionante hasta que en la oscuridad se oyó, no transcurrido ni un segundo, un ruidito similar al que anteriormente había hecho a sus espaldas la puerta al cerrarse. Pero éste venía de uno de sus costados y hacia aquí dirigieron ahora sus tiros. Esperaban que serían contestados, más se equivocaron; el silencio prosiguió cada vez más absoluto y sofocante.

—Es extraño —murmuró Ben. Y, de pronto, su mente se iluminó con una de aquellas ideas que le habían hecho célebre—. ¡Arriba, Frank! ¡Porter se nos escapa! Creo que no hay el menor peligro por parte de una tercera persona. Y si no, vas a verlo.

Se levantó de un salto y volvió a encender la luz. Simultáneamente con ella, la voz volvió a sonar, reanudando su discurso exactamente en la palabra en que le había dejado. Se había

cortado en «Des...». Y ahora decía: «... ármale».

—Conque desármale, ¿eh? ¡Bonito truco! No temas, Frank. Debe de tratarse de un disco conectado con el conmutador de la luz. Quizá esté situado en el sillón. Pero dejemos eso para más tarde. Lo que urge ahora es encontrar por entre tanto negro tapiz la puerta por dónde se ha escapado Porter. Hay que ir en su seguimiento, Frank. Que no se nos escape ahora que sabemos que no existe tal jefe fantasma. ¡El mismo es el jefe! Reclutaba a la gente y luego los traía hasta aquí con los ojos vendados. Hacía que el coche que los conducía diera vueltas y más vueltas durante un buen rato, tal vez sin separarse mucho de estos alrededores, y luego, cuando le parecía que les había desorientado, les metía en esta habitación donde representaba la comedia del jefe fantasma. Mira, aquí tienes una prueba. No se trata de un disco de gramófono, sino de una especie de dictáfono. El mismo se daba las órdenes, alterando la voz, que recogía después ante los recién presentados. Parece una leyenda medieval, casi ridícula; pero hay que tener en cuenta que la sugestión puede mucho aun en cerebros tan poco dados a supersticiones y mitos como los de nuestra moderna generación.

Mientras Ben hablaba, ninguno de los dos había perdido el tiempo.

Al forzar una especie de armario empotrado en la pared, pensando que muy bien podía ser la puerta secreta usada por Porter para huir, un nuevo misterio quedó al descubierto. Lo que ya Ben se había imaginado podía entonces comprobarlo. Un maniquí, todo vestido de negro, cayó sobre él cuando intentaba rebuscar en el fondo del muelle, entre guardapolvos y frascos de líquidos de distintos colores, el posible resorte que les dejara libre la salida. Una ojeada le bastó para comprenderlo todo. La cabeza de aquel muñeco era simplemente un pequeño altavoz. En la parte que correspondería al cogote de una persona, se veían ciertos agujeros pareados. Acoplados a ellos ciertas clavijas o enchufes se conseguía graduar la voz de los rodillos llamados dictáfonos, hoy tan corrientes en las oficinas públicas y aun privadas de los Estados Unidos.

Con unos aparatos de uso vulgar. Porter había conseguido montar todo un tinglado con el cual había llegado a embaucar a algunos infelices predispuestos ya para aquella comedia

preventivamente. Porter hablaba y el muñeco no hacía más que responder lo que el mismo Porter había impresionado en el dictáfono con anterioridad. Por eso nadie, sino Porter, podía preguntar nada. Y esto no tenía otra mira que la simple de no descubrirse, puesto que las preguntas tenían que venir ya adaptadas a las contestaciones y sólo él sabía de antemano lo que el muñeco iba a decir.

Una exclamación de Frank le trajo a la realidad. La puerta había sido hallada y con ella algo que los hizo reír.

—Mira, Ben, una máquina fotográfica y utensilios para el revelado.

—Tienes razón, Frank. ¿Y sabes lo que eso significa a mi entender? ¿Sabes lo que quiere decir esta habitación toda cubierta de cortinajes negros que causaba tanta impresión en los infelices catecúmenos de la banda? Simplemente esto: se trata de la cámara oscura en que Porter, alias «Mark», mejor dicho, alias «Garry Selkin», revelaba sus reportajes gráficos para «The Notify».

Riendo aún, salieron a un largo pasillo, a cuyos lados estaban las oficinas del personal del periódico. Al fondo, una puerta, por la que vieron desaparecer a Porter, se cerraba lentamente por propio impulso. Al pasar por delante de uno de los despachos en cuya vidriera había una placa que decía: «Garry Selkin — Primer redactor», Ben se asomó un segundo y pudo comprobar que aquel pequeño cuarto acababa de ser revuelto de arriba abajo. Porter debía de haber estado allí recogiendo algún dinero y algunos papeles, amén de una trinchera que llevaba al brazo, y quién sabe si un arma con que hacer frente a sus perseguidores.

Mientras tanto, Frank había llegado ya a la puerta por dónde Porter había desaparecido, y desembocaba, alcanzado enseguida por Ben, en la amplia sala de máquinas donde se componía «The Notify». El guarda vino a su encuentro todo asustado, sin comprender lo que pasaba, y a la pregunta de por dónde había marchado «Selkin», les respondió sin vacilar que «por allí», señalándoles cierta puerta a que ambos jóvenes se lanzaron presurosos, encontrándose en una escalera estrecha que conducía hacia la principal. Llegados a ésta, pudieron descubrir a Porter que se dirigía hacia el ascensor, vacilaba unos segundos ante él, y al fin decidía bajar a pie el par de pisos que le separaban de la calle.

Sendas ráfagas de ametralladora, que quedaron cortas y a las que Porter contestó con igual resultado, y el «gángster» desaparecía escaleras abajo, como un demonio. Tras él bajaron Carson y Wilkiston, perdiéndole de vista en el vestíbulo, en el que se abrían varias puertas. Cuando dieron con aquélla por dónde Porter había marchado, se encontraron en un garaje, por cuya salida, abierta de par en par, se lanzaba a toda marcha un buen automóvil. Salieron en su seguimiento, y se encontraron en la calle Cuarenta y Cinco; es decir, en el costado opuesto a aquél por el cual habían entrado en la cámara oscura.

No pudiendo hacer otra cosa, dispararon un par de descargas cerradas sobre el coche que huía. No lo alcanzaron; pero como si aquélla hubiera sido la señal convenida, de cada una de las bocacalles vecinas empezaron a surgir automóviles con profundo ronroneo de motores y largos quejidos de sirenas. ¡El

F. B. I.

se ponía en movimiento, desplegaba sus tentáculos sobre Nueva York, despertando los ecos de la ciudad en reposo! El coche insignia tardó sólo unos segundos en aparecer ante Ben Carson y Frank. Ambos subieron a él, exponiendo al jefe cuánto había pasado y cuánto habían descubierto sobre el hombre fantasma.

—No existía tal «boss», se lo aseguro. Un hombre listo este Porter. Lo tenía todo preparado para cualquier contingencia. ¡Y pensar que incluso se hacía de rogar para dar más sensación de realidad a su comedia! Lástima de talento puesto al servicio del mal. Creo que está un poquito tocado.

Las radios de los automóviles habían empezado a funcionar, lanzando y captando mensajes entre sí. El coche número 5 anunció que el perseguido avanzaba a toda marcha por la calle Treinta y Seis. Parecía abrigar intenciones de cruzar el túnel Queens-Midtown, bajo las aguas del East River. Y no se equivocaron. Poco después, un segundo coche mandaba un nuevo aviso. El automóvil de Porter acababa de entrar en dicho túnel.

Cuando recibieron esta noticia, el vehículo en que viajaban Ben Carson, su amigo Frank Wilkiston y el jefe de la filial del

F. B. I.,

uno de los más rápidos y elegantes modelos últimamente adquiridos por el Cuerpo, alcanzaba la avenida Second, viniendo de la calle

Treinta y Siete, y torcía en sólo las dos ruedas de un lado, y casi pegado al bordillo de la acera, en la explanada sobre la que se abre la entrada al túnel Queens, cogiendo la delantera por una fracción de segundo al número 5, que todo el tiempo había ido a los alcances del conducido por Porter. Bajo las luces reverberantes del subterráneo, alcanzaron a ver el rápido bulto oscuro que les precedía a una velocidad que probablemente rebasaría las cincuenta millas por hora.

—Se va a matar —comentó el jefe.

—No le estaría mal empleado. Además, ahorraría trabajo al verdugo —contestó Ben.

Y ambos se quedaron tan satisfechos, sin percibir que su mismo coche ganaba al otro no sólo en celeridad, sino, en temeridad. Más de dos veces estuvieron a punto de volcar y principalmente al tomar la curva que hace el bulevar Northern, junto a la calle Treinta y Uno, viniendo de la avenida Jackson. Dicho bulevar es una de las principales vías rodadas que cruzan Queens. En la recta que nace entre la calle Cuarenta y Nueve y la avenida Woodside y viene a morir entre la Noventa y Cuatro y el bulevar Junction, ambos vehículos llegaron a alcanzar durante breves minutos la increíble cifra de setenta y cinco millas. Tanto fue así, que cuando los del

F. B. I.,

quisieron percatarse de que el otro tomaba por la Noventa y Cuatro, ya casi se le habían echado encima al aminorar Porter la marcha, y, desde luego, no pudieron frenar a tiempo, viéndose obligados a rebasar aquella calle. Para entrar por ella, tuvieron que dar marcha atrás y maniobrar en ese sentido, con lo cual perdieron unos segundos que en aquellos momentos les resultaban más que preciosos.

—¡Pisa a fondo! —ordenó el jefe al chófer.

—Sí, hasta los topes —animó Ben—. Ese maldito se dirige al aeropuerto de La Guardia. Tal vez tenga preparada la huida por aire.

La sirena del coche insignia seguía sonando; la emisora de radio daba órdenes. Ahora, ya todos los coches del

F. B. I.

y los patrulleros de la Policía Metropolitana que cruzaban las calles, las avenidas y los bulevares de Queens sabían a punto filo dónde

dirigirse. Las flechas de todas las rutas confluían sobre uno definido: el aeropuerto de La Guardia, en la orilla del East River.

Sin casi detener su vehículo, Porter había saltado de él junto a una avioneta que tenía ya dispuesta y a punto de emprender el vuelo. Otra de las cosas que debía de haber estado haciendo en su despacho y que a Ben no se le había ocurrido pensar debía de haber sido la de telefonar a aquel mecánico que le esperaba al lado del aparato y que le estrechaba la mano antes de que despegara, deseándole buena suerte. Claro está que el obrero del aeródromo estrechaba aquella mano en la creencia de que era simplemente al periodista «Garry Selkin» a quién saludaba.

—¿Qué es esto? —exclamó el jefe del

F. B. I.,

enseñando su distintivo al hasta cierto punto asustado mecánico—. ¿Por qué ha ayudado a huir a ese hombre? ¿No sabe que es un perseguido de la Justicia, un criminal llamado Porter?

—Yo sólo sé que es reportero del «The Notify», y que desde hace unos días tenía alquilada esa avioneta. El mismo director del periódico, que a mi entender es una persona bien respetable, la eligió y pagó. Yo no sé qué se llame Porter, sino «Selkin», «Garry Selkin», y según su jefe va de enviado especial a China.

—Está bien; está bien. ¡Basta de explicaciones! —bufó el superior de Carson—. Ponga a nuestra disposición el aparato más rápido de que disponga en el campo. Hay que darle caza a toda costa. Aunque tengamos que perseguirle hasta la mismísima China.

—No será necesario, señor —intervino Frank—. Mi amigo Ben sabe pilotar una avioneta y allí le veo ya dispuesto a despegar.

Cuando el jefe quiso salir de su asombro, ya Ben Carson volaba sobre su cabeza, haciendo una graciosa pirueta, cual si le saludara, perdiéndose luego hacia el cielo, que la aurora empezaba a sonrosar, en persecución de la otra avioneta que había gastado algún tiempo en orientarse.

La alcanzó enseguida, y entre ellos se entabló una tremenda lucha. Ben intentaba obligar a Porter a aterrizar, a darse preso; pero éste no se arredraba por aquellos disparos que iban agujereando el fuselaje de su pequeño y rápido aparato. A los tiros respondió con tiros. En realidad, el arma que había cogido de su despacho era una «Luger», marca alemana que, como es sabido, tiene una gran

potencia de acción y una gran precisión y seguridad de tiro.

Entabló combate, sí; un combate a la desesperada, el único combate posible en un hombre que, como él, se jugaba el todo por el todo. Allí, en su propia mano, tenía la salvación si sabía apoderarse de ella. Era su vida, quizá su libertad la que estaba en juego y había que aceptar la apuesta. Había que aceptar y acabar cuanto antes, pues no transcurría mucho tiempo sin tener que vérselas, no ya con un simple enemigo, sino con una verdadera escuadrilla de agentes del

F. B. I.,

dispuesta a darle caza como lo que era: una hiena, un hombre que había transgredido la ley, que había transpuesto las fronteras de la sociedad, que se había enfrentado con ella a sangre y fuego; que había robado, matado, engañado y pervertido.

Viudas y huérfanos quedaban atrás, allá abajo, en aquella inmensa ciudad y él, el único responsable, estaba aquí arriba, pintada la desesperación en sus ojos, viendo la muerte acercársele, convencido al fin de que la escapatoria era imposible. ¿Dónde ir que no le salieran al paso policías con orden de cogerle vivo o muerto? ¿Cómo llegar a China, su punto de destino, aquella China lejana, sin gasolina apenas, sin aeródromos donde poder hacer escala, sin nadie a su favor y todo el mundo en contra? Iba a morir, no cabía duda. Todo lo más que conseguiría con esta resistencia enconada, sería prolongar su agonía unos segundos más, unos minutos, quizá unas horas e incluso un día; pero, al cabo, llegaría el final. El final a que se había hecho acreedor por su desmedida ambición, por su espíritu satánico. Sí, iba a morir, más para su corazón empedernido sería una satisfacción el morir matando, si es que podía matar.

Porque Ben Carson no era hombre a quién se le pudiera vencer fácilmente con las armas en la mano. Sus recursos eran inagotables. Cuando Porter subía con ánimo de caer sobre él en picado, provocando un choque en el aire de trágicas consecuencias para ambos, el agente del

F. B. I.,

no se dejó sorprender y sin que el otro lo percibiera se había metido con su avioneta bajo la enemiga y escribía palabras de muerte con sus tiros rápidos y certeros.

Así fue como Porter descubrió que todo estaba perdido; que ya nada le quedaba por hacer, sino prepararse para aquella muerte que había intentado mirar cara a cara con valor, pero que, sin embargo, le estaba, ahora acobardando. El motor de su aparato acababa de recibir unos impactos que le habían hecho arder. Dentro de nada, los mandos no obedecerían y caería en barrena sobre aquel bosque de edificios que se extendía a sus pies y que había sido hasta entonces escenario de sus fechorías.

Todo había concluido. No obstante, aún podía seguir disparando, aún contaba con unos segundos de vida. ¡Sí pudiera tocar a la avioneta de Ben en sitio tan vital como éste lo había hecho en la suya...! Pensó si le quedaría aún tiempo. Las llamas se iban acercando a su rostro congestionado, a sus manos de artista, aquellas manos que habían modelado escultura tan maravillosa como la de Dora Green.

Un último esfuerzo y centró su puntería sobre el morro del aparato que pilotaba Ben. Una carcajada satánica acudió a su garganta. ¡Hurra! ¡Había conseguido hacer blanco! ¡Ahora podía ya morir tranquilo! Con él iba a empezar su descenso final a los abismos de la tierra aquel que le había vencido.

Pero se había equivocado. Su avioneta sí que empezó a entrar en barrena, separándose rápidamente del agente del
F. B. I.

Antes de perderle de vista, contempló algo que ya no podía impedir y que le causó una sensación de honda rabia que estuvo a punto de provocarle un colapso. ¡Ben Carson, en el radiante amanecer, empujado suavemente por la brisa, se había lanzado al espacio y descendía lenta y serenamente en paracaídas! Él, Porter, disponía también de uno, pero ¿para qué quería usarlo? No estaba dispuesto a prolongar su agonía un segundo más.

Cerró los ojos. No podía, no quería ver al maldito que le había arrojado a los infiernos sin que mediara entre ambos mutua reciprocidad, esa reciprocidad que hubiera sido la última y más grande alegría de su vida depravada. Los cerró, pero, en verdad, le hubiera dado lo mismo con mantenerlos abiertos, puesto que el humo y las llamas empezaban a cegarle. Pensó entonces en Dora Green, en aquella mujer, «soplo divino», que él mismo había asesinado, aquella mujer que había llorado luego como jamás creía

poder llorar a una mujer, y fue entrando insensiblemente en el reino de la Descarnada.

Cuando la avioneta llegó al suelo y se estrelló contra los árboles del parque Kissena, junto al lago del mismo nombre y explotó en pequeños fragmentos, Porter, alias Maris Lawrence, alias Garry Selkin, ya no podía sentir nada porque ya estaba muerto.

Mientras tanto, la enorme rosa blanca del paracaídas de Ben se iba acercando a tierra con la suavidad de un copo de nieve. Y abajo, todo el mundo estaba pendiente de sus movimientos pausados; todo el mundo y, principalmente, Frank Wilkiston y Lynn Rutefor, su prometida, que acababa de aparecer por allí en un coche alquilado.

Y Ben Carson se dejó conducir por la mano de Lynn y ambos subieron al automóvil que ella había traído. Una vez indicada al chófer la posible ruta; partieron hacia allá, tomando por la carretera Grand Central, que pasa precisamente por dicho parque. En el aeropuerto, el jefe del

F. B. I.,

quedaba dando órdenes para la localización del lugar en que Porter había caído. Poco después, él mismo seguía la ruta de Frank y de su prometida.

—¿Por qué se te ocurrió dejar tu pensión, Lynn? —Reñía suavemente Frank en aquellos momentos—. Estabas demasiado fatigada y mis «órdenes» fueron que te quedaras allí descansando. Yo hubiera ido ahora a buscarte y...

—¡Oh, Frank! ¡Querido! No podía quedarme en casa mientras tú corrías sólo Dios podía saber qué peligros. Toda la noche te he estado siguiendo angustiada. Primero estuve en Staten Island; después en Manhattan, cerca de «The Notify»; más tarde os seguí hasta los alrededores del aeropuerto. Siempre en la penumbra, siempre en segundo plano, porque temí que te enfadaras conmigo por no obedecerte.

—Y estoy muy enfadado, desde luego —respondió Frank con sonrisa y tono de voz que desmentían sus palabras—. Pero hiciste bien, querida. Te presentaste en el lugar y ocasión más a propósito para que yo, amada mía, pasara por alto esa «desobediencia» y te agradeciera tu presencia como debemos agradecer a Dios el que nos haya permitido contemplar este maravilloso amanecer, después de los peligros corridos. Este amanecer que será el anuncio de una

nueva vida para todos, y especialmente para ti y para mí, cariño mío.

—¡Amor mío! ¡Vida mía! —Fue cuánto ella supo decir.

Y ya sus labios se habían unido en un beso largo y profundo, cuan largas y profundas eran las raíces de aquella pasión que anidaba en sus corazones.

Y desde el aire, Ben Carson, el valeroso, el decidido, el nunca bien ponderado Ben Carson, agente especial del

F. B. I.,

venía a posarse como un cóndor alpino sobre el edificio de la Asamblea General de las Naciones Unidas, escribiendo de tan estupendo modo, sobre su magnífica historia, mejor dicho, sobre uno de los capítulos más salientes de su historia de heroísmo probado, la palabra.

FIN

¡TANGER!
CIUDAD COSMOPOLITA

¡TANGER!
NIDO DE ESPIAS INTERNACIONALES

TANGER

se titula la mejor obra de

ALF MANZ

el inolvidable autor de

¡CULPABLE! — LA HORA GRIS
EL COBARDE — CONTRA SCOTLAND YARD
SHANGHAI

ALF MANZ

no admite panegíricos ni necesita loa; es,
sencillamente

ALF MANZ

—

TANGER

y

ALF MANZ

DOS GARANTIAS DEL EXITO QUE ESPERA
AL PROXIMO NUMERO de la

Colección F. B. I.

